

El Bebedor de LÁGRIMAS

Un amor eterno. Un destino oscuro.



El bebedor de lágrimas es la primera de una trilogía de novelas centrada en el fantasmagórico mundo de la universidad de Carnwell en la pequeña isla de Coversgate, una de las más reputadas de la costa este norteamericana. Allí viven también las leyendas que repiten su nombre desde el más oscuro de los pasados…

El bebedor de lagrimas es un joven fantasma enamorado, traicionado por su prometida, que juró matar a todo aquel que se atreviera besar a una mujer comprometida con otro hombre, y le basta la primera lágrima de una novia arrepentida para desenvainar su espada y consumar su venganza.

Con esta novela, Ray Loriga hace su primera incursión en el mundo de la literatura *crossover*.



Ray Loriga

El bebedor de lágrimas

ePub r1.1
Achab1951 25.07.13

Título original: *El bebedor de lágrimas*
Ray Loriga, 2011

Editor digital: Achab1951
ePub base r1.0



«¿Por qué vivís en el fuego que no cesa?».

WILLIAM BLAKE

CAPÍTULO I

ADELA es joven, no cabe duda, pero no es eso lo que quiere ser.

Los olmos de Carnwell tienen doscientos años, Adela apenas dieciocho, a veces las leyendas protegen a las mujeres más jóvenes, a veces las destruyen; Adela está más que dispuesta a arriesgarse. Dicen que en Carnwell hay palomas negras, pero nadie ha vivido para verlas y luego contarlo. Dicen que en Carnwell las palomas negras llevan el nombre de la muerte. Dicen que hasta los cuervos las temen. La universidad de Carnwell está llena de leyendas que ya nadie cree, pero que en otro tiempo fueron importantes y sin ellas esta universidad no sería muy diferente de cualquier otra en cualquier rincón del mundo.

Creer o no creer es cosa de cada cual, al menos hasta que el pasado no se atreva de nuevo a levantar su espada contra el presente. O hasta que las palomas negras se acerquen…

El primer día del nuevo curso en la universidad de Carnwell, se ignorasen o no las leyendas, tenía sus propias tradiciones y no era desde luego parecido a ningún otro día en la vida de una chica, sobre todo en la vida de una chica de pueblo pequeño como Adela.

La primera experiencia en solitario, lejos ya de la sofocante manta familiar cosida con cariño y retazos arrancados o conservados de entre una historia que le era ajena, se presentaba como una oportunidad única para empezar a conocerse y darse a conocer. En la vieja Nueva Augusta, Misisipi, donde había nacido y donde Adela había pasado lo que a ella le parecía una eternidad, apenas podía una adolescente saber nada de sí misma, tal era el peso de la mirada de los demás. Nadie en la vieja Nueva Augusta tenía verdaderamente una aventura propia más allá de lo que se esperaba o ya se sabía de ellos y sus ancestros, más allá de la tradición y la conducta imaginada que se extendía sobre cada cual como una condena que impregnaba a la vez el pasado y el futuro. Al entrar en la cafetería saltaba la chapa de su refresco de costumbre, Doctor Pepper light; al caminar distraída por el centro comercial, las vendedoras de Gap, intuitivamente, recordaban su talla exacta. En Nueva Augusta no había nada sorprendente.

Adela, como las chicas de su edad, lo tenía todo asegurado en esa tierra, un pasado conocido y un futuro preconcebido. Lo que no podía encontrar cerca de su casa y a pesar de su entusiasmo era un presente, un tiempo propio.

La vida en Nueva Augusta podía ser cualquier cosa menos nueva. Todo se repetía, por encima de la imprecisa voluntad de sus más jóvenes habitantes. En Nueva Augusta tampoco había nada mágico, inquietante o fabuloso: sobrevivir al aburrimiento era ya un pequeño milagro.

La población de Nueva Augusta había descendido desde sus gloriosos dos mil

ciudadanos en la década pasada, hasta los actuales seiscientos noventa pueblerinos, seiscientos ochenta y nueve ahora que Adela se había largado de este diminuto infierno.

Adela soñó siempre con estar algún día fuera de Nueva Augusta, en otro mundo, entre otra gente.

Ese día por fin había llegado.

La universidad, con su campus a la inglesa, sus explanadas de hierba, sus mil y un olmos, sus pistas de atletismo, cumplía de sobra todo lo que había imaginado mirando el folleto y no podía ni quería pedir más.

Sintió que un espíritu distinto se adueñaba de ella nada más bajar del *ferry*, y al caminar junto a las otras estudiantes de primer curso —recién llegadas y tan despistadas como ella— hacia sus habitaciones, se sintió feliz por primera vez desde el tiempo de los pocos regalos acertados en su ahora lejanísima infancia, y decidió hacer de este un primer día, no solo un primer día en Carnwell sino el primer día de su vida, un día diferente a todos, un papel en blanco que lejos de dar miedo, deseaba rellenar cuanto antes con su propio nombre y su propia letra.

Solo le faltaban dos cosas: una amiga de verdad, y un chico del que enamorarse perdidamente; lo demás, incluidos sus estudios de Historia del Arte, podía esperar.

La amiga la encontró enseguida; al chico, a ese chico que se alimentaba de lágrimas, desearía, después, no haberlo conocido nunca.

Arrastraba su maleta lo mejor que podía (a la baqueteada Samsonite de su madre le faltaba una rueda) por el sendero que llevaba a la residencia, cuando una chica muy mona cargada solo con una mochila se ofreció a ayudarla.

—Has traído demasiadas cosas —le dijo—. Aquí no te va a hacer falta tanto. Me llamo Laura —añadió, y cogiendo la maleta le hizo la primera confesión de las muchas que vendrían—: No te dejes engañar por las apariencias, mi hermana mayor estudió en Carnwell, y en todas las fotos sale muy ligera de ropa, solo la he visto vestida de verdad en el retrato de graduación. Y no te quiero ni contar cómo terminó esa noche, pero aún quedan fotos más que comprometidas en Facebook. Hay al menos diez chicos que presumen de haberse acostado con ella en la misma noche, lo cual es imposible porque mi hermana tiene mucha imaginación, pero no es una zorra. Me llamo Laura, ah, eso ya te lo he dicho, es que hablo sin parar. ¿Y tú eres?

—Adela.

—Bienvenida —dijo Laura plantándole dos sonoros besos que le parecieron más sinceros que cuantos había recibido nunca en Nueva Augusta exceptuando, tal vez, los besos de su madre—. ¿Dónde te han puesto? —preguntó mientras se hacía con el control de la maleta desruedada.

Adela sacó su hoja de inscripción.

—En la 609, edificio B.

—Qué magnífica casualidad —dijo Laura—, yo también estoy en el B, aunque no en la 609, por supuesto, pero eso lo arreglo en un pispás. Mi hermana estudió aquí, te lo he dicho, ¿no? Conozco todas las historias y a todo el mundo. La señora Mills nos hará el apaño. La 609 es un asco, una de esas habitacioncitas lúgubres que dan al patio, la buena es la 666, allí se quedó mi hermana y tiene las mejores vistas, se ven los campos de atletismo y la residencia de los chicos, en fin, que se les puede ver desnudos o poco vestidos todo el tiempo, y por supuesto que todas las diabólicas se matan por entrar allí, como te puedes imaginar. 666, el número del Demonio, fíjate tú qué cosa, pero no te preocupes que yo lo arreglo. Aquí soy alguien y tú te vienes conmigo.

Adela miró a Laura, que iba dos pasos por delante tirando de la pesada maleta como si nada, y decidió que algún día sería como ella: alegre, guapa, fuerte, dispuesta y valiente.

La ropa de Laura decía cosas de ella que Adela no era capaz aún de decir de sí misma. Tal vez *personalidad* era la palabra que había estado buscando Adela desde que empezó a soñar con ser distinta a las demás y más parecida a sí misma. Claro que la personalidad no es un pez que se pesque en una sola tarde. Hay que pasar mucho tiempo en el río. Y el río cala hasta los huesos.

Laura se dio la vuelta para asegurarse de que su nueva amiga no se rezagaba, y Adela se sintió cazada observando a su modelo con demasiada atención.

Laura también se dio cuenta de que estaba siendo rigurosamente observada, o eso pensó Adela, que se sonrojó, pero Laura, como haría siempre después, le quitó hierro al asunto. Tenía un don para hacer que la gente se sintiera bien a su alrededor. Hay personas así, aunque desgraciadamente no muchas.

—¡Corre, Adela! —dijo Laura—, que aquí si te paras te pisan, esto está lleno de arpías. En cuanto a tu aspecto, no te preocupes lo más mínimo. Tiraremos la mitad de tu ropa y te daré la mitad de la mía. Ya verás como lo arreglamos en un momento. Lo que importa es la percha y tú tienes muy buen cuerpo y una cara bonita; una vez que salgas de la ropa de tu abuela serás una bomba, te lo prometo. Déjalo todo en mis manos, soy un desastre para lo mío pero sé cuidar muy bien de los demás.

Adela no sabía qué pensar. Su aspecto, como Laura lo llamaba, no era en absoluto casual, había puesto mucho cuidado en presentarse de la mejor manera posible este su primer día en Carnwell, y se había convencido a sí misma de que daría el pego, pero al parecer se equivocó de parte a parte. Frente a esa decepción se levantaba la euforia de haber sido elogiada por su naturaleza y la excitación por comprobar qué sería de su «aspecto» en manos evidentemente más capaces que las suyas. Se preguntó si la mitad de la ropa de Laura que iba a ser suya estaría guardada en esa pequeña mochila o si, por el contrario, Laura era la clase de chica que recibe baúles de prendas enviados desde Nueva York, o Los Ángeles, o Filadelfia… ropa de moda y no tristes

copias dañadas de los *outlets* del *mall* como los que ella llevaba. Esa segunda opción parecía la más probable, y con solo pensarlo le recorrió el cuerpo un dulce escalofrío. Imaginó al menos dos baúles que estarían esperando a Laura al entrar en su habitación y se hizo, en sus locas ganas de ser mejor de lo que era, con uno de ellos, al menos en el territorio impreciso de sus acelerados sueños. Soñar era, al fin y al cabo, todo lo que había hecho en los últimos meses, desde que llegara la confirmación de que su petición de beca había sido aceptada. Carnwell era una universidad respetada y respetable, avalada por más de doscientos años de historia, con campus separados por sexos, una vieja institución ideal para señoritas de buena familia y estudiantes sobresalientes, esta última tristísima categoría era en la que ella encajaba, la única puerta por la que una chica pequeña podía entrar en un mundo de este tamaño. Sus compañeras de instituto que tanto se rieron de su enconada dedicación académica se estarían rayando en tiras muy finas de desesperación como un queso parmesano, mientras ella cruzaba el jardín camino de su magnífico futuro, gracias a una de las escasas y rigurosísimas becas a las que solo la élite de las estudiantes pobres tenía acceso.

Los edificios del campus, cuatro grandes casas victorianas, sujetaban con orgullo esos doscientos años de historia, al menos por fuera. El interior del edificio B, al que Laura llegó con la seguridad de quien camina a ciegas y en la oscuridad de la noche por su propia casa, mostraba el efecto nocivo de un sinfín de remodelaciones que ahuyentaban cualquier sueño romántico. Colores inapropiados cubrían las paredes de la recepción, un verde hospital en la sala de inscripción, un amarillo pastel en el vestíbulo, un rojo torero en las puertas de los ascensores. Pantallas de plasma con información y máquinas expendedoras de amenazas para la silueta, un montón de chocolatinas y patatas fritas aderezadas con vinagre completaban un escenario que en nada se correspondía con la solemnidad de la arquitectura de la casa.

El tablón de anuncios estaba ya repleto de carteles turísticos para las vacaciones de primavera: esquí en Colorado, margaritas en Cancún, fiestas eternas en el Mediterráneo. Adela los miró de reojo sabiendo que aún quedaba mucho hasta el final del invierno. Su principal preocupación consistía en sacarle su jugo a cada jornada en Carnwell, en construir poco a poco una mujer que a sus ojos no existía todavía. Su necesidad más inmediata era construir frente al espejo una imagen propia diferente y aceptable.

Ése y no otro era su proyecto, ya habría tiempo de celebrarlo luego, en primavera.

El registro fue pan comido, Laura presumía de saberlo todo acerca de Carnwell y no presumía en vano. Mientras el resto de las chicas se apretaban para capturar la atención de la señora Mills, jefa y señora de las pequeñas cosas, las verdaderamente importantes, Laura agitó la mano en el aire y con un afable y personalísimo «¡Eudora querida!», sacó a la anciana de detrás del mostrador, y con la mirada y sin dilación la

condujo entre el enjambre de muchachas hasta sus brazos.

La señora Mills podía ser una presencia amenazante para todas las novatas, pero se convertía en una abuelita adorable junto a Laura con la facilidad con la que se diluyen los azucarillos en el café. Adela supo entonces que su búsqueda de mejor amiga había terminado, que no era posible que hubiese alguien ni remotamente tan perfecta para sus intereses como Laura en todo Carnwell. En silencio pero sin poder disimular una enorme sonrisa, bendijo su suerte.

La señora Mills, una vez libre del cariño de Laura, miró a Adela severamente.

—Se llama Adela —dijo Laura—, y viene conmigo.

El rostro de la señora Mills cambió en ese segundo todas sus pieles, y lo que estaba a punto de convertirse en desaprobación se vistió de pronto de esperanza. Laura sabía cómo obrar de manera natural tales milagros.

—Una chica preciosa —contestó la señora Mills descubriendo solo para Laura y para Adela una sonrisa secreta y encantadora que escondía frente a las demás, frente al ejército invisible de las nuevas. No es que no le gustasen a la señora Mills todas las estudiantes por igual, es que tenía miedo de ser víctima de nuevas decepciones y por eso se sujetaba con cariño cerca de sus referencias. Las hermanas de sus alumnas preferidas eran su prioridad en estos primeros días del curso, y las amigas de estas sus primeras nuevas amigas. También guardaba un cuidado especial para aquellas jovencitas a las que veía desde el principio en peligro. Podría decirse que entre las tareas de Eudora Mills, estaba también la de cuidar la inocencia o, cuando menos, distinguirla.

La señora Mills, en cualquier caso, cerró pronto su sonrisa y se entregó a su labor, a los parámetros probados de su experiencia.

—Ya nos ocuparemos luego del registro —dijo resuelta—, vamos a instalaros, estaréis agotadas.

—Rendidas —respondió Laura exagerando el gesto y soltando la pesada maleta de Adela.

La señora Mills llamó a una de sus asistentes, una mexicana casi tan joven como las estudiantes que se abrió paso entre el resto de novatas y se hizo con la maleta y hasta con la mochila de Laura.

—Gracias, Carmencita —dijo Laura deslizando en su mano un billete de cinco dólares con tal sutileza que Adela no supo si lo había visto o imaginado.

Así era Laura, muy exagerada cuando convenía, perfectamente discreta cuando hacía falta. Adela, que apenas había salido de Augusta para visitar a sus tíos y primos en Oakland —aburridísimos primos, aburridísimos tíos, aburridísimo Oakland—, se reconoció fascinada por lo que a su entender era, frente a su inexperiencia, una mujer de mundo, una personalidad prematuramente bien cuajada.

Las cuatro mujeres cruzaron el vestíbulo, que parecía un gallinero, tal era el ruido

que generaban más de doscientas adolescentes sobreexcitadas ante sus distintos o tal vez idénticos futuros, y pasando de largo los ascensores principales, demasiado concurridos, salieron a un pasillo trasero donde las esperaban, vacíos y abiertos de par en par, los tres ascensores de servicio.

—Utiliza estos ascensores los primeros días —le dijo Laura al oído—, luego todo el mundo se lo aprende y ya da igual.

Adela asintió como dando a entender que seguiría ahora y siempre todos los consejos de su experta amiga.

El destino de Adela estaba ya cosido, por decisión propia o quizás por mera indefensión, al destino que Laura le ofreciese.

El ascensor subió despacio hasta la cuarta planta, y Adela se entretuvo tratando de adivinar la marca del perfume de Laura; no lo consiguió, pero reconoció lilas y un fondo de madera de roble. Seguramente se trataba de un perfume sofisticado que en nada se parecía a los aromas vulgares que utilizaban todas las chicas, incluida ella misma, en Nueva Augusta.

Con toda probabilidad Adela exageraba otorgándole a cada pequeño detalle de este nuevo entorno capacidades mágicas en su primer día en Carnwell, pero así lo había decidido y nada iba a separarla de este empeño.

El pasillo que llevaba a los dormitorios estaba a salvo, por fortuna, de las estridentes remodelaciones del vestíbulo, y recuperaba el carácter de la fachada, un aire decadente por no decir cercano al abandono que tranquilizó a Adela. Lo nuevo la aterraba, lo viejo en cambio le producía una agradable sensación de amparo, ni que decir tiene que esto provocaba no pocos conflictos con sus tímidos pero decididos deseos de aventura, aunque no se culpaba por ello. Está claro, al menos lo estaba a los ojos de Adela, que una vida malgastada en la vieja Nueva Augusta es tierra abonada para toda clase de contradicciones. Una chica de pueblo puede soñar, pero se ve obligada a soñar a menudo con lo que conoce. De igual manera, sus escapadas a las pocas tiendas de moda del centro comercial no la convertían de inmediato en la mujer que quería ser sino en la mujer que las marcas más baratas o más caras pero igualmente vulgares querían que fuera. Adela pensó con emoción en la ropa que su amiga podría prestarle, y tan lejos como estaba del sofisticado aspecto de Laura, no pudo reprimir un ligero desmayo. Tal vez la ropa de Laura no fuese suficiente para convertirla en algo muy distinto de lo que era, pero aun así estaba deseando intentarlo. Mientras se cruzaban por su imaginación toda clase de sueños disparatados acerca de su nueva imagen y su nueva disposición y posición frente al mundo, llegaron por fin a la habitación 666.

Carmencita sacó la llave y abrió la puerta, Laura recuperó su mochila del hombro de la amable asistente y entró como quien vuelve a casa tirando sus pocas cosas sobre una de las tres camas, su cama favorita, la que antes ocupó su hermana, la que estaba

por supuesto más cerca de la ventana. Adela apenas tuvo valor para asomarse al umbral de su nuevo hogar y se sintió deslumbrada por la pequeña pero encantadora habitación envuelta por tres grandes ventanales de madera que dejaban ver el campus, el jardín, las pistas deportivas y hasta el río.

Nada de lo que hubiese sido capaz de imaginar en los tristes días de Nueva Augusta estaba a la altura de esta realidad. Su única decepción, y no era sino un disgusto pasajero, fue no encontrar allí, esperando, los baúles de ropa que había imaginado unos minutos antes.

Carmencita la empujó cariñosamente con la mano mientras arrastraba tras ella su pesada y rota maleta, y así, sin siquiera pretenderlo y sin cargar con nada, ni aun con lo suyo, entró Adela en su vida.

La señora Mills se quedó fuera, junto a la puerta: jamás en su larga historia en esta casa había traspasado el umbral de las habitaciones de sus huéspedes. Cerca de ellas pero lo suficientemente lejos, era su lema. Una mujer no llega a vieja sin saber nada.

Antes de volver a su tarea sujetó a Laura por la muñeca y le dijo:

—Cuidado con el Bebedor de Lágrimas, mi niña —no tan bajito como para que Adela no lo oyera.

Laura sonrió y movió apenas la cabeza como si quisiera quitarle importancia a la advertencia de la señora Mills, antes de besarla cariñosamente en la mejilla.

—Gracias por todo, Eudora, ya nos apañamos nosotras…

Carmencita salió enseguida del dormitorio (porque también era muy lista), y Laura cerró la puerta dando a entender que en realidad no había nada al otro lado.

—Ya estamos dentro —dijo, y corrió a tumbarse en su cama—. ¿No es increíble? —preguntó sin esperar realmente una respuesta—, nuestra propia habitación para los próximos tres años, un lugar para nosotras en el que vivir y compartir nuestras cosas sin tener que explicarle a nadie nada. Se acabó eso de «qué andas haciendo en tu cuarto…». Esta habitación es nuestra casa y haremos en ella lo que nos venga en gana… Bueno, ahora lo más importante es que nos busquemos a la tercera ideal, la compañera perfecta. Va a ser complicado, ¿has visto a todas esas pavisosas de ahí abajo? Pero en fin, alguna habrá que merezca la pena, no vamos a ser tú y yo las únicas niñas con alma en este curso…

—¿No asignan los dormitorios? —preguntó Adela sabiendo casi la contestación.

—A mí nadie me asigna nada —dijo Laura mientras se quitaba a puntapiés los zapatos.

Adela se dio cuenta de la admiración exagerada que profesaba a su pesar por cada uno de los gestos decididos y resueltos de su nueva mejor amiga. Soñaba con convertirse en una mujer sofisticada, y al imaginarlo buscaba ya enemigas y modelos de conducta sin dejar de apreciar que ser considerada ya una niña con alma era sin

duda un buen principio.

Su nueva vida no podía haber empezado mejor. Las últimas palabras de la señora Mills le daban, sin embargo, vueltas en la cabeza. Adela siempre había sido muy curiosa.

—¿Qué es eso del Bebedor de Lágrimas? —preguntó.

Laura volvió a reírse.

—Nada, una tontería. Algo entre las veteranas de por aquí.

—¿Qué clase de tontería? —insistió Adela, que como bien decía su abuela tenía la manía de repetir las preguntas hasta dar con las respuestas.

—Una antigua leyenda de Carnwell —dijo Laura con evidente hastío—, se supone que el primer día en la universidad te romperán el corazón, pero el Bebedor de Lágrimas vendrá desde lo más oscuro del pasado para vengarse.

—¿De dónde sale esa historia?

—Dicen que hace como cien años o más, una chica prometida en matrimonio fue engañada por un falso enamorado al llegar a Carnwell, y después, como ya te puedes imaginar, fue burdamente despreciada, y sus lágrimas trajeron hasta aquí a su pretendiente, que vengó la afrenta matando al chico que se había cepillado a su prometida. La leyenda sostiene que desde entonces cualquier chica engañada en este campus será vengada por el Bebedor de Lágrimas, que al parecer vaga aún como alma en pena arrastrando su espada por entre los olmos.

—¿Y es cierto?

—¡Qué va a ser cierto! ¿Estás loca? Es una leyenda nada más, cada vez que sucede un accidente y un chico muere borracho en la playa, o se estrella en un coche al salir de un bar, le echan la culpa al Bebedor de Lágrimas, no es más que un cuento.

—Bueno, al menos es un cuento bonito.

—No tanto, según la leyenda el Bebedor de Lágrimas jamás pudo perdonar a la chica, no volvió siquiera a pronunciar su nombre, supongo que era un tipo rencoroso, y la muchacha, humillada públicamente y repudiada por su caballero, no logró soportar la vergüenza y la culpa, y se tiró desde el acantilado.

—¿Y?…

—Y digamos que no era buena nadadora, y que además ese acantilado está lleno de rocas, ni siquiera encontraron su cuerpo. Hay una tumba en el cementerio de la colina que lleva su nombre, Irene, pero dicen que está vacía, y sin embargo… —aquí Laura hizo una larga pausa disfrutando del interés casi morboso de su impresionable compañera.

—¿Sin embargo?…

—Sin embargo, sobre su tumba hay cada mañana flores frescas y nadie ha visto nunca quién las deja…

—Jo —dijo Adela—, qué historia tan misteriosa, da un poco de miedo…

—No te preocupes, mi vida, tú no estás prometida, estos son otros tiempos y los cuentos antiguos no matan a nadie, así que a pasarlo bien… Tenemos tantísimo que hacer antes de que empiecen las clases, y además está el baile de inauguración, que es el primer evento social de verdadera importancia. Será mejor que descansemos un poco.

Adela quiso decirle algo a su compañera de cuarto pero no se atrevió, quiso hablarle del joven Nathan, el hijo del dueño de la gasolinera, a quien había jurado volver sabiendo que no lo haría; quiso decirle que a su manera ella también se había comprometido a algo que no pensaba cumplir, pero no fue capaz y, además, Laura ya tenía los ojos cerrados.

Adela corrió las cortinas y se tumbó en su cama, la que estaba más cerca de Laura dejando la tercera, la más próxima a la puerta, para esa compañera que aún debían encontrar. Estaba cansada por el largo viaje en tren, y el corto viaje en *ferry,* y sobre todo por las emociones que se le amontonaban en el pecho. Cerró los ojos sin saber si sería capaz de dormir, pero al poco, escuchando el rumor de los pájaros a media tarde entre los árboles y el ruido incesante de maletas arrastradas, puertas abiertas y cerradas con estrépito, risas y gritos del resto de chicas de la residencia, fue cayendo en la más dulce de las siestas. Como era de esperar en una chica como Adela, tan presuntuosa como impresionable, en sus sueños de aquella tarde no faltaron los amantes, ni las traiciones, ni el cuerpo desnudo de un apuesto muchacho, ni las lágrimas y el arrepentimiento, ni flores frescas sobre la fría lápida de una tumba, ni una espada ensangrentada. Las chicas presuntuosas tienden a buscar las desgracias con más ahínco que las otras, a veces se trata de las desgracias ajenas, pero otras muchas veces son las propias las que en verdad persiguen. La presunción, para chicos o chicas, para viejos o jóvenes, para cualquiera en realidad, es una manera eficaz de meterse en mil líos, de confundirlo todo, de hacer y hacerse mucho daño.

CAPÍTULO II

RESULTA difícil precisar cuánto tiempo pasó, tal vez una hora, tal vez un poco más. Al final del verano las siestas son tan dulces que parecen eternas, aunque no duren nada.

—¡Arriba, dormilona! —gritó Laura saltando sobre su cama. Adela abrió los ojos de par en par, mientras su amiga dejaba a su lado las primeras pequeñas prendas necesarias para esta aventura. Su nuevo uniforme.

Cuando Laura le propuso vestirse con la mitad de su ropa no podía imaginar que el trato incluía también tan sofisticada lencería. Nada de tangas, demasiado vulgares, según su amiga, ni braguitas de Hello Kitty (que de esas ya había tenido muchas sin saber para qué), sino un delicado juego de encaje malva casi transparente que parecía acariciar el cuerpo en espera de otras caricias. Adela no se había desnudado delante de otra chica más allá del fraternal desnudo que todas se regalaban en el equipo de gimnasia del instituto camino de las duchas, pero esto era muy distinto, aquí había ya una intención, la de considerarse hermosas por un instante antes de arriesgarse en la jungla de la apreciación ajena. Si pidió el tiempo de una ducha fue para empezar enseguida y limpia un camino distinto. No porque estuviera sucia, sino para no estarlo.

—Bonita por dentro y por fuera —dijo Laura mientras Adela se desprendía de la toalla sin apenas haberse secado.

La lencería prestada encajaba como un guante en el cuerpo de Adela. Solo un ligero temblor y las últimas gotas de agua frenaron por un segundo el contacto entre la seda y su piel. Al abrocharse el sujetador, Adela dio por bien cerrado el primer círculo y al parecer su amiga también.

—¡Qué guapa! —exclamó Laura—. Eso es lo esencial, estar muy pero que muy guapa, a partir de ahí todo es más fácil.

Lo que vino luego fue un vestidito camisero abotonado por el frente, algo que Adela jamás se hubiese atrevido a ponerse por miedo a parecer antigua pero que protegida por el pulso firme de su amiga en asuntos de moda se ajustó a su verdadera naturaleza, más allá de lo que ella, que desconocía su verdadera naturaleza, habría podido imaginar.

—No puedes ser más zorra que las otras, mi vida, eso es imposible dada la competencia, así que lo importante es ser más bonita. Por el pelo no te preocupes: hay tanta humedad aquí que no merece la pena alisárselo. Y además, estos rizos tuyos son tan encantadores…

El íntimo ritual duró en realidad muy poco y en apenas nada ya estaban las dos vestidas frente al espejo del armario.

Laura llevaba una faldita corta estampada con margaritas y una sencilla camiseta

con mangas blanca, una prenda que solo las chicas con poco pecho pero muy bonito pueden ponerse sin parecer vulgares.

—Estamos muy guapas —concluyó Laura sin darle tiempo a opinar, y se alejó del espejo como quien no necesita mucho para corroborar lo que ya intuía, dejando a Adela sola frente a su recién descubierto reflejo.

Adela, por qué no decirlo, se demoró en exceso, insegura o tal vez sorprendida ante su nueva imagen, algo que Laura como siempre corrigió con toda naturalidad.

—Ya está bien, mi vida, no te mires demasiado que luego se nota, un poco de colorete y a la calle.

Adela trató de abrir su maleta para sacar su arsenal de cosméticos, pero Laura una vez más tenía ya lo que hacía falta antes de que ella lo encontrase.

—Deja las pinturas de guerra —la recriminó con cariño—, que con un poco de rouge vamos que chutamos.

Dicho y hecho, apenas una sombra carmesí en las mejillas bastó para que Adela por primera vez dejase de verse a sí misma como una pueblerina.

Antes de tener la oportunidad de volver a mirarse ya estaban las dos saliendo por la puerta.

La seguridad hace con las mujeres cosas que el cuidado no consigue. Adela lo estaba aprendiendo a marchas forzadas.

—La primera noche aquí —le dijo Laura mientras cerraba con tres vueltas de llave la puerta de la habitación— es la más importante, ya sabes lo que dicen: no hay más que una oportunidad para crear una buena primera impresión. Lo que suceda desde hoy mismo hasta después del baile de inauguración marcará nuestra existencia en este pequeño mundo hasta la ceremonia de graduación.

Adela se preguntó si tendría ella alguna vez su propia llave, pero le dio miedo mencionarlo. Hasta aquí todo iba sobre ruedas y no se sentía preparada ni desde luego dispuesta para descarrilar nada. De nada sirve engañarse, el momento de las decisiones o las exigencias, por pequeñas que estas fueran, estaba aún muy lejos.

No se creía todo lo que decía su maestra (o tal vez solo su sherpa en la escalada), no era tan tonta, pero se dejaba llevar como se dejan llevar las ideas por el vino, y en ese estado de abandono encantador avanzaba distraída pero firme hacia lo que fuera que fuese que iba a suceder. Al fin y al cabo había llegado hasta aquí para eso, para perder pie en el agua de lo nuevo, para ser lo que no sabía que era. Para sorprenderse y con suerte para confundirse del todo.

Ningún lugar mejor para la confusión que el muelle. Frente al océano Atlántico, el muelle extendía sus viejas pasarelas de madera barnizadas por mil y una historias de viejos arponeros, de hombres de pasado sospechoso y coraje más que probado que habían sido sustituidos hace mucho tiempo por los chicos del campus vecino, sin la

limitación impuesta por la estricta política de géneros en las residencias de la vetusta Carnwell. No eran estos chicos hombres como aquéllos, pero daba gusto verlos. Quienes piensan que la separación de sexos protege a unos y otras en la experiencia académica, solo tendrían que visitar por un segundo las terrazas del muelle de Carnwell para comprobar que si algo se asegura gracias a la separación forzada de las hormonas es la excitación del reencuentro. Seguramente los campus mixtos se llenan enseguida del aburrimiento que proporciona el contacto indeseado y obligatorio entre chicos y chicas, pero estas tradiciones decimonónicas que aún sujetan parte del sistema universitario constituyen en cambio la chispa necesaria para ese fuego capaz de abrasar dos imaginaciones separadas contra natura.

Pisar las maderas del antiguo muelle ballenero de Carnwell era más que suficiente motivo de alegría para una chica, y las miradas y comentarios, con frecuencia gritos o aullidos, que profesaban los muchachos del otro lado de esa verja más encantadoramente imaginaria que real justificaban todas las teorías de Laura sobre la apariencia y la impresión.

Su apariencia, según confirmaban los piropos, era más que acertada y esa primera impresión de la que hablaba su amiga parecía ir muy bien encaminada. Antes de pedir la primera cerveza ya habían sido las dos invitadas a *frozen* margaritas, y no tenían más trabajo que apartar de sus cuerpos las manos casi siempre torpes de sus encendidos admiradores.

—Solo las chicas desesperadas se quedan con la primera invitación —dijo Laura para enseguida corregirse—, nos bebemos esta y buscamos algo mejor.

Los chicos de alrededor no se dieron por ofendidos, tenían muchas otras cosas en las que pensar; para empezar, sus propios sueños. También desde sus habitaciones se veía a las chicas desnudas, o semivestidas, o al menos se imaginaban. También dejaban pueblos, amigos, familias, pasados muy atrás, también creían merecer sus aún no merecidos mañanas.

Los chicos de Carnwell, en cualquier caso, el primer día no se ofenden por tan poca cosa y toman un semidesprecio por un tal vez luego. El curso es muy largo.

Llegaron los margaritas y los chicos juntaron su dinero para pagar. Eran todos, los seis, la mar de simpáticos pero no muy guapos. La clase de chicos que piensa que todo sucede más deprisa de lo que sucede en realidad, aunque era imposible culparlos por ello, seguramente este era también su primer día muy lejos de casa. Aprendices al fin y al cabo.

Laura sonrió y dio las gracias, y Adela hizo lo propio, antes de desaparecer ambas por el muelle en busca de otra aventura.

Laura se acercó al oído de Adela, mientras ventilaba su primera copa de la noche:

—Algún día pagaremos por esto, mi vida, algún día uno de estos idiotas nos romperá el corazón, pero es pronto para eso.

El espectáculo que ofrecía el muelle de Carnwell el primer día de curso era suficiente para emborrachar a cualquiera. La última noche de agosto en la isla de Coversgate adivinaba ya ese encantador verano indio que calienta y refresca a la vez y cuelga las últimas promesas del estío en los balcones del otoño inmediato.

—Tal vez deberíamos haber traído una cazadora, por si luego refresca —se atrevió a decir Adela, a lo que replicó al punto Laura casi ofendida:

—O tal vez te deberías haber quedado en casa, bonita. No te preocupes por el frío que enseguida se encienden las hogueras en la playa, preocúpate más bien por el calor… He visto a chicas hacer aquí en su primera noche cosas que no habían hecho nunca antes y que no hicieron nunca después: este olor de final de verano lo envenena todo muy dulcemente y para cuando te quieres dar cuenta tienes al equipo de esgrima acariciándote con sus puntiagudos floretes. No te separes mucho de mí, por si acaso.

Adela se dio cuenta de que cuanto menos hablara mejor, estaba allí para aprender, no para hacerse la lista antes de tiempo.

—Vamos al White Whale —dijo Laura sin rastro de rencor—, que ahí es donde están los que merecen la pena. Invitan el doble, hablan la mitad y están el triple de buenos.

Adela trató de hacer el cálculo en su cabeza, pero el primer margarita ya había vencido su poca capacidad aritmética. Le sonó bien en cualquier caso, así que dejó su copa vacía en una de las muchas mesas que jalonaban las terrazas del muelle, entre las sonrisas de sus futuros compañeros de curso y se encaminó hacia donde fuera que fuese que iba, con los ojos bien abiertos, pero la voluntad vencida, despierta y soñando a la vez, y atada de pies y manos por un hilo encantador que dejaba su voluntad en un segundo plano y su destino al socaire de una brisa empapada de promesas.

Lo primero que supo nada más acercarse a la terraza del White Whale es que los chicos del equipo de baloncesto eran más grandes de lo que había imaginado, y los pequeños intelectuales de las becas de literatura más guapos y más listos de lo que podía esperar. En lugar de un margarita, en la mano tuvo enseguida un chupito de whisky irlandés, y una cerveza sobre la mesa, para bajar el fuego de ese trago.

Se sucedieron los abrazos y los besos, entre chicos y chicas que parecían conocerse, una sociedad de la que Adela se sentía al mismo tiempo parte (gracias al cuidado y la protección de Laura) y excepción.

Laura saludó a unos y a otras como si volviese a un lugar conocido, le presentó a infinidad de gente cuyos nombres no pudo guardar, y luego se perdió por un tiempo en el pasillo rojo que llevaba al baño, sin titubear, segura en una marea que a una chica diferente, a Adela sin ir más lejos, le hubiese parecido una amenaza.

Tenía razón Laura cuando le dijo que la competencia sería feroz; la mayor parte de las chicas en el White Whale dejaban poco a la imaginación: sus cuerpos

sombreados por veranos en las playas de Montauk, Palm Springs, Ocean Drive, o el lejano Mediterráneo parecían sacados de las revistas que Adela solo podía hojear en la gasolinera de su pueblo.

Eran más lanzadas que elegantes, más audaces que interesantes, pero sus piernas y sus escotes bastaban para engatusar a cualquier estudiante de primer curso. O de segundo, o tercero… y seguro que a muchos de los profesores.

Otra cosa que las separaba de las chicas que ella había conocido era su inmensa alegría: corrían de aquí para allá, sonriendo, bailando, luciéndose sin más preocupación que sujetar en su sitio o ligeramente cerca de su sitio sus atrevidos vestidos, sus faldas cortas, sus pantalones de safari, sus tops de palabra de honor y sus blusas entreabiertas.

Las drogas también corrían por el muelle con idéntica falta de discreción, y tal vez para esto Adela no estaba del todo preparada. No es que no hubiese fumado nunca marihuana, es que aquí, tan lejos de casa, todo sabía distinto y tenía otro efecto.

Ya no se trataba de mantener alta la guardia junto a los críos del Seven Eleven atontada por la cerveza y el zumo de grosella pero aún firme en el territorio de lo conocido, de lo sabido hasta el aburrimiento; aquí, frente al mar, frente al canto de sirenas del futuro, frente a una muy antigua tradición de verdaderos arponeros, cualquier distracción podía resultar fatal.

Según la página web sobre el registro de violaciones en la universidad, RIAC (Rape In American Colleges), que su madre se empeñó en que leyeran juntas para sonrojo de Adela, el setenta por ciento de los ataques sexuales suceden durante los siete primeros días del curso, cuando las chicas están más ilusionadas y menos preparadas. Había que distinguir no obstante entre ataques directos e indirectos. Un alto porcentaje de las estudiantes anónimas encuestadas reconocía haberse quitado la ropa por voluntad propia, o al menos con la poca voluntad que les quedaba tras una noche enloquecida bajo la influencia de drogas recreacionales (ketamina, GHB, éxtasis y un largo etcétera) y grandes cantidades de alcohol.

Por supuesto que todo eso era teoría (al fin y al cabo su madre nunca había ido a la universidad) y la sombría página de la RIAC les sonaba a las dos, madre e hija, a chino mandarín. La realidad como suele suceder lejos de las frías estadísticas es muy distinta: la realidad es el muelle al atardecer, la luz dorada, el tiempo que se detiene y se acelera y el corazón que lo sigue obediente; la realidad es Stephan, un chico muy pálido escondido tras un flequillo negro, con la voz suave, que no habla a gritos entre los gritos que revientan el bar, que mira a los ojos y no al suelo como los demás, que parece que ve cuando te mira, que te escucha cuando te oye. Si sabes lo que quieres, lo reconoces a la primera; si todavía, a pesar de no saber lo que quieres, tienes claro lo que no quieres, reconoces la diferencia y también a la primera; si un chico como

Stephan te aparta por un segundo el pelo de la frente, sabes que ya no sabes nada, que estás por un segundo donde querías estar desde el principio, perdida del todo y a la primera.

Stephan se había presentado solo, pensando tal vez que entre el afecto y la confianza mutua de quienes llenaban el White Whale no había verdaderos extraños ni razón alguna para desconfiar. Tampoco su aspecto invitaba al prejuicio: no llevaba bermudas, lo que para Adela ya era mucho, sino vaqueros y una sencilla camisa blanca, nada que hiciera pensar que no se tratase de un chico perfectamente normal y extrañamente encantador.

Adela se sintió protegida por esta recién robada sensación de pertenencia que flotaba en el aire, y no puso reparos al nuevo chupito de irlandés que el guapo desconocido le ofrecía.

—Primer día en Carnwell, qué locura —dijo el muchacho como si esa fuese explicación más que suficiente para la exagerada excitación que los rodeaba.

—Supongo… —dijo Adela encogiéndose de hombros con una timidez más impostada que real.

—¿Qué materias has escogido? —preguntó Stephan.

—Comunes, Filosofía y Literatura inglesa y un extracurricular en Arte, quiero empezar a hacer crédito para el año que viene… En realidad es el Arte lo que me importa.

Nada más decirlo, Adela se sintió idiota y se sonrojó en consecuencia. No había por qué.

—Arte —dijo Stephan apretando los puños como quien confirma una victoria—, allí nos veremos, yo también he escogido Arte, aunque estoy aquí en realidad por una beca de baloncesto, pero esa solo fue mi manera de engañarlos. Por alguna razón que se me escapa, esa canastita colgada en el aire fascina a la mitad de las universidades de este país. No deja de ser gracioso porque yo normalmente no meto la pelota, a no ser que haga falta, solo sé pasarla entre los unos y los otros, lo que no resulta tan difícil teniendo en cuenta que la mayoría ni se miran entre ellos, así que me necesitan a mí para que la dichosa bola no se pierda. En realidad lo que hagan después con ella no es del todo asunto mío.

—¿Eres un base puro? —preguntó Adela, que algo sabía de baloncesto, al menos de oídas, gracias a la afición de su padre.

—Eso parece —contestó Stephan bebiéndose de un trago lo que le quedaba de cerveza—. El más bajo es el que hace la jugada, los más altos la rematan, tengo un triple decente para los momentos complicados y no me muevo mal bajo los aros, por detrás de los pívots; sé dar asistencias decentes y dejar alguna que otra bandeja. Así se juega a este juego y si se juega muy bien y con mucha suerte, se gana.

—Ya no quedan muchos bases puros —remató Adela dándoselas de experta—,

ahora se lleva más el base alto, tipo Steve Nash.

—Ya no queda nada puro en ningún sitio —dijo Stephan—, nadie se acuerda de Isiah Lord Thomas III…

—¿El poeta…? —preguntó Adela intuyendo que podía meter la pata. No sabía gran cosa de poesía, ni tampoco tanto de baloncesto en realidad.

—El base de los Detroit Pistons… —respondió Stephan sin ofenderse—, y es una pena, aunque hay que reconocer que Nash es una maravilla. En fin, son otros tiempos…

La música estaba tan alta y era tan obvia (una mezcla de indie trasnochado y clásicos agotados como los Allman Brothers o el sempiterno Hotel California de los Eagles), que invitaba a salir de nuevo al muelle para hablar y escucharse más tranquilos junto al rumor de las olas.

Las olas, por otro lado, no son cualquier cosa para quien lo espera todo sin saber exactamente qué es todo, para quien a pesar de la imprecisión de sus sueños abre los brazos y cierra los ojos. Las olas, en ciertas tardes del final del verano, desorientan el rumbo de las naves y pueden llevar a alguien a hacer más de lo que en realidad es capaz de hacer, o a desear lo que cree que quiere, sin todavía adivinar su contenido, con una urgencia desesperada.

Antes de que Adela supiera cómo ni por qué, ya estaba besando a Stephan ante la mirada recriminatoria de Laura desde el otro lado de la luna de cristal del White Whale, que Adela no supo bien descifrar. Adela fue capaz de sonreír a su amiga desde la distancia enorme que imponen los besos, y tuvo, a pesar de su desmayo, un segundo de atención para Laura, seguramente porque sabía que sin ella nada de esto estaría sucediendo y también porque era consciente a pesar de su inconsciencia de que necesitaba simpatía, no desprecio ni consuelo. El consuelo, intuía, le haría falta después.

Adela se aprovechaba de la situación y de los regalos que se le ofrecían, pero no ignoraba que todo tiene un precio, aunque no podía siquiera imaginar, besando a Stephan cerca de la playa, lo caros que salen a la larga casi todos los segundos de felicidad. Lo que sí sabía Adela es que su corazón era capaz de muchas batallas, y que su fuerza, aunque no había sido puesta a prueba en estas nuevas circunstancias, era real, al menos en el territorio ilusorio del coraje, ese que lleva a la gente común más allá de sus capacidades, más allá de su pasado, más cerca de su destino.

La leyenda dice que el primer día en Carnwell te rompen el corazón, pero la misma leyenda sostiene que el Bebedor de Lágrimas vendrá armado como los ángeles furiosos para vengarse. Adela recordó de pronto las advertencias de Laura.

El rumor de ese sueño de media tarde, de esta maldición recién descubierta, sacudió a Adela por un segundo, aunque todavía no con la fuerza de una espada; era aún pronto para eso, pero no para que el sabor de una venganza imaginada o

recordada se mezclara con el extraño sabor de los besos de Stephan y el whisky irlandés y el miedo a algo que adivinaba en ella y que seguramente su madre, y su abuela, y Laura y cualquiera que la hubiese conocido aunque fuese de pasada podía imaginar con facilidad, algo oscuro y fértil y enorme y peligroso que guardaba Adela en el alma, algo que se parecía mucho a la más despiadada de las ambiciones.

No había manera de negarlo, Adela estaba asustada y embriagada, aterrada y en la gloria.

Quiso recordar el rostro de Nathan, el chico de la gasolinera al que alguna vez había querido en la nueva y vieja Augusta, pero no dio con él; esa traición de su memoria no hizo sino añadir más pasión a cada uno de sus besos. Sin darse ni cuenta, estaba temblando.

Stephan pensó que ese temblor no era más que frío. Se equivocó profundamente.

—Bajemos a la playa —dijo—, ya estarán encendiendo las hogueras.

Adela asintió y caminó detrás de él, cogida de su mano.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Ya había tirado casi todo lo que traía por la borda.

Si detenemos este segundo, este primer beso sobre el muelle de Carnwell, si dejamos que todo se separe de lo que está sucediendo y se acerque a lo que va a suceder, si queremos conocer la historia de Carnwell y tal vez comprender el futuro de Adela y el triste futuro de Stephan, si somos capaces ahora de volar como observadores pacientes dentro de la cesta crujiente de un globo aerostático, llevados solo por la brisa y el silencio, sin apenas molestar, por encima de esto y cerca de lo que sigue, veremos al final de la leyenda su parte de verdad, el dolor de Nathan, llorando solo en la gasolinera, la arrogancia de Adela llamando a gritos al corazón herido del Bebedor de Lágrimas. El dolor de una traición y la maldición que la acompaña y la espada sangrienta que se arrastra ya por la arena de esta playa.

Veremos, en suma, lo que está a punto de suceder.

No tuvo que esperar mucho para encontrar las primeras espinas de estas rosas. Caminaba embobada de la mano de Stephan cuando se topó de bruces con Laura.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le espetó Laura en un tono tan severo que la despertó de golpe de su ensueño.

—Laura, por favor… —intervino Stephan.

—Tú cállate —le ordenó Laura.

—¿Os conocéis…? —balbuceó Adela.

—Sí, lo conozco bien, es un ladrón y un mentiroso —respondió Laura mirándole a los ojos.

—Vámonos de aquí —dijo Stephan apartando a Laura con la mano—. Está celosa, no le hagas ni caso.

Adela se quedó quieta sin saber qué hacer mientras Stephan trataba de tirar

dulcemente de ella. Miró a Laura esperando sin verdadera esperanza su aprobación y, para su sorpresa, Laura se la dio.

—No me mires tanto, Adela, vete con él si es lo que quieres, pero no digas que no te he avisado.

—¿Hay algo entre vosotros? Yo no quisiera…

—¿Entre este y yo? —dijo Laura con desprecio—, tú estás loca. Pero tiene algo que me pertenece y me lo va a dar ahora mismo si sabe lo que le conviene.

—No lo tengo encima, Laura, por Dios, mañana te lo doy, no te he robado, solo lo tomé prestado.

—Si mañana no lo tengo, iré a por ti —dijo Laura antes de darse la vuelta y marcharse.

Adela trató de detenerla sin conseguirlo.

—¡Laura, por favor, espera! —le suplicó, pero Laura siguió andando de vuelta al White Whale más tiesa que el palo de una horca.

—Qué pesada —dijo Stephan—, no sé quién se ha creído que es.

—¿La conoces mucho? —preguntó Adela.

—Qué va, la conocí ayer. Estuvimos tomando algo, eso es todo, te lo juro.

—¿Ayer? Pensé que Laura había llegado hoy.

—No, no, estaba aquí ayer, fue la primera chica que conocí al llegar, pero no pasó nada, te lo juro… Creo que está un poco chiflada.

—¿Qué es eso que dice que le has robado?

—Nada, una medallita. Me encontré a tu amiga dando un paseo por el pueblo nada más instalarme y nos fuimos a tomar unas cervezas, y puede que un par de copas, pero tu amiguita no sabe beber. Se emborrachó muchísimo, se puso pesadísima y la dejé en la puerta de la residencia medio grogui. Esa señora mayor de la recepción…

—La señora Mills.

—Como se llame, esa señora tan antipática se hizo cargo de ella.

—Y le robaste una medalla…

—La tomé prestada, por jugar, nada más, te juro que pensaba devolvérsela.

—Tú juras mucho —dijo Adela entre coqueta y desconfiada.

—Te juro que no —respondió Stephan divertido antes de besarla de nuevo. Adela se dejó hacer, se sentía fatal y mejor que nunca al mismo tiempo, no creía una palabra de lo que decía Stephan, pero era incapaz de separarse de sus labios. Era tan guapo y tan distinto a su Nathan. El pobre Nathan nunca tenía que jurar nada porque siempre decía la verdad.

CAPÍTULO III

EN la playa sonaba una música distinta y la temperatura de la noche era otra. Alguien había plantado en la arena una de esas viejas radiocasetes gigantes que estaban de moda en los años ochenta cerca de los primeros fuegos, alguien estaba desnudo en el agua, alguien ya hacía el amor incluso antes de que anocheciera del todo, alguien contaba chistes, alguien reía, y alguien, como sucede siempre en todas las fiestas, vomitaba; todo sucedía al mismo tiempo y demasiado aprisa.

Adela se sentó sumándose al círculo que formaban una docena de desconocidos alrededor de una de las hogueras, se fijó en las pastillas que pasaban de mano en mano, pero no se atrevió a probarlas, al menos por el momento. Sí que fumó de la hierba compartida cuando le llegó su turno, sí que cantó en voz alta alguna de las canciones, *If You Can't Give Me Love* de Suzi Quatro para ser exactos, un viejo *hit* de los ochenta que sin saber bien cómo ni por qué conocía perfectamente, sí es verdad que besó a Stephan un millón de veces más. Sí que bebió más de lo debido, pero no es menos cierto que se emborrachó más de lo debido, y que terminó por aceptar una pastilla que Stephan le ofrecía. Sí que es verdad que se entregó sin haberlo siquiera decidido como quien se deja llevar por el viento y a la deriva. Sí que fue consciente de renunciar por una vez a su voluntad o tal vez no, tal vez era precisamente esta dulce derrota la que su voluntad exigía.

En cualquier caso todo lo que fue precioso por un instante se volvió al segundo siguiente confuso, como el barro en el camino a casa después de la lluvia, que cambia de pronto una promesa por un reproche, la claridad de un lago por la oscuridad de una charca. Un mar por un pantano.

Todo parecía violentamente distorsionado, y no como antaño por el rumor del pasado, sino por el ruido ensordecedor del presente, las emociones se solapaban, el cariño, el deseo, la confianza, el desconcierto, la excitación, el desprecio, todo mezclado entre la música, el ruido, las risas, las olas, el alcohol, la marihuana y el calor sofocante que le ardía en las mejillas por culpa de esa dichosa pastilla.

Sin lugar a dudas estaba perdiendo pie y el agua, aunque clara en la superficie, se hallaba revuelta en el fondo, y cuando Laura le dijo ten cuidado, no supo a qué se refería. Al poco, un nuevo abrazo de Stephan la tumbó de una vez por todas sobre la arena, y ya no fue capaz de pensar más.

Seguramente todo este proceso duró horas, pero para Adela, en su estado, todo eran segundos.

Hacía nada su vida era otra por completo distinta. Había vivido su adolescencia sujeta por tradiciones que no terminaba de entender, por respetos impuestos, atada por un lazo invisible, con los pies hundidos en el cemento de lo ajeno, ahora de pronto se quitaba la ropa como quien se deshace de algo que nunca le perteneció del

todo, y sintiéndose una extraña se sentía ella misma por primera vez en su vida.

Juraría haber oído decir a Stephan un «te quiero», pero no podía estar segura, tampoco estaba segura de haberlo dicho ella como tímida respuesta. No estaba segura de nada, Adela, en su primera noche en Carnwell, y puede que fuera por eso que el Demonio la eligió a ella precisamente, pero era un demonio tan diferente a lo que había detestado siempre, tan arrogante, tan preciso, tan amable, que le hubiese sido imposible ofrecer resistencia. Para cuando creyó ver una paloma negra sobre la playa, el placer hablaba a gritos y la memoria se escondía, cualquier chica en su lugar hubiese seguido besando el cuerpo de Stephan, cualquier persona sensata y en su sano juicio elegiría la felicidad tangible por encima de los negros presagios y el rumor oscuro de las antiguas maldiciones.

Adela cerró los ojos, imaginando muchos mañanas parecidos o aún mejores, la felicidad conlleva esta clase de insensatas pretensiones…, o tal vez Adela tenía cierta disposición natural para soñar despierta o vivir dormida, lo que viene a ser casi lo mismo.

Y entonces, no podía ser de otra manera teniendo en cuenta su taciturna naturaleza, tuvo un sueño, una pesadilla en realidad, de la que no sabría despertar.

¿De dónde salió la espada? Nadie la vio llegar, la sangre fue la primera evidencia de la ira. Cayeron los ángeles furiosos sobre los cuerpos desnudos con la rabia de mil ofensas no del todo olvidadas. El acero cortó por la mitad el radiocasete, que era de plástico pintado de plata, metal de mentira, y se hizo el silencio en la playa antes de que estallasen la sangre y los gritos y todo se partió en dos, de un solo golpe.

Inquieto e inmortal, el Demonio que cruzó los sueños de Adela se movía ligero pese a estar encadenado, toda resistencia sería fácilmente vencida bajo el peso equilibrado y perfecto de su espada, nada podría no abrirse frente a su filo, nada en realidad puede detener en este mundo real a un fantasma. Los duros y sólidos huesos se quiebran como la fruta, las voluntades se derrumban, los enemigos se esconden, la presencia de la espada se basta y sobra para intimidar a los que se creyeron arrogantes, y solo los locos de atar se levantan frente al destino de la sangre emponzoñada. Si Stephan trató de defenderla a ella, o a sí mismo nunca lo sabremos, pero levantó su mano en un intento estéril de parar el primer golpe de la espada, y su mano, como no puede ser de otra forma cuando se enfrentan la carne y el acero, cayó sobre la arena, y después cayó Stephan tan largo como era, un metro ochenta y tres de base universitario clásico, a lo Isiah Lord Thomas III, cercenado por una herida definitiva, partido también en dos como todas las cosas, consumido por el fuego de un infierno que se ignora pero existe.

Adela miró al fantasma a los ojos, mientras Stephan caía roto en pedazos. Adela

vio los ojos del fantasma y su hermoso rostro salpicado de sangre. Adela no sabía hasta ese momento que algunos fantasmas son diabólicamente guapos y para cuando lo supo, ya era tarde. El amor y el miedo a menudo se confunden y es difícil separarlos, poderosas como son ambas razones, que además comparten el temblor como síntoma primero.

Cuando hubo terminado su siniestra tarea, y aún con la espada ensangrentada en la mano, el fantasma se arrodilló frente a Adela, como quien se arrodilla ante una reina y sin atreverse a levantar la mirada, le susurró su maldición:

—Tus besos son solo tuyos, pero tus lágrimas me pertenecen.

Adela se desmayó, cualquiera en su sano juicio hubiese hecho lo mismo.

CAPÍTULO IV

APENAS empezaba a amanecer.

Carnwell comparte con Coversgate la bahía, pero está justo enfrente, al otro lado del viejo puerto ballenero. Dicen que aquí bebían los marineros para no cruzarse con capitanes ni patrones, dicen que aquí se escondían las mujeres que hacían felices por un instante a los arponeros antes de zarpar. Cuentan que a este lado de la bahía nunca llegaban las cartas y que de este lado no volvían los hombres, atrapados ya por el amor nuevo y bien pagado que esas otras mujeres ofrecían. El sol en septiembre se alza tarde sobre las colinas de Hillbourgh y baña luego, poco a poco, el pueblo de pescadores, y después avanza sobre el centro comercial de la autopista y llena el valle y alcanza la escuela pública aún vacía a la espera de que los niños empiecen el nuevo curso, y arde después sobre la universidad, sobre las pistas de tenis, los campos de fútbol, la residencia femenina, y la residencia de los chicos que está solo un poco más abajo a media milla y finalmente ilumina la playa y cruza el mar de un lado a otro de la bahía, y todavía más lejos hacia la pequeña isla de Moore, donde alguna vez hace muchos, muchos años los contrabandistas escondieron sus ilícitas mercancías, licores destilados en alambiques ilegales. Siempre hubo en Carnwell negocios clandestinos, amores clandestinos, fantasmas y rumores. El sol, cuando amanece un día claro, lo cubre todo, pero solo aparentemente: bajo la superficie se esconden los secretos, en el fondo del mar duermen los muertos, detrás de cada historia se oculta otra, frente a lo que se cuenta, crece lo que se calla.

El sol no descubre del todo esta pequeña localidad costera, hay silencios que la luz amarilla no desvela, hay fantasmas que ocultan su dolor y su venganza a las horas luminosas del día.

Por lo demás este es un lugar hermoso que guarda a mucha gente buena que jamás pensó en hacer daño a nadie. Gente que cumple con sus obligaciones cada día, gente en la que tal vez se pueda contar en caso de que la parte más oscura de este pueblo costero decida salir de su cauce e invadir la parte que no le ha sido dada por naturaleza.

Todos las mañanas se levantan los unos y los otros dispuestos a hacer lo que les corresponde.

Todos los días esconden secretas aspiraciones, nobles esperanzas, profundos arrepentimientos, olvidos nada inocentes y también demonios que no se conforman con su triste suerte.

Y así amanece en Carnwell.

Adela despertó en la playa junto al cuerpo despedazado de Stephan. Había que ser un

experto forense para distinguir si se trataba del trabajo de una sierra mecánica o de una espada afilada, la sangre embadurnaba la arena y llegaba hasta el mar. Tampoco conseguía Adela ver nada con claridad, mezclados el dolor y el horror, y el empalagoso sabor de los besos, en su cabeza. No supo pensar en qué momento exacto había dejado de ver con sus propios ojos y qué parte de la pesadilla era real y qué parte de esta siniestra aparente realidad era soñada.

Quien haya visto la muerte de cerca sabe que los ojos se apartan naturalmente de los hechos probados para salvar la cordura.

Solo al levantarse se dio cuenta de que estaba desnuda y de forma instintiva se cubrió con una larga camisa blanca que no era suya, mientras caminaba casi sonámbula hasta la orilla, dándole la espalda a lo que quedaba de Stephan.

Trató de recomponer la secuencia de los hechos como quien monta una película con los planos perdidos, robados, confusos, que alguien sin su permiso había rodado.

Al darle la espalda a todo, no le quedó otra que clavar sus ojos en el mar.

Se quedó mirando el rojo de la sangre entre la espuma sin saber una vez más si tan solo lo imaginaba, mientras oía el quejido de las gaviotas, esas molestísimas ratas del cielo, y recordó por un instante haber visto una paloma negra sobre la arena oscura de la noche anterior. No podía ni quería darse la vuelta para volver a mirar los trozos cercenados del cuerpo de su amante, pero sí que fue capaz, con los pies descalzos en el agua, de reconstruir el cuerpo del muchacho en su memoria. Sus brazos fuertes, sus manos grandes, parte del cuerpo de Stephan dentro de su cuerpo. Los ojos de Stephan mirándola solo a ella. También fue capaz de recordar el calor de la hoguera cerca de la conversación, enfrentada ahora a este frío de la primera mañana sin él.

Se giró para mirar el resto de la playa por encima del cadáver de su amante. La arena estaba llena de botellas vacías, ropa perdida y agitada por el viento, madera calcinada testigo también muerto de las hogueras hace ya tiempo apagadas, pero no había nadie más. Solo había caído uno de entre todos los chicos y chicas que se besaban hacía apenas unas horas, solo uno, pero era el suyo, y Adela maldijo este día y el nombre de las viejas leyendas y maldijo asimismo su propio nombre y su tristísima suerte.

Maldijo sobre todas las cosas las palabras del fantasma que creía haber escuchado en sueños pero que ahora sabía reales:

—Tus besos son solo tuyos, pero tus lágrimas me pertenecen.

Y después de maldecir echó a correr, y mientras corría recordó algo más, algo que no querría nunca volver a recordar, algo que ataba para siempre su destino a la muerte de Stephan. Recordó al pasar junto a los olmos envenenados de Carnwell que había querido llorar (y que tal vez lo hizo), después de besar a un hombre que no era Nathan. No pudo ver en cambio, en sus recuerdos, si sus lágrimas fueron de pena o de

alegría, o si sintió por un segundo la punzada amarga de la culpa por haber traicionado la palabra dada al dulce muchacho al que tan rápidamente había querido olvidar, pero sí supo a ciencia cierta que lloró por Nathan y que la espada del Bebedor de Lágrimas no se desenvainó por accidente y que la leyenda negra, la muerte que ahora corría tras ella, seguramente más aprisa que ella, había sido conjurada por su llanto y supo que por mucho que corriera, y corrió como un demonio, no sería nunca del todo inocente ni estaría nunca a salvo.

Cruzó el camino de grava hasta la casa, recordó a duras penas el número de su habitación 666, y con ese número en la cabeza y sin mucho más recorrió descalza y semidesnuda el vestíbulo vacío hasta llegar a los ascensores de servicio. Presionó el seis y rezó para que se cerrasen pronto las puertas. Al abrirse de nuevo dio gracias a Dios, y corrió por el pasillo jadeando hasta dar con su habitación, solo entonces cayó en la cuenta de que no tenía llave y tras un segundo de duda, golpeó con desesperación la madera con los nudillos hasta que vio brotar una gota de sangre.

La puerta se abrió y allí estaba Laura, adormilada pero tranquila.

—Te dije que tuvieras cuidado, mi vida —dijo con una dulzura más cercana a la compasión que al reproche.

Después cogió la mano de Adela sin reparar en la sangre y con cariño la condujo hasta su cama.

—Ya pasó todo, ahora descansa.

Adela se tumbó en la cama obediente, Laura la arropó con el cariño de una madre y se sentó en el borde.

—Buenas noches o buenos días, pequeña. Mañana, en cualquier caso, será otro día.

Adela trató de hablar.

—He visto algo… —balbuceó.

—No, no has visto nada —la interrumpió Laura mientras le acariciaba el cabello —. Es solo una pesadilla, mi niña, no te preocupes…, ya pasó todo. Ahora duerme.

—No puedo… —dijo Adela temblando de miedo.

—Sí, sí puedes, ya se te cierran los ojos, ya llegan los sueños, ya vienen los ángeles, ya te llevan con ellos, ya se acaban las penas, ya se duermen tranquilas las niñas buenas… —Laura repitió su nana en voz muy baja y deliciosamente dulce. Adela fue cayendo en un trance sin oponer resistencia.

Poco a poco dejó de temblar y para cuando quiso darse cuenta estaba ya medio adormilada.

Tal vez todo había sido un mal sueño.

Rezó por que así fuera. En una sola noche había rezado más que en toda su vida, pensó que alguien la escucharía. La canción de Laura se mezcló con sus oraciones, hasta que su consciencia perdió pie, y cayó profundamente dormida.

Laura fue bajando la voz, más y más hasta que escuchó la profunda respiración de Adela y dejó de cantar. La observó largo rato, y después se levantó y fue hacia su pequeño escritorio.

Allí abrió su diario.

Todo lo que sucedía o no sucedía en la vida de Laura acababa en su diario. El diario, cerrado con un candado de juguete, a primera vista insignificante, escondía muchas cosas, la solución de este misterio pasaría necesariamente por sus páginas, al fin y al cabo Laura lo sabía y lo veía casi todo, y lo que no sabía ni veía lo imaginaba la mar de bien.

Empezó a escribir mientras Adela dormía. Siempre había escrito así, mientras los demás dormían, cuando los otros no podían ver lo que hacía con ellos. No es fácil precisar si apuntaba en su diario lo que había sucedido o lo que iba a suceder.

Puede que Laura tampoco lo supiera.

Puso la pluma sobre el papel, escribía con pluma, una vieja Montblanc heredada de su abuela materna. Todo lo que tenía había pertenecido antes a la abuela Irene, también el dinero de la familia, y las tierras, y la casa de Nueva York, al lado oeste de Central Park, donde pasaba las Navidades. Su padre nunca había ganado dinero, solo había sido capaz de malgastarlo y su madre se suicidó cuando apenas tenía dos años.

En cualquier caso, esto es lo que Laura escribió, esa mañana:

> *El día de ayer fue muy extraño, más extraño aún de lo que me podía imaginar, y eso que siempre me he tenido por una chica con gran imaginación. Encontré rápidamente a mi compañera de cuarto, se llama Adela y creo haber acertado. Lo más importante al comenzar el curso es dar con las compañeras adecuadas, las malas compañías te pueden arruinar el curso. Adela es más alta que baja y más guapa que fea, pero no espectacular, mona, muy mona en realidad una vez la miras con cuidado. Tiene una cara bonita y una mirada especial. Aún falta encontrar a la tercera, pero me ocupé tanto de Adela que no pude dar con la otra. No pasa nada, la señora Mills me ayudará. Siempre lo hace y sé que no me va a fallar este año. Lo cierto es que no he hablado mucho con Adela todavía, pero creo que ya sé por qué la he escogido: tiene algo, no es vulgar, podría servir, es más, pienso que sirve, que es perfecta. Stephan reparó en ella nada más entrar, y eso que no iba medio desnuda como el resto de las zorras, le presté un vestido ideal porque conozco un poquito a Stephan, pensé que se fijaría en ella y acerté, casi siempre acierto. Adela ya está en la habitación, durmiendo. Hace ya una hora que regresó. Stephan, supongo, ha muerto. Seguramente se lo merece. Mañana sabré algo más.*
>
> *Me alegra saber que quien se atreve a despreciarme lo paga. Que los que se*

han ofrecido, aun sin saberlo, para morir mueren. Que quienes desean vivir viven.

Supongo que el Bebedor de Lágrimas habrá recuperado la medalla. No sé cómo pude dejar que me la robaran, parece mentira pero después de tanto tiempo aún sigo bebiendo como una quinceañera, pierdo el control y no sé ni lo que hago. A veces me odio.

Laura cerró el diario y volvió a poner el pequeño candado en su sitio. Después lo llevó con cuidado hasta una esquina de la habitación junto a la ventana, se arrodilló y levantó la punta de la moqueta, no le costó mucho pues en ese extremo la moqueta no estaba pegada. Levantó poco a poco la moqueta hasta dejar libre la pequeña trampilla practicada sobre el viejo suelo de madera. Presionó con el dedo una de las tablas de la tarima que se movió dejando al descubierto un pequeño agujero del tamaño de un cajón de escritorio, introdujo en la hendidura su diario y volvió a poner la madera en su lugar, luego le bastó con recubrirlo de nuevo con la esquina de la moqueta que había levantado.

No era la primera vez que escondía sus secretos dentro de la misma habitación, así que no le costó nada hacerlo de nuevo y el sueño de Adela era ya tan profundo que no había de qué preocuparse.

Pisó el borde de la moqueta con la punta de los dedos de sus pies descalzos solo para asegurarse de que no quedaban bultitos, a Laura no le gustaban nada las imperfecciones, ni las cosas hechas sin cuidado.

Antes de acostarse le dio a Adela un beso en la frente y dibujó sobre la raíz de su cabello pero ya sin tocarla la señal de la cruz.

Luego se desnudó y se metió en su cama. Laura prefería dormir desnuda en verano.

Adela despertó sola, Laura ya no estaba.

Antes de abrir los ojos sintió un tremendo dolor de cabeza y la boca terriblemente seca. Tendría que haber bebido más agua antes de acostarse, tendría que haberse acostado antes, tendría que haber bebido menos tequila, menos cerveza, menos whisky y desde luego mucha más agua, tendría que haber hecho tantas cosas que no hizo que ya no merecía la pena pensarlo un segundo más.

También había hecho, en honor a la verdad, cosas que no debería haber hecho.

Hubiese sido mucho más sensato, por ejemplo, no haber besado al chico que iba a morir, e incluso, o tal vez, hubiese sido mucho más sensato no haber salido nunca de su pueblo. Pero el caso es que estaba ya fuera de Nueva Augusta y en Carnwell, así que casi nada tenía ya remedio. La única solución, visto lo visto, era espabilar, y

espabilar muy deprisa.

Adela abrió los ojos y no vio lo que había visto (eso trató de apartarlo de su mente para salvar la cordura), sino lo que veía ahora y lo que imaginaba que podía ver de ahora en adelante.

Si el Demonio la perseguía, tendría primero que encontrarla, para poder hacerle daño. En cuanto a Stephan estaba segura de dar con la manera de vengarle. Sus lágrimas eran suyas y nadie podía reclamarlas como propias. Ni las palomas negras ni los fantasmas heridos por el pasado.

El pasado ya hacía daño en su pueblo y no estaba aquí para eso, sino para cambiar esa siniestra fórmula.

Adela se puso en pie y se fue directa a la ducha.

—Tal vez no soy la víctima que el Demonio se imagina —se dijo bajo el agua fría —, tal vez soy más fuerte de lo que el Demonio cree. La pelea acaba de empezar — repetía en voz baja mientras se secaba con la toalla de felpa buena, que su madre había metido a escondidas en su maleta.

Miró su teléfono móvil donde parpadeaba un mensaje. Era de Nathan. Estuvo tentada de no leerlo, pero no fue capaz. Era un mensaje dolorosamente breve:

«No me olvides. Nathan».

Maldito Nathan, pobre Nathan, querido Nathan. Una noche había bastado para traicionarle. Como sucede a menudo frente a la ponzoña de la culpa, Adela improvisó para defenderse un millón de disculpas que fueron desviando la supuesta ofensa hasta dibujar un giro de ciento ochenta grados que apuntaba directamente al ofendido. Todo fue de pronto culpa de Nathan. Al fin y al cabo ella nunca le había jurado amor eterno, solo había disimulado hacerlo por lástima. No podía esperar, el hijo del gasolinero, que el futuro de Adela estuviese para siempre cosido al primer amor de la adolescencia; no podía el dulce Nathan obligarla a renunciar a una vida que aún no conocía plenamente, ni podía desde luego condenarla a la triste existencia de una mujercita de pueblo, madre prematura y fiel esposa. Tenía derecho a conocer el mundo y sus promesas, a estudiar, a elegir un futuro propio y diferente y Nathan no era quién para impedírselo. Odió a Nathan con toda su alma y sintió un profundo desprecio por sus tristes mensajes de amor. O al menos lo intentó.

Se vistió deprisa, esta vez con su propia ropa, y bajó al comedor. Lo encontró vacío, miró el reloj de la pared. Las diez. Llegaría tarde a la recepción de estudiantes del nuevo curso, empezaba mal su primer día académico en Carnwell.

Al cruzar el vestíbulo vio a la señora Mills sentada allí sola.

—Corre, insensata —le dijo con cierta simpatía exigente—, no querrás llegar tarde al discurso de bienvenida.

Adela se acercó.

—¿Usted no viene?

—Yo ya lo he oído mil veces y alguien tiene que ocuparse de las más distraídas. Corre, pequeña, es en el gimnasio, al final del pasillo, cruzando el jardín, un edificio muy grande coronado con banderas, no tiene pérdida.

Adela estaba a punto de seguir andando cuando una duda le hizo darse la vuelta.

—¿Señora Mills?

—¿Sí, preciosa?

—¿Pasó algo anoche?

—Nada que yo sepa —respondió la señora Mills con una sonrisa que hubiese tranquilizado a Satanás (y a nadie más).

Adela respiró profundamente, dio gracias a Dios y al Demonio, y caminó ya sin prisa hacia el gimnasio.

Al abrir la puerta, sin embargo, volvió el desasosiego: todo parecía tener una conexión directa con el crimen soñado. La orquesta de señoritas de Carnwell tocaba, y no del todo mal, la odisea del fuego de Stravinsky, mientras el equipo de gimnasia rítmica daba vueltas y vueltas en el escenario entre cintas y bolos y bengalas. Las señoritas del campus, con sus mejores galas, aplaudían y se agitaban en las gradas. Quiso encontrar a Laura, su única guía en este universo, pero entre tantas, no fue capaz de dar con ella.

Para cuando la señora Carter, anciana directora emérita de la escuela, tomó el centro del escenario para dar su famoso discurso de bienvenida, Adela ya era incapaz de escuchar. Se arrebujó como pudo entre las alumnas rezagadas que ocupaban todos los bancos pegados a las paredes del gimnasio. No saludó a nadie porque no conocía a nadie. Se sintió más que perdida. Quiso vomitar pero no pudo. La sangre en el rostro del asesino de Stephan, los ojos del asesino de Stephan, la espada del asesino de Stephan, todas las imágenes de su pesadilla se presentaron de nuevo como ciertas.

Adela cerró los ojos tratando de despertar.

«Todo es un sueño —se dijo—, nada más que un sueño…».

Desgraciadamente no lo era, y si lo era, Adela estaba todavía muy lejos de recorrerlo entero. La mano cortada de Stephan flotaba en ese mismo instante en las aguas del puerto de Coversgate y cada vez más cerca de la orilla.

La subida de la marea había borrado la sangre y robado el cuerpo del muchacho, pero el mar no lo guarda todo para siempre. El mar siempre acaba por devolver a tierra lo que no termina de entender, lo que no le pertenece.

—Estás pálida.

Adela se giró y vio a Laura a su lado.

—Te he visto entrar —dijo ella—, estaba preocupadísima, y ahora más, estás tan pálida que pareces un fantasma.

—No soy un fantasma —respondió Adela con esa voz entrecortada que tienen los niños después de llorar mucho—, aunque creo que he visto uno…

—Ya te dije que tuvieras cuidado; las primeras noches son las peores aquí, pero no te preocupes que no te vuelvo a dejar sola, ayer yo también me lleve lo mío… Por Dios bendito, ¿quién podría culparnos?, ¡eran todos tan guapos! Jo, me descuidé y lo siento, tendría que haberte protegido mejor. Pero no puedes decir que no te avisé.

Laura abrazó a Adela y Adela se dejó abrazar, le hacía falta. Alguien había muerto tal vez por su culpa, pese a que aún no sabía exactamente cómo ni por qué, por más que eso no disminuyese en nada su tristeza, ni su miedo, ni esa sensación emponzoñada que guarda en el alma quien se cree en el fondo, y aunque no lo entienda, responsable de una desgracia.

—He soñado algo horrible —se atrevió a decir Adela.

—No te preocupes, mi vida, ya estás despierta y hace un día precioso. Las pesadillas se van al abrir los ojos. Ya pasó. Supongo que ayer tuviste demasiadas emociones y eso siempre revuelve los sueños. Debe de ser difícil para una chica como tú adaptarse a esta nueva vida: imagino que en tu pueblecito es todo muy tranquilo y muy aburrido; no me extraña que estés un poco perdida, es totalmente comprensible, pero yo voy a ayudarte muchísimo.

Adela, que en un principio aceptó de buen grado el consuelo de Laura, porque lo necesitaba, empezó a sentir cierto desprecio en el tono de su compañera.

—En mi pueblecito también se tienen pesadillas —dijo con un orgullo que enseguida le sonó un poco ridículo.

—Ya me imagino —dijo Laura sin abandonar su aire de superioridad—, aunque imagino que son pesadillas muy distintas. Aquí a veces se sueñan cosas muy extrañas, el aire está cargado de leyendas y la historia de Carnwell es muy larga y su sombra lo envenena todo, pero ya te acostumbrarás. No intentes entenderlo al principio y, sobre todo, no vuelvas a separarte de mí.

Adela no supo si tomarlo como un consejo, una imposición, o una amenaza.

CAPÍTULO V

LA noticia de la desaparición del estudiante de primer curso y promesa del baloncesto universitario Stephan Kosinski estaba ya sobre la mesa de la oficina del jefe de la Policía Local de Carnwell.

Augustus C Warden, un hombre pequeño y aparentemente perezoso pero muy aficionado en cambio a los misterios, cogió la nota y la leyó mientras daba cuenta del tercer café de la mañana.

«Un caso interesante», se dijo y se puso manos a la obra. No era, por supuesto, la primera vez que un estudiante desaparecía en el transcurso de la primera fiesta del año académico; lo que no resultaba tan común, y de ahí su inquietud, es que el desaparecido hubiese estado envuelto en un pequeño escándalo de precontratos ilegales con los New York Nicks.

Augustus C. Warden abrió su iMac e introdujo la clave secreta, aquella que protegía su verdadera identidad y le permitía a menudo saber qué se cocía en el campus. Escondido detrás del nombre de Silvia, aficionada al satanismo, diecinueve años, pelirroja y sexualmente liberada, el viejo Augustus había interceptado ya muchos de los crímenes en curso durante las últimas tres temporadas universitarias, por lo general tráfico menor de estupefacientes e inocentes aquelarres, robos y una docena de casos de prostitución y acoso sexual. Éste iba a ser su primer asesinato, aunque eso aún no lo sabía, pero una desaparición rodeada de extrañas circunstancias le pareció más que suficiente para empezar el curso, ligeramente excitado y muy dispuesto. Un buen policía necesita un buen caso tanto como una novia un bonito ramillete de flores. Augustus C Warden podía parecer durante el día un aburrido agente de la ley, pero en su página de Facebook era una niña en apariencia lasciva que escondía en realidad a un detective de pueblo que soñaba despierto con ser algún día un detective formidable. Por lo demás era un hombre cabal y levemente excéntrico, baste como prueba de esto último el hecho de que su canción favorita fuese *Moonriver* en la sofocante versión de Morrissey, el líder de los Smiths.

Como no estaba casado y no se le conocía novia alguna, y vivía con su madre en una casita prefabricada, los rumores aseguraban (los rumores siempre aseguran lo que no saben) que era gay. Augustus conocía esos rumores tanto como el que más, y si no hacía gran cosa por desmentirlos es porque le daban igual y porque pensaba, seguramente con razón, que cuantas más sospechas acumulase sobre su propia persona, más margen tendría para pillar a sus potenciales enemigos desprevenidos.

Augustus tenía solo dos amores declarados: su queridísima madre y la ley; y un amante escondido: el misterio.

Y ahora los hechos, porque no hay que dejarse llevar por las impresiones. Lo conocido se mueve entre los límites de lo conocido, no hay lugar para la magia en el

curso de una investigación. Augustus C Warden lo sabía, y apartaba de un manotazo (como haría cualquiera acostumbrado a la molestia constante e imprecisa de las moscas) todo lo que pudiese entorpecer su trabajo, nada es importante hasta que demuestra su importancia, y así lo enseñaban en la escuela de detectives de El Paso, Texas, en la que se formó en el rigor y la disciplina, pero nada es insignificante si no ha demostrado su insignificancia, según le había enseñado su madre. Y es que esa era la clave de la concienzuda preparación del agente Augustus, la razón por la que se sentía preparado para las más grandes gestas, una mezcla entre la sistemática educación deductiva que había recibido y la salvaje y al tiempo minuciosa intuición de su madre. De hecho, no había asunto grande ni pequeño en su tarea que no contrastase con la señora Warden, y si su carrera hasta el día de hoy había sido un éxito, gran parte del mérito se lo debía a ella. No en vano entre ellos jamás mencionaban sus nombres de pila, y durante sus larguísimas cenas, en las que se resolvían con acierto todos los crímenes del campus, se referían el uno al otro, madre e hijo, y viceversa, con un solo nombre: agente Warden. Podría decirse que Augustus hacía el trabajo de campo pero que era su madre quien ejercía de cerebro pensante, y que entre los dos componían la figura de un detective casi infalible. Un agente Warden perfecto. Las tres veces que Augustus C Warden había sido reelegido al frente de la comisaría de Carnwell había dedicado tal triunfo a su madre, y no era pura palabrería. La señora Warden era la ley en Carnwell y Augustus, su mejor herramienta. Por supuesto que nadie en el campus sabía nada de esto. Los agentes Warden, madre e hijo, ponían todo su celo en ocultar la dualidad que aseguraba su eficacia. Las medallas, si las había, las guardaban en casa junto al resto de sus méritos y sus secretos.

Augustus C Warden no tenía ni había tenido nunca un padre; la señora Warden era toda su vida.

Tras hacer una rápida visita al limitado universo de la red del campus, sin encontrar pista alguna del paradero del tal Stephan, Augustus llamó a su madre.

—¿Agente Warden? —preguntó el hijo.

—Sí, dígame, agente Warden —respondió la madre.

—Creo que tenemos un caso importante entre las manos.

—Hablamos en la cena —dijo la agente Warden—, no llegues tarde que se reblandecen los volovanes.

—¡Volovanes! —exclamó el agente Warden sin poder evitar relamerse por adelantado—. Volovanes y un caso importante… Hoy va a ser un día formidable.

—No se entusiasme todavía, agente Warden —dijo la madre—, aún ni hemos empezado a trabajar.

Después colgó el teléfono.

El agente Warden sonrió, sabía que el cebo ya estaba en el agua, que la intuición

de la agente Warden ya se había puesto en marcha sin esperar a saber hacia dónde ni para qué. Lo demás solo era cuestión de esmero y paciencia. Si había algo que pescar en este asunto, y él sabía que lo había, lo pescarían ellos juntos, como siempre y antes que nadie.

Mientras tanto, la mano de Stephan Kosinski se acercaba un poco más al puerto de Carnwell, flotando, al parecer —pero solo al parecer— a la deriva.

La cama de Stephan, al otro lado del campus, en el edificio de los chicos, amaneció vacía. No podía ser de otra forma ya que su cuerpo estaba despedazado y repartido al capricho de la corriente por toda la bahía. Sus dos compañeros de cuarto, Sage y Cody, no le dieron importancia a su ausencia; pensaron, si es que pensaron en algo, que Stephan habría tenido suerte con alguna chica, o que había madrugado más que ellos. Tampoco conocían de nada al tal Stephan y no se sentían obligados a preocuparse por él.

Cuando el agente Warden fue a verlos, se mostraron más sorprendidos que inquietos, no tuvieron que fingir, porque no sabían nada. Eran dos buenos chicos, sobre todo Cody. A Sage le importaba todo un bledo.

El agente Warden llegó a la residencia muy temprano. Pidió permiso para entrar en el cuarto de Stephan, Sage y Cody, y le fue concedido no sin antes avisar a los dos muchachos, lo que les vino de perlas, pues tuvieron el tiempo justo de esconder la marihuana en el tejado. Podían haberla tirado por el retrete pero era hierba jamaicana clase A y no estaban por la labor. Cody cogió la bolsa y la arrojó hacia arriba por la ventana, ya vería luego cómo demonios recuperarla de entre las tejas.

Augustus C Warden subió por la escalera en lugar de tomar el ascensor. Era una vieja costumbre, pasaba demasiado tiempo sentado en su despacho o en su coche patrulla y las comidas de su amada madre tendían a no ser ligeras; juntando eso con una secreta afición a la cerveza con back up, es decir con un bourbon de guardaespaldas, se llegaba a la sencilla conclusión de que su tripa no crecía por azar. Subir unos cuantos escalones era la manera de Augustus de luchar tarde y seguramente mal contra el inexorable paso de los años. No era coqueto, Augustus, pero tampoco le entusiasmaba la idea de ser gordo. Se enorgullecía de no haber saltado más que una talla de su uniforme en los doce años en el cargo (tal vez dos porque su madre le corrió los botones de la cintura la pasada temporada). Su aspecto no había variado demasiado desde que asumió la responsabilidad de velar por los ciudadanos de Carnwell y por la salud de los alocados muchachos del campus. Si de paso liberaba de gastos de vestuario el ajustado presupuesto de su comisaría, mejor que mejor. Augustus se debía a su pueblo y a su propia inteligencia, y ninguna de esas dos causas admitía despilfarros.

En cualquier caso, el agente Warden no pudo evitar pequeños jadeos en el último

tramo de escaleras: una cosa es el orgullo por cuadrar las cuentas, las del tiempo y las de la caja de la comisaría, y otra tener la modestia de admitir que no estaba precisamente en muy buena forma.

—Mierda —se dijo Augustus al verse obligado a apoyar no solo la mano sino el brazo y finalmente la frente en la baranda de madera—, hay que volver a la gimnasia matinal ahora que tenemos un caso importante.

Se prometió empezar a la mañana siguiente con su vieja y abandonada tabla de ejercicios, y subió los últimos peldaños.

Cuando llegó a la habitación de los muchachos la puerta ya estaba abierta y los dos compañeros del desaparecido Stephan le esperaban sonrientes en el umbral.

«Aquí hay gato encerrado», pensó, aunque no precipitó ninguna conclusión; los estudiantes, y eso lo sabía bien, siempre tienen algo que ocultar. Drogas, alcohol, pornografía, robos menores, adolescentes desnudas escondidas en el baño vulnerando el reglamento de la residencia… pero no era eso lo que él andaba buscando. Augustus tenía la esperanza de encontrarse por fin con un caso de asesinato.

El agente Warden sacó su libreta antes de entrar, aunque ya se había aprendido el nombre de los chicos. Tenía la teoría de que la libreta daba miedo y establecía cierta tensión inicial que luego podía utilizar a su favor. Miró la libreta con aparente seriedad.

—¿Cody Strumffer y Sage Cerrelo?

—Sí —respondieron los chicos al unísono.

—¿Sí, qué? —preguntó Augustus—. ¿Quién es quién?

—Él es Sage —dijo Cody.

—Y él es Cody —dijo Sage.

El agente Warden no necesitaba más para saber que ninguno de los dos era del todo trigo limpio, se habían delatado mutuamente antes de empezar. Enseguida guardó la libreta, estrechó sus manos y entró en la habitación.

Todo era parte de su método. Sacar la libreta impresiona, guardarla tranquiliza, y al estrechar las manos podía saber más de la firmeza, el sudor o el temblor de su oponente. Cualquiera que haya visto un solo día la televisión ha oído hablar de la técnica del poli malo poli bueno (el primero asusta y el segundo crea la confianza necesaria para la confesión), Augustus la había desarrollado y mejorado a su manera: él hacía de los dos, y de unos cuantos más. Podía hacer de juez, de abogado defensor, de fiscal, de jurado, de mejor amigo y de la voz de la conciencia, y hasta de verdugo, si la ocasión lo requería.

La habitación olía a tigre, lo cual era todo un mérito teniendo en cuenta que los chicos llevaban apenas un día dentro y que uno ni siquiera había pasado la noche allí, al parecer, pero el agente Warden estaba ya acostumbrado a ese olor; todo el campus olía igual, la primavera de las hormonas asegura ese aroma y a veces hasta al aire

libre era capaz de detectarlo. De hecho, al final y al principio del curso, cuando el calor apretaba, se duchaba a menudo dos veces al día, para librarse de ese olor y recuperar su condición de adulto, de igual manera que los pescadores y los pescaderos se restriegan con jabón para librarse de la peste de los peces muertos antes de recuperar su condición de hombres.

El agente Warden se hizo con el centro del pequeño cuarto y los invitó a sentarse. Cody y Sage se sentaron al tiempo y casi juntos, en la misma cama, la de Stephan, como dos niños obedientes. Después se acercó a la ventana, mientras aprovechaba otro de sus grandes silencios para pillarlos desprevenidos.

—Qué calor —dijo—, cada año dura más el maldito verano de Carnwell.

—Sí —dijo Cody.

—¿Has pasado muchos veranos aquí? —replicó Augustus.

—No —balbuceó Cody—, este es el primero, en realidad llevo aquí un día.

—Ya…

A ese lacónico «Ya…» le añadió Warden un silencio más incómodo todavía. Augustus se creía un maestro en esto de los interrogatorios preliminares, había desarrollado una técnica depurada que ensayaba con su madre hasta la extenuación; a su buena madre no le sacó nunca una palabra que la vieja quisiera callarse.

Cuando dio por terminado su silencio intimidatorio, Augustus tomó una de las dos sillas de Ikea que había en la habitación y se sentó, luego levantó el dedo y lo apuntó dubitativo entre los dos chicos.

—Así que tú eres… —abrió la libreta e hizo como que leía— ¿Cody?

—Sí —respondió Sage—, Cody es él.

—Y él es Sage —replicó Cody de inmediato a pesar de que nadie se lo había pedido.

—Bueno, al menos ya tenemos eso claro —dijo Augustus guardando de nuevo la libreta—. Y dime, Cody, ¿dónde cojones está el tal Stephan?

—No lo sabemos —respondió Sage sin poder evitarlo.

—No te preguntaba a ti —dijo Augustus—, le preguntaba a éste.

—No lo sabemos —dijo Cody.

—Ya… —volvió a decir Augustus, pero esta vez en lugar de enredarse en una pausa atacó rápidamente para pillarlos desprevenidos—. ¿Qué pasa, que decís siempre lo mismo o es que tenéis miedo de que encuentre la marihuana que habéis escondido en el tejado?

—¡La marihuana es de Cody! —gritó Sage.

—Y tú eres un hijo de la gran puta —respondió Cody.

Augustus se congratuló por la eficacia de su método, ya los tenía donde quería.

Ya no serían capaces de mentir mucho más.

«Si estos dos idiotas saben algo —pensó el agente Warden—, este tercer idiota

que soy yo lo sabrá muy pronto».

—Olvidaos de la maría —dijo Augustus—, hoy no estoy aquí para eso, pero libraos de ella porque volveré. El asunto que me trae es la desaparición de vuestro compañero de cuarto, Stephan Kosinski.

—No sabemos nada —dijo Cody—, apenas lo hemos visto, dejó sus cosas, se dio una ducha y se largó, y que nosotros sepamos no pasó la noche aquí.

—Aunque de eso no podemos estar seguros —añadió Sage—, estábamos un poco pasados la otra noche…

—Ya me imagino —respondió Augustus—, las primeras noches del curso son siempre un poco locas…

—¡Y tanto!

Sage supo que debía callarse la boca nada más decirlo, viendo la mirada de desaprobación de Cody.

—¿Las cosas del tal Stephan están todas aquí?

—Éstas son —dijo Cody señalando la maleta abierta a los pies de la cama.

Augustus echó una mirada a la maleta: ropa, revistas de baloncesto, algunos libros, un neceser abierto lleno de productos de aseo, y un Toshiba negro cerrado.

Sage se puso en pie y acercó la maleta al policía.

—Mire lo que quiera…

—Ojalá pudiera —respondió el agente Warden—, pero no puedo. No sin una orden judicial. Y será mejor que vosotros tampoco toquéis nada.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó Cody.

—¿A Stephan? No lo sé —dijo el agente Warden—, eso es lo que quiero averiguar. ¿Notasteis algo extraño en él?

—Ni idea —respondió Sage—, ¡no lo conocíamos de nada! Y no hablaba mucho…

—Ok —dijo Augustus—, si aparece o sabéis algo de él, o alguien os cuenta algo, o si recordáis algo más, u os pasan algo en el Facebook o el Twitter relacionado lejanamente con él, o si un pájaro loco menciona su nombre, llamadme a este número.

El agente Warden le dio una tarjeta a cada uno y se dispuso a irse. Al alcanzar la puerta y sin girarse les recordó que volvería pronto.

—Tal vez mañana o al otro vuelva por aquí. Id pensando qué hacéis con la dichosa marihuana. Si encuentro vuestras huellas en esa bolsa, estaréis de vuelta a casa antes de que empiecen las clases. Recordad también que ya me he quedado con vuestros nombres y vuestras caras y que el curso es muy largo, así que tratad de portaros bien.

—Sí señor —dijeron a dúo.

El agente Warden salió sin cerrar la puerta.

«Estos dos no saben nada —se dijo—, pero puede que terminen por saber algo antes que yo, son la clase de estudiantes que pisan todos los charcos y se meten en todos los líos, habrá que estar atento».

Una vez estuvo fuera de la residencia y dentro de su coche patrulla, llamó a su madre.

—¿Agente Warden?

—Sí, agente Warden —respondió la anciana—, ¿alguna novedad?

—Aún no. ¿Qué hay de cena?

—Cangrejos de concha blanda.

—Perfecto —dijo Augustus—, y prepare la pizarra para ir atando cabos.

—Ya la he puesto en el salón, pero no tiene más que un nombre: el de ese pobre Stephan…

—No está mal para empezar —dijo Augustus—. Nos vemos luego, agente Warden, sobre las siete.

—¿Tan tarde? —preguntó la señora Warden.

—Me queda mucho que hacer —respondió Augustus mientras arrancaba el coche.

Hacía una tarde estupenda y había conseguido intimidar a dos adolescentes y además le esperaban cangrejos de concha blanda de cena. La verdad es que el bueno de Augustus no le podía pedir más a la vida.

Terminado el discurso de bienvenida, las chicas desalojan el gimnasio. Laura toma a Adela por el brazo y le presenta a un sinfín de gente cuyos nombres, una vez más, no es capaz de atrapar. Solo se queda con uno, Sara, la tercera compañera.

—Ya verás —dice Laura—, Sara es un encanto, lo vamos a pasar las tres superbién.

Adela mira a Sara y no le parece gran cosa. Guapa pero un poco vulgar, no muy distinta a tantas.

—Es superespecial —insiste Laura para sonrojo de Sara, pero Adela no entiende a qué se refiere, claro que Adela no está en su mejor momento y la resaca hace que lo vea todo con profundo disgusto.

«Espera a estar mejor», se dice como quien se regala una prórroga antes de establecer un juicio.

—¿Qué opcionales has elegido? —pregunta Adela por no parecer antipática.

—Historia de las Religiones —responde Sara.

—Es superespiritual —dice Laura.

Adela vuelve a mirarla de arriba abajo y no ve nada espiritual en ella.

—Este curso va a ser el mejor —añade Laura.

—¿El mejor? —pregunta Adela—. ¿No estamos todas en nuestro primer curso?

—Puede que vosotras sí, pero yo pertenezco a este lugar. Ya te dije que mi

hermana estudió aquí, y no es solo eso, mi abuela Irene inauguró la universidad, y aquí estudió mi madre y mi hermana Carla, la mayor de las tres y, claro está, Jenny… Somos toda una tradición en Carnwell. Es como si yo misma hubiese estado siempre aquí. Aunque algo me dice que este año será aún mejor, mejor que entonces, mejor que nunca. Vamos a ayudar a Sara a instalarse. ¿Te puedes creer que la habían puesto con dos lesbianas del equipo de atletismo? Qué cosa más aburrida, menos mal que la hemos salvado a tiempo.

—¿Hemos? —Adela no podía evitar ser especialmente suspicaz debido a su profundo malestar y al brutal dolor de cabeza que lo oscurecía todo.

—Hemos —respondió Laura, tajante—, la señora Mills y yo, ¿te parece bien, querida?

Adela se dio cuenta por el tono de Laura de que aguantaba mal que las paletas novatas le enmendaran la plana, se sintió como una idiota y cambió rápidamente de actitud.

—Me parece estupendo, el equipo de atletismo, imagínate, ¡menudo rollo! Estarás mucho mejor con nosotras.

Laura agradeció el giro de Adela con una dulcísima sonrisa de las suyas.

—¡Hala, a instalarse! —dijo con forzada alegría y cogiendo a ambas por el brazo. Y así salieron las tres del gimnasio, como las tres mejores amigas del campus a pesar de que apenas se conocían.

De vuelta a la residencia se encontraron con la señora Mills esperando en el jardín. Adela no pudo por menos que extrañarse de la relación de servidumbre que mantenían Laura y la señora Mills, pero no era capaz de decidir quién servía exactamente a quién.

—Hola, Sara —dijo la señora Mills—, tu maleta ya está en la habitación. Cualquier cosa que necesites no tienes más que decírmelo. Estoy aquí siempre. Las chicas te lo enseñarán todo, serás muy feliz aquí, ya lo verás.

—Gracias —dijo Sara—. No sé qué sería de todas nosotras sin usted.

—Vosotras sois lo importante —respondió la señora Mills con una sonrisa.

Adela sintió que el trato que le daba a Sara era aún mejor que el que le dispensaba a ella y no le gustó demasiado, pero no por envidia, o al menos no solo por eso; lo que inquietaba a Adela era ese aire de misterio que envolvía todo lo que hacían o decían Laura y la señora Mills. Se sentía un tanto incómoda, aunque encantada de pertenecer a una clase diferente por más que no entendiera todavía qué las diferenciaba exactamente del resto de las chicas. Había un aire de solemnidad alrededor de la habitación 666 que no terminaba de entender. Cuando la señora Mills reclamó a Laura para un aparte, su inquietud no hizo sino crecer más.

—Laura, cariño, ¿puedo hablar contigo un momentito? —dijo la señora Mills mientras tomaba a la chica del brazo.

Se alejaron las dos veinte o treinta pasos, lo suficiente para que no pudieran escucharlas.

Adela se dio cuenta de que Laura estaba inquieta, tal vez asustada.

—¿Sucede algo, Eudora?

—Dímelo tú.

—No sé a qué te refieres.

—¿Dónde está la medalla?

—¿Quién se lo ha contado…?

—Eso no importa, lo que importa es recuperarla.

—Lo sé…, nadie lo sabe mejor que yo…

—No entiendo cómo pudiste perderla, a veces te comportas como una cría…

—No la perdí, me la robaron, pero ya sé dónde encontrarla. La tiene él.

—Te hará pagar por ella.

—Ya veremos quién paga a quién.

—Tienes dos días, hasta el baile de inauguración como mucho, después se acabará todo.

—Eudora, por favor, confíe en mí. Recuperaré la maldita medalla.

—Dios lo quiera, cariño.

Adela vio cómo la señora Mills besaba a Laura en la frente antes de que las dos regresasen junto a ellas arrastrando los pies compungidas, como si volvieran de un funeral.

Cuando se alejaron del vestíbulo, Adela se atrevió a preguntar.

—¿Pasa algo? ¿Qué te ha dicho?

—Se preocupa demasiado por mí, eso es todo.

Como eso era todo y Laura, con su seco tono de voz lo había dejado bien claro, Adela no insistió.

Subieron utilizando el ascensor de servicio, en silencio; Adela se sintió incómoda por el triste semblante de Laura. Era siempre tan exageradamente alegre, Laura, que sus silencios pesaban como una recriminación, o al menos así lo sentía Adela.

Cuando entraron en la habitación, su amiga apenas tuvo una palabra para ella, todo era cuidar de Sara. La sentó en su camita, le abrió la maleta y se puso a colocar la ropa de Sara en el armario, halagando su buen gusto en cada prenda que doblaba cuidadosamente o colgaba en las perchas con mimo. Se entusiasmó en especial con su lencería y Adela pensó que cada elogio para Sara escondía una ofensa para ella.

—Me voy a poner algo más cómodo —dijo Adela sin que nadie la escuchara, y entró en el baño para cambiarse de ropa.

Cuando salió, apenas dos minutos después, Laura reparó en su aspecto.

—¿Vas a salir así? —preguntó.

—Sí, voy a dar una vuelta por el pueblo. Necesito aire.

—Cómo te gusta meterte en líos, bonita —dijo Laura. Sara dejó escapar una sonrisa maliciosa—. En fin, allá tú, pero cámbiate al menos esas horribles zapatillas. Ven, tengo unos zapatos preciosos de tu número.

Laura fue a su armario y escogió dos pares idénticos aunque de distinto color.

—Elije, yo creo que el azul es más ligero y va más con lo poco que llevas; con los rojos podrías parecer definitivamente una… bueno, ya me entiendes.

Sara se rio, lo cierto es que Sara se reía por todo y apenas hacía nada más.

De pronto Adela las odió profundamente a las dos, a pesar de lo cual cogió los zapatos azules y los cambió por sus zapatillas. La verdad es que eran unos zapatos preciosos de Louboutin, de esos que llevan las estrellas de cine.

«Menudo par de brujas», pensó mientras cerraba la puerta con cuidado; si tenía que vivir con aquellas dos chifladas, mejor sería no dejar que adivinaran constantemente cada uno de sus sentimientos.

CAPÍTULO VI

EL día a día de un fantasma es menos excitante de lo que pudiera pensarse. Los fantasmas duermen y se levantan y desayunan y comen y cenan como los mortales, o al menos creen que se levantan, que desayunan y comen y… Al fin y al cabo siguen condenados a este nuestro mundo. Ése es su castigo, precisamente. El Bebedor de Lágrimas no era distinto en su rutina al resto de los fantasmas, y por lo tanto era muy parecido al resto de los mortales. Muchas de las cosas que hizo en vida las seguía haciendo ahora, con idéntica dedicación. Así sus mañanas empezaban siempre tarde, casi al mediodía, y empezaban siempre igual. Lo primero que hacía al despertarse era afilar su espada con piedras de pedernal, porque de nada sirve cargar con una espada que no corta. Después se vestía, siempre con la misma ropa, pues no tienen más los fantasmas que su último traje y su cuerpo desnudo, y salía a pasear por el pueblo, pues tampoco pueden escapar los fantasmas de su última morada, del lugar donde murieron sin morir del todo.

«Si los fantasmas pudiesen viajar —se decía el Bebedor de Lágrimas—, todo sería distinto y mejor, pero los espectros no viajan ni eligen, y eso, al menos, ya lo sabía. Los espectros moran por los lugares que conocieron, y entre las cosas que fueron suyas. Ahora bien, no hay en la vida de los fantasmas un día igual que otro, como no los hay en nuestras vidas. Parecidos sí, qué duda cabe, pero desde luego no iguales. Y por eso esperan ellos, como nosotros, que cualquier diferencia, por pequeña que esta sea, ilumine cada jornada».

Su primer café, una vez vestido y afilada su espada, lo tomaba en el Denny’s junto a la carretera principal. Conviene aclarar que si bien es cierto que los fantasmas no pueden abandonar sus lugares tampoco son capaces de evitar, como es lógico, que esos lugares cambien. Cuando este fantasma murió sin morir del todo, no había Denny’s ni carretera principal en Carnwell, sino un camino hacia el campus y una pequeña taberna donde los viajeros y los extranjeros se encontraban no muy lejos del hostal que habitó el Bebedor de Lágrimas y que ahora era un bloque de edificios residenciales con jardín y piscina interior, infestado de sombrillas bajo las que él no se cobijaba, porque a los fantasmas les importa un bledo el sol.

Al entrar en Denny’s, uno de esos locales de franquicia que ofrecen desayunos, comida y cena a lo largo y ancho de toda Norteamérica, ya estaba allí como casi todas las mañanas su viejo amigo del pasado, su fantasma más cercano. Si no mencionamos el nombre de su amigo, o para el caso, el del Bebedor de Lágrimas, es porque como bien sabe todo el mundo los nombres de los fantasmas solo pueden ser mencionados por ellos mismos, y entre ellos, o por aquellos que creen en su existencia, que a pesar de lo que pueda pensarse no son tantos.

—Hola, Lawrence —dijo el fantasma al verle.

—Hola, Puck —respondió el Bebedor de Lágrimas. Estos eran sus nombres, y creer que podríamos haberlos conocido antes sería no saber nada de fantasmas. Hay que decir que los muertos, todos, requieren paciencia, y los medio muertos más. No se le puede pedir a quien lo ha perdido todo y a pesar de ello sigue aquí que comparta nuestras urgencias.

Puck no se llamaba así, pero en vida, y por tanto desde entonces, todos lo conocían por Puck y no respondió nunca a ningún otro nombre. En cuanto al Bebedor de Lágrimas siempre fue Lawrence, y tampoco la muerte pudo cambiarlo.

Los dos hombres (los fantasmas no abandonan esta condición) se sentaron en la única mesa libre del local. A pesar de lo que dicen las malas lenguas los muertos no molestan a nadie si no encuentran una buena razón para hacerlo.

—¿Cómo va todo, Puck?

—Bien, bien, no me quejo… ¿Qué tal tu espada, Lawrence?

—Afilada.

—Ya me lo suponía… Lo que no sé es por qué narices arrastras siempre esa maldita espada.

—Es mi condición, con ella sellé mi suerte, con ella cometí mis crímenes, es mi cruz y mi destino…

—Eres un pesado, Lawrence, y perdona que te lo diga.

—Me lo dices cada mañana…, ya me he acostumbrado.

—Y más que te lo voy a decir como no dejes tu espadita en casa…

—No tengo casa, ese lugar en el que nos escondemos no es una casa. Al menos no un hogar, tal y como yo lo recuerdo.

—Joder, si hay algo que odio en este mundo es un fantasma que habla como un fantasma. ¿No podrías ser un poco más normal? Relájate, tío, que esto dura para siempre, no es plan de estar todo el día enfadado o haciéndote el misterioso.

—¿Acaso no somos un misterio? Parece mentira que lo digas tú, que llevas más tiempo que yo en esto.

—Precisamente. Todos los jóvenes os tomáis este asunto demasiado en serio, supongo que es cosa de la edad y que se pasa sola. Yo también arrastré mis cadenas en su día, pero ¿sabes qué?, agota y no sirve para nada. En fin, ya lo irás viendo. Por cierto, ¿sabes qué hicieron los Red Sox?

—No me gusta el fútbol, ya lo sabes.

—Béisbol, Lawrence, béisbol, no te enteras de nada. Joder, daría la vida que no tengo por una cerveza fría y un muerto sensato con el que ver los partidos. En fin, me conformaré con la cerveza fría…

—¿No es un poco temprano?

—¿Para qué?

—Para empezar a beber.

—Vete al infierno, Lawrence, ya no es temprano para nada, es más bien tarde para todo.

—¿Quién habla ahora como un fantasma?

—*Touché*. Pero ese es el espíritu, amigo mío, esto de la eternidad, como no te lo tomes un poco a broma, se hace muy, pero que muy largo, y además muy aburrido. Hacemos como que bebemos café todas las santas mañanas, pero las tazas no se mueven en el aire como en las películas. ¿Por qué no hacer como que bebemos cerveza? Total, nadie se va a enterar, no le importamos un carajo a nadie.

—Tú lo haces todo el tiempo, Puck.

—¿Qué es lo que hago todo el tiempo?

—Beber o hacer como que bebes, y no veo que eso te ayude en nada.

—Déjame en paz, lo último que necesita un fantasma son buenos consejos, tú sigue afilando tu espadita… Si quiero una copa, me la tomo: yo no soy un ángel vengador como tú, solo soy un alegre borracho que ya no existe. ¿A ti qué más te da?

—Siempre me has caído bien, Puck.

—Y tú a mí también, a pesar de que me resultas insoportablemente pretencioso.

—Cada uno es como es…

—Cada uno es como era, querido amigo, cada uno es como era…

—Cada vez que dejo de hablar como un fantasma empiezas tú. Luego te ríes de mi espada, pero lo cierto es que eres un borracho muerto muy triste.

—En el fondo da lo mismo, nosotros no somos nada, ya sabes quién maneja todo esto…

—El que abre y cierra la puerta… —respondió Lawrence con el hartazgo de un crío que repite su lección.

Puck sonrió con tristeza y Lawrence le devolvió la triste sonrisa.

—En fin, hablemos de lo importante —dijo Puck cambiando de tercio—, este año las chicas tienen muy pero que muy buena pinta, he visto un par que te encantarían.

—Yo ya he elegido.

—Ya estás tú con tus amores a primera vista. No te decidas tan rápido, hombre, que aún ni ha empezado el curso.

—Ya he visto a la mía, se llama Adela y tiene algo especial.

—Ya, como la del año pasado, y la del anterior… Mira sin ir más lejos lo que pasó con… ¿cómo se llama?… Ah, sí, Irene, también te parecía muy especial y acabó por ser una bruja, una bruja que ya no nos hemos quitado nunca de encima. Este año se hace llamar Laura, por cierto.

—Lo sé, conozco todos sus nombres… Cómo se nota que nunca te has enamorado, mi querido Puck.

—¡Y tú qué sabrás! Lo que no soy es tonto de remate. Llevas una eternidad metiendo la pata; de hecho, desde esa primera lagarta no has levantado cabeza…

Puck se detuvo, sabía que se estaba pasando de la raya. Si algo no soportaba Lawrence, era que le mencionasen su primer desengaño; no en vano todo lo demás había sido consecuencia directa de ese primer dolor.

—Lo siento —dijo Puck—, soy un bocazas.

—No importa, ya casi no duele —dijo Lawrence, aunque sus ojos decían justo lo contrario.

Puck se sintió en la obligación de animar a su viejo amigo.

—¿Y esa Adela, es mona?

—Más que eso. Es preciosa y encantadora y, sin saberlo, un poco cruel.

—Tu tipo.

—Supongo que sí, le ha destrozado el corazón a un pobre chico sin darse ni cuenta, por culpa de un canalla, y no he tenido más remedio que salvarla.

—No me digas que has sacado la espada a pasear.

—He tenido que hacerlo.

—¡Mierda, Lawrence! Llevabas un montón de tiempo portándote bien y ahora lo tiras todo por la borda. ¿Cómo se te ocurre? Sabes lo que nos puede pasar si…

—No he podido evitarlo, Puck, y me temo que volvería a hacerlo si se presenta otra ocasión; esa chica me recuerda muchas cosas, cosas dentro de mí que creí enterradas hace tiempo.

—Joder, Lawrence, la hemos fastidiado, no te puedo dejar solo, ¡eres un adicto! Y no al amor, nada de eso, no te engañes, amigo mío. ¡A la sangre!… Ahora se nos va a complicar todo, con lo bien que íbamos… Mierda, mierda y mierda. Si es que soy tonto y tonto y retonto por fiarme de ti.

—No es culpa tuya, Puck, ni siquiera sé si es culpa mía: es esta maldición de la que no puedo librarme.

—Eso es, ¡échale la culpa al Boggie! Los fantasmas jóvenes sois todos iguales, no tenéis voluntad. Con la excusa de las maldiciones lo explicáis todo. Pues bien, mi viejo amigo, yo también estoy maldito y me comporto, joder. Para empezar debería requisarte la espada hasta que entres en razón.

—No serviría de nada, encontraría otra, si es que la necesito.

—Seguro, no me cabe la menor duda, en la tienda de souvenirs del puerto, ¡no te jode! No sé si te has dado cuenta, mi querido Lawrence, pero hace tiempo que las espadas no están de moda. Cómprate una pistola de una vez y así al menos te confundirás con el resto de los locos del país y no llamarás tanto la atención.

—Te lo tomas todo a broma, Puck, y me alegro por ti, pero para mí es algo muy serio.

—¡Y tanto que es serio! Me río por no llorar, Lawrence, y si no estuvieses ya muerto, te juro que te estrangularía yo mismo.

CAPÍTULO VII

¡DIOS, así no!

Movimiento equivocado, cálculo estúpido. Mala manera de empezar a salir del infierno, de volver a caminar en línea recta. Adela se repite un sinfín de advertencias que en cambio ignora. No es que no sepa que no debe hacer lo que sin duda va a hacer; es que no puede evitarlo.

Adela sale a la calle, hay que decir que en Carnwell solo hay una calle que merezca tal nombre, la calle central, donde están todas las tiendas y los cafés para estudiantes y el cine; hay otros cines pero están en el campus y son cineclubs sofisticados, no cines con palomitas y películas de estreno, y hay otras calles, claro está, pero no tienen más que casas, son zonas residenciales sin comercio, sin un lugar donde pararse, urbanizaciones crecidas alrededor de la autovía.

El barullo en la calle central es parecido al follón del muelle, pero sobrio, o medio sobrio al menos. Faltan aún dos días para que empiecen las clases, y los chicos y chicas del campus superan su resaca con cafés y gran variedad de tés helados. Muchos llevan sus ordenadores y cambian mensajes y fotos y el resto de sus importantísimas tonterías en Twitter, en Facebook, en Badtimes, que es la última red social para los profundamente deprimidos que arrasa esta última semana. Adela no ha traído ordenador, ni ha comprado nada, apenas le da la asignación mensual para bebidas frías no alcohólicas, pero lo cierto es que no ha venido a comprar ni a mirar su ordenador como una boba sino a encontrar un chico que sustituya al despedazado Stephan en el que ha decidido no volver a pensar. Adela quiere poner su nefasto primer día a su espalda como si nunca hubiera pasado, y empezar de nuevo.

La calle central a las doce del mediodía es una sartén, Adela va ligera de ropa, esta vez lleva la suya, a excepción de los preciosos zapatos de Laura. Apenas un vestidito de gasa blanco exageradamente corto y escotado y que además transparenta su nada discreta ropa interior rosa. En fin, que va echa una zorra, como diría Laura, pero esa parece ser justo su intención. Adela no es tan lista como la gente cree, sus notas engañan, de la vida de verdad no sabe demasiado. No es, ni mucho menos, la única zorra de la calle, pero según parece hay lobos para todas.

Apenas se ha sentado en la terraza de Tea and Simpathy, el local más concurrido, cuando dos chavales se acercan reclamando las dos sillas vacías de su mesa.

—Podéis cogerlas —dice Adela, pero los chicos tienen otros planes.

—No quedan mesas libres —dice el menos guapo de los dos.

—En realidad pensábamos pedirte permiso para sentarnos contigo —dice el más guapo.

Lo cierto es que a Adela los dos le sirven, pero si puede elegir, elegirá.

—Me llamo Alberto —dice el guapo mirándola a los ojos.

—Y yo Carl —dice el segundo mirándole las tetas.

Adela ya ha elegido.

Coloca a Alberto, un formidable latino con acento californiano, uno de esos surferos mexicanos de San Diego, a su ladito, y para el otro deja la silla de enfrente, la que está más lejos. Carl seguramente también hace surf, pero es demasiado alto y demasiado soso.

No es que Adela haya estado nunca en San Diego, es que su antiguo novio, el que cree que aún lo es, era un loco del surf y le ponía todo el día esos aburridísimos vídeos de surferos que cuelgan en YouTube, aburridísimos a medias, claro está, porque si bien a Adela no podían interesarle menos las olas, los cuerpos de los chicos que poblaban esas playas la traían loca. Pobre Nathan, si supiera… Pero Nathan no sabe nada todavía. Nathan sigue en su gasolinera soñando que alguien aún le quiere. Nathan está ido y no se entera de nada. Nathan tiene un buen aliado y no se preocupa de nada. Algunos hombres cuando se enamoran son así, felices y despreocupados. Las gasolineras de medio mundo están llenas de chicos parecidos. Gente que no tiene más que hacer en la vida que soñar con el regreso de la mujer amada.

Adela se pide un té de menta y un *muffin* de zanahoria; los chicos piden cerveza, no hay, así que se conforman con dos limonadas.

—¿En qué te has matriculado? —pregunta el soso.

—Arte —responde Adela.

—Arte, ¡qué rollo! —dice el guapo.

A Adela no le importa, no es su cerebro lo que quiere.

—Arte no está mal —dice el soso para arreglarlo, pero lo dice con tan poco entusiasmo que no arregla demasiado.

Llegan el té de menta, las limonadas y el *muffin*.

Adela muerde su magdalena como una ratita, se le cae más de lo que come.

El chico que le gusta no para de mirarla, ella ya ha decidido ignorar al otro, y solo cruza sus ojos con los de Alberto.

El chico se da perfecta cuenta y sonríe nervioso, pero sigue mirándola fijamente.

El soso Carl no es tan tonto como para no intuir que está de más, que la cosa no va con él, que la chica ya ha elegido. Se despide cortésmente y se larga sin apenas haber tocado su limonada.

Alberto ni se levanta, se limita a chocar su puño con el puño de su amigo. Los chicos hacen cosas así de ridículamente masculinas para saludarse y despedirse.

Adela y Alberto se quedan solos.

Él está un poco inquieto, pero Adela se siente protegida por una extraña seguridad en sí misma, una que no le pertenece del todo. Se siente como una actriz que interpreta un papel, escondida y a salvo bajo una piel que no es del todo la suya.

—Algo habrá que hacer —dice entonces.

—Sí —responde el muchacho sin saber bien a qué se refiere.

—Y aquí hay demasiada gente para hacerlo.

Alberto no sabe si ha entendido bien, pero lo que intuye que ha entendido le excita.

—Bueno —dice Adela—, pues nos terminamos la limonada y nos vamos a buscar un sitio más tranquilo.

El pobre muchacho apenas asiente con la cabeza, no termina de creerse la buena suerte que ha tenido.

Adela está tan distraída y tan encantada con su conquista que no se fija en la paloma negra que se come las miguitas del *muffin* bajo la mesa, tan cerca de sus tobillos que casi los roza con las alas.

Lawrence y Puck salieron de la taberna. Puck iba cariacontecido y Lawrence también, pero eso no era ninguna novedad. Lawrence siempre había sido el triste. Sin embargo, Puck, que se las daba de fantasma burlón, no estaba nada acostumbrado a pasarse el día de mal humor.

—¿Vamos a jugar al billar? —le preguntó a su amigo tratando de animarse.

—Ve tú —dijo Lawrence—. Yo tengo cosas que hacer.

—¿Cosas como perseguir a esa tal Adela?

—Mis cosas —dijo Lawrence con sequedad—. Y si no te importa, preferiría que no te entrometieras.

—Odio cuando te pones antipático. En fin, haz lo que te dé la gana, siempre lo haces… Pero recuerda que te estás metiendo en líos muy serios y que si tú te metes en líos, me metes a mí. Cuando se ponen a cazar fantasmas no distinguen a los buenos de los malos.

—Mira quién habló, ni que tú fueras un santo.

—Yo hago lo que hago, pero sé lo que me hago y cómo lo hago. Yo me atengo a las consecuencias de mis actos. Yo, por otro lado, no voy por ahí descuartizando a la gente, y sobre todo yo no te arrastro a ti en mis fechorías. Yo ya soy mayorcito.

—Déjalo ya… Yo también sé lo que me hago.

—Ok, perdona si me preocupo por ti y por lo poco que nos queda de pellejo. Vete a jugar a los enamorados y que sea lo que Dios quiera. Yo voy a echarme un billar y a mirarle el escote a las chicas. Empiezo a estar más que harto de tu corazón salvaje y aventurero, dolido y doliente, y de todas tus correrías amorosas. Deberías follar más y sufrir menos.

—No te pongas vulgar —dijo Lawrence—, no te pega, y además sé que no lo dices en serio, sé que en realidad me quieres.

—¿A ti? ¡Venga ya! Si voy contigo, es porque no hay más fantasmas en el vecindario. Lo dicho, me largo al billar, y si no fueras tan rematadamente tonto, te

vendrías conmigo.

Lawrence no se molestó en contestar, estaba sumido en sus propios pensamientos.

—Vale, hazte el profundo, sufre y sueña y sueña y sufre y vuelve a sufrir lo que te venga en gana… Un día de estos me voy a hartar de ti y te vas a quedar más solo que la una, y no vas a saber ni por dónde te andas. Sin mí estás perdido, mi pequeño Lawrence, y lo sabes.

Puck dio la espalda a su compañero y los dos amigos se separaron en silencio.

Lawrence tomó el sendero hacia el pueblo y Puck se encaminó calle abajo, hacia los billares del puerto.

Apenas había dado diez pasos se arrepintió de irse de esa manera y se giró.

—¡Lawrence!

Lawrence, que estaba ya junto a la carretera, se dio la vuelta.

—¿Qué?

—¡Ten cuidado, amigo mío!

—¡Lo tendré!

—¡Lawrence! —insistió Puck a voz en grito.

—¿Qué?

—¡TE QUIERO!

Lawrence sonrió y asintió con la cabeza, nunca había dudado ni por un segundo del afecto de su viejo, casi eterno amigo.

Adela mentiría si dijera que nunca había estado en un motel de carretera. Al menos tres veces visitó el Best Western a escasas dos millas de Nueva Augusta para encontrarse con Nathan, pero esto era distinto. A Nathan le tenía cariño, que es una forma de querer mucho sin arriesgarse demasiado. Nathan era dulce y el motel estaba muy cerca de casa. A Alberto en cambio no le quería nada y el Razor Inn de Carnwell estaba tan lejos de todo lo que consideraba propio que se sentía como una astronauta visitando otro planeta. Sabía que tenía que haberse resistido más, que un polvo en mitad de la tarde podía hundir su reputación pero le importaba un bledo. Estaba pensando en otra cosa, solo quería comprobar si el Demonio la seguía. Si era cierta la leyenda, si su deseo impreciso pero salvaje podía de veras despertar a un fantasma.

Alberto pagó con la tarjeta de su padre, una de esas que tienen un límite tan estricto que hay que meterlas en los cajeros muy aprisa dos veces para sacarles cien dólares. La habitación costaba setenta, así que no hubo problemas. Incluso le quedó dinero al chico para pillar dos cervezas de la máquina expendedora. No era Bill Gates el tal Alberto pero como conejillo de Indias servía perfectamente. Tenía un buen cuerpo de surfero de San Diego, y su tarjeta de crédito funcionaba. Una chica que no está enamorada no pide mucho más.

Adela entró en el cuarto de madera, dejó su lata de cerveza sobre la alfombra

después de pegarle un solo trago y se desnudó lo más deprisa que pudo, depositando su ropa sobre la cama, mientras Alberto la besaba y la manoseaba torpemente.

Se tumbó desnuda, boca abajo, con la cabeza contra la almohada y los ojos cerrados, dispuesta a dejarse hacer, sumida en un agridulce abandono.

Esta vez, pese a su excitación, más provocada por el miedo que por las manazas de su amante improvisado, no llegó a sentir nada porque antes de que el pobre chico se quitase los pantalones, la espada de plata le había cercenado la cabeza.

Adela apretó aún más la cara contra la almohada y aspiró el espantoso olor a desinfectante que desprendía la cama.

Escuchó dos golpes más, la espada silbando en el aire, el chasquido mórbido de huesos y carne cortados. Después, un larguísimo silencio, durante el cual Adela sintió los ojos del fantasma clavados sobre su cuerpo desnudo. Por fin, escuchó al fantasma abandonar la habitación, quería mirarlo, pero fue capaz de resistirse. Estaba temblando de pies a cabeza, sin saber si la causa de un temblor como el que jamás había sentido era el terror o el deseo.

Estaba maldita, imposible negarlo.

Cuando el fantasma dejó la habitación, Adela buscó a tientas su ropa, se la puso con los ojos cerrados y salió de allí, sin mirar ni por un instante el cuerpo del pobre surfero de San Diego. Su instinto le decía que si no veía nada, podría seguir pensando que nada sucedía realmente, que todo formaba parte de la más fabulosa pesadilla.

Al otro lado de la puerta, como era de esperar, ni rastro del fantasma. Solo cien palomas negras que echaron a volar como una nube de tormenta en cuanto Adela cruzó el porche camino de la parada de autobús. La moto de Alberto seguía aparcada junto al motel.

«Por lo que a mí respecta —pensó Adela—, nunca he estado aquí».

Lo cierto es que no entró en la recepción mientras el chico pagaba, que nadie la vio llegar y que seguramente nadie la vio irse. Ni siquiera se detuvo a cerrar la puerta del cuarto, salió muy deprisa dejándola abierta y podía jurar que nadie la vio marcharse.

De no haber sido por Laura, Adela estaría en lo cierto y aún a salvo, pero Laura estaba allí.

«Lo siento, querida —pensó Laura al entrar en la habitación—, pero has estado aquí y este fantasma y este muerto son cosa tuya».

Si hay algo que Augustus C Warden odiaba más que un día en el que no pasa nada, es un día en el que pasan demasiadas cosas. Cuando recibió la llamada del conserje del Razor Inn le molestó enormemente que le dijeran que había un muchacho separado de su propia cabeza en una de las habitaciones. Al agente Warden le gustaban los misterios, no las masacres. Un chico desaparecido y otro muerto antes de empezar el

curso era mucho para él, y tal vez incluso demasiado para su madre.

A todo el mundo en los pueblos le gusta jugar con la muerte pero a nadie, en ningún sitio, le gusta verla de cerca.

—Habrá que llamar a los federales —dijo Stella, su asistente.

—No —respondió Warden—, al menos hasta que sepa qué está pasando. No querrás que quedemos como unos paletos.

—Ya son dos chicos —insistió Stella—, el protocolo dice…

Warden la interrumpió.

—El protocolo dice «muertes en serie», hasta ahora solo tenemos una desaparición y un cadáver en un motel. Ya veremos. Salgo para allá, no llames a nadie hasta que yo te lo diga.

—De acuerdo —dijo Stella—. Vamos a ver a ese pobre muchacho.

—Voy solo —replicó Warden tan secamente que Stella se sintió despreciada—. Te necesito aquí —añadió con un tono más amable—. Sigue tanteando la circular sobre Kosinski, puede que haya aparecido en algún campamento nudista a mil millas de aquí. A muchos chicos les aterran los primeros días del curso y les encanta quitarse la ropa.

—Hecho, jefe. Ya me contará.

Warden salió de la comisaría en busca de su coche patrulla. Antes de subirse llamó a su madre.

—¿Agente Warden?

—Dígame, agente Warden —respondió la anciana.

—Esto se está complicando, al parecer hay un chico muerto y sin cabeza en una habitación del Razor Inn.

—Si estuvieran pensando en lo que hay que pensar —dijo la agente Warden—, pero solo piensan en el sexo y en pasarlo bien y en esos bobos videojuegos…, y así les va. Pobres padres… Y pobre muchacho, claro. ¿Lo ha visto ya?

—No, salgo ahora, traeré buenas fotos y luego las vemos.

—No se deje nada: el parking, la recepción, el cuarto de la máquina de hielo…, y arrástrese bien por la moqueta de la habitación, que luego vienen los federales a buscar pelos y manchas y con sus fabulosas pruebas de ADN nos hacen quedar a todos como tontos… No se deje nada sin revisar seis veces y cuando crea que ha terminado revíselo todo seis veces más. Acuérdese de que el Demonio está en los detalles.

—Ya, ya… —dijo el agente Warden.

—Perdone, sé que sabe hacer su trabajo.

—No pasa nada, agente Warden —le dijo a su madre—, cuatro ojos ven más que dos, y no le falta razón, toda atención es poca con estas cosas. Voy para allá y luego le cuento.

—Suerte —dijo la vieja.

Augustus subió a su coche y arrancó. No le importaba que su madre insistiera con tal empeño en la importancia de los pequeños detalles, muchos crímenes se han resuelto a lo largo de la Historia gracias a un celo desmesurado por lo aparentemente banal. Quien da por sentada su pericia en el curso de una investigación no está haciendo bien su trabajo.

Un niño con un cazamariposas puede encontrar cosas formidables sin alejarse mucho de la orilla.

Mientras su madre descansa tumbada en la arena de la playa de la bahía de Carnwell, el niño con los pies descalzos metidos en el agua busca entre la espuma pececitos vivos o muertos, conchas, joyas perdidas, gafas de sol.

Hace lo mismo cada tarde y raro es el día que no da con algo especial. El cazamariposas se lo regaló su abuelo para cazar mariposas, claro está, pero funciona en el agua a las mil maravillas. Su abuelo era un hombre muy listo, los niños necesitan cosas con las que hacer cosas. Las redes, si son fuertes, funcionan igual en el agua que en el aire.

El niño se llama Henry pero todos le dicen Hank, su abuelo también. Y cuando su madre se preocupa, como ahora, le grita:

—¡HANK, NO TE METAS DONDE CUBRE!

Y Hank, que es muy obediente, retrocede de nuevo hasta la orilla.

Adela se baja del autobús en la parada del muelle. Es pronto, apenas las cuatro, casi todos los bares están cerrados. Solo hay dos que acaban de abrir. Camareros mexicanos disponen las primeras mesas de metal y las sillas que las acompañan. Uno de los bares abiertos es el White Whale, pero prefiere no entrar, allí conoció a Stephan, al pobre y despedazado Stephan.

El otro es un pequeño garito rojo, rojo por dentro rojo por fuera, con solo dos mesitas enfrente. No había reparado en él la noche anterior, seguramente el gentío lo tapaba. Se llama Bar Inferno. Adela entra.

Únicamente hay un hombre tras la barra, rellenando las cámaras frigoríficas de cerveza.

—¿Está abierto? —pregunta Adela.

—Claro —dice el hombre con un leve acento extranjero, tal vez del este de Europa, aunque ella no puede estar segura, nunca ha salido de los Estados Unidos.

Pide una cerveza, la cabeza le da vueltas y necesita calmarse antes de regresar a la residencia, antes de decidir si debería ir a la policía o contarle a alguien, a Laura, lo que ha pasado.

Por un segundo, piensa en llamar a Nathan, pero enseguida descarta la idea. Con sus padres no cuenta para nada, ¿cómo explicarles que…? En fin, mejor ni pensarlo.

Se sienta en una de las dos mesas frente al mar. El camarero trae su cerveza.

—Invita la casa —dice al abrir la botella.

—¿Por qué? —pregunta Adela.

—Porque los primeros días aquí son muy extraños para una chica, y porque da gusto verla, señorita.

Adela bebe un trago de su cerveza y cierra los ojos, pero los abre enseguida al escuchar un grito.

El camarero mexicano del White Whale deja las mesas y las sillas y corre a la baranda. Alguien sigue gritando en la playa, es la voz de un niño.

El camarero del Inferno sale también de su bar, y se cuelga sobre la barandilla para ver la playa.

—¿Qué pasa? —pregunta Adela sin ponerse en pie.

—Un niño ha encontrado algo en la arena.

—¿Qué? —pregunta de nuevo levantándose por fin.

Los dos ven al crío y a su madre gesticulando en la orilla, pero están muy lejos y es difícil saber qué sucede.

—Bah, habrá pisado un erizo —dice el camarero.

Adela en cambio se estremece, el niño no está muy lejos de donde creyó ver el cuerpo de Stephan descuartizado la noche anterior.

—¿Está usted bien? —le pregunta el camarero.

—Sí —responde ella, aunque el temblor en su voz la delata.

—Perdone, pero ¿no se llamará usted Adela?

—Pues sí —contesta sorprendida.

—Entonces tal vez le gustaría ver algo.

—¿Algo?

—Algo que tal vez le sirva de algo.

Adela no sabe qué contestar.

—Está aquí dentro, será solo un segundo.

Sigue al hombre supuestamente extranjero y entran los dos en el Bar Inferno. El local está lleno de humo, como si mucha gente estuviera fumando a la vez pero lo cierto es que en el bar no hay nadie.

—¿De dónde sale este humo? —pregunta Adela.

—No se preocupe, es humo de ayer…

—Antes no lo había.

—Entonces será el humo de esta noche, que ya ha empezado a llegar —el hombre se ríe de su propia ocurrencia—. Olvídese del humo, en contra de lo que dicen, el humo de segunda mano nunca ha matado a nadie. Yo lo respiro todo el tiempo y

estoy sano como una lechuga. Venga conmigo, por favor.

Adela sigue tras los pasos del camarero hasta detrás de la barra.

—Agáchese, por favor.

Ella obedece.

El hombre abre un cajón bajo la barra, casi a ras de suelo.

—¿Ve?

Adela mira dentro del cajón, pero no hay nada más que una medalla de oro. La coge. Por una cara tiene un sagrado corazón envuelto en llamas, en el reverso un nombre, Irene, y una fecha, 1914.

—¿Qué es esto?

—Parece una medalla antigua.

—Ya sé lo que parece y lo que es, pero ¿por qué me la enseña?

—No se la enseño, se la doy. Un tal Lawrence la dejó aquí para usted. Me dijo que se la diera.

—¿Por qué a mí? ¿Qué tengo yo que ver con ese Lawrence? No entiendo nada…

—Lawrence es un chico de por aquí; no un estudiante, un nativo, probablemente lo haya visto, merodea por todas partes… En fin, el caso es que me pidió que guardara esta medalla para usted, me dijo que vendría a recogerla.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Y yo qué sé, le habrá gustado, lo cual no me extraña, es usted muy bonita.

Adela mira la medalla, la sujeta en la palma de su mano y después de dudar un segundo, la guarda en el bolsillo.

—Gracias, supongo.

—Gracias, supongo, a usted… —responde el camarero antes de seguir cargando de cervezas la cámara frigorífica—. Hay que ver lo que bebéis —dice mientras rellena la cámara—, si estudiaseis la mitad de lo que bebéis, os iría mucho mejor. No es tan grave que un hombre mayor beba mucho y no sepa nada, pero vosotros venís aquí a aprender, al menos en teoría, y os merecéis algo distinto… Vuestros padres hacen un esfuerzo considerable para mandaros a Carnwell, deberíais tenerlo más en cuenta…

Adela sale del bar mientras el camarero sigue con su retahíla de reprimendas, tratando de evitar sin éxito bajar la vista hasta la playa, donde ya se arremolina la gente alrededor de la mano cortada que el mar no quería. El niño Hank les enseña a los guardacostas la mano de Stephan que ha depositado cuidadosamente en la arena, como si se tratase del pez más raro del mundo.

—Si mamá me deja seguir pescando, seguro que encuentro más trozos —dice el niño.

Lo cierto es que Hank nunca ha estado tan orgulloso en su vida de lo que ha pescado. Ni siquiera de sus mejores mariposas.

El agente Warden llegó en apenas quince minutos al Razor Inn. En Carnwell el tráfico casi nunca es un problema, la mayoría de los estudiantes no tienen coche, y el transporte pesado que sube y baja desde y hacia Canadá circula por el continente, ignorando esta pequeña isla. Aquí casi todo llega en el ferry y se distribuye en pequeñas furgonetas.

Al entrar en la recepción se encontró con el conserje llorando en un sofá.

—Jamás había visto un muerto —le dijo el hombre mientras se sonaba las narices con un pañuelo de celulosa.

Augustus evitó darle la mano.

—No es más que un muchacho —dijo el conserje—, apenas un niño, y sin cabeza. Jamás había visto algo parecido…

—Mejor para usted —dijo Augustus—, y con un poco de suerte no volverá a ver nada igual. El número de la habitación, por favor.

—Cabina 9, junto al parking, esta es la llave; no he dejado que entrara nadie.

—Ha hecho usted muy bien, no sabe lo difícil que es descifrar un crimen cuando la gente ya lo ha cambiado todo de sitio. ¿La puerta estaba cerrada?

—No, abierta, por eso vi el cuerpo al pasar. La he cerrado yo para que nadie…

—Mal hecho, pero hecho está. La próxima vez, y como le digo espero que no la haya, no toque usted nada.

—Lo siento, no sabía qué hacer, yo nunca había visto algo así…

—Lo entiendo perfectamente.

—Era un chico muy educado, yo mismo le hice la inscripción, un chico de lo más normal, Alberto Márquez, dieciocho años, estudiante de primer curso… ¿Cómo puede ser que ya no tenga la cabeza junto al cuerpo? De solo pensarlo me vuelvo loco, estas cosas no deberían pasar.

—No deberían —dijo Warden—, pero pasan.

—¿Me va a necesitar? No es que me importe, pero mi turno acabó hace una hora y mi mujer se inquieta.

—Siento no poder darle mejores noticias, aunque me temo que su mujer tendrá que esperar. Si le sirve de consuelo, a mi madre también se le enfriará la cena y no sabe cómo cocina… Cangrejos de concha blanda tenía para hoy, ni más ni menos, con una salsa cajún que no se puede ni imaginar tan lejos de Louisiana, pero esto es lo que hay, amigo mío. Supongo que ese pobre chico también tendría planes…, y madre.

—Ya… Yo solo quería saber qué decirle a mi mujer…

—Dígale que está colaborando con la ley, no le hable de decapitaciones, que estas cosas tan feas asustan a las mujeres. Después de ver la escena del crimen necesitaré hablar con usted para aclarar los detalles.

—¿Los detalles de qué?

—Los detalles de todo este asunto.

—Yo no sé nada —dijo el pobre hombre.

—Lo que sabe o no sabe lo decidiré yo, si no le importa.

A Warden le gustaba, de cuando en cuando y si la ocasión lo requería, ejercer el poder que le confería su placa para saber lo más posible lo antes posible. A menudo, según le había enseñado su experiencia, la gente que ha visto lo importante se olvida enseguida de lo esencial.

Augustus tomó la llave y fue hacia la habitación. Por el camino cogió la cámara de fotos de su coche. Prefería hacer él mismo las primeras fotos, nunca se puede estar seguro de lo que observan los demás, cada uno ordena la información a su manera. También prefería verlo todo por sí mismo antes de que llegara el forense y el resto de sus muchachos. Tener demasiada gente revoloteando alrededor de la escena del crimen nublaba sus primeras impresiones y lo que era aún más importante, sus primeras intuiciones.

Abrió la habitación y se quedó junto a la puerta, mirando hacia fuera. Consideraba prioritario adoptar la última posición del asesino o de los posibles testigos. Apuntar las rutas de fuga y el escenario de la huida, ver cuántas ventanas y cuáles, o qué porción de la carretera se vislumbraba desde allí. Sacó su libreta y dibujó un gráfico de las diferentes opciones. La parada del autobús, los coches en el parking, el trecho de carretera entre los árboles, tres casas en el monte, seguramente demasiado lejanas para servir de ayuda, pero nunca se sabe, hay gente que tiene prismáticos e incluso telescopios para tratar de ver cuerpos desnudos en el interior de las habitaciones de motel. Cuando consideró que lo tenía casi todo (todo nunca se tiene), cruzó el umbral de la puerta. En efecto, se encontraba allí el cuerpo ensangrentado de un muchacho a unos cuarenta centímetros de su propia cabeza.

Tomó la primera fotografía con un gran angular tratando de meter en su objetivo la escena entera; le gustaba trabajar así: desde el cuadro general a los detalles. Después fue cambiando de objetivo hasta retratar de cerca y por separado, como no podía ser de otra forma, el cuerpo y la cabeza, sin dar todavía un paso más hacia el interior del cuarto, intentando hacerse con todas las piezas visibles del puzle. Lo microscópico, claro está, era asunto de los especialistas forenses, por más que le pesase a su madre.

El rostro del chico parecía conservar una expresión de sorpresa, pero es difícil decir qué cara pone uno cuando le cortan la cabeza, así que era pronto para sacar conclusiones.

El agente Warden se agachó y en cuclillas repitió todo el proceso. Las fotos cuentan cosas distintas según el ángulo que el fotógrafo adopte. Cambió de posición un par de veces más, forzando ángulos altos exagerados e imposiblemente

esquinados. De hecho, estuvo a punto de perder el equilibrio pero se mantuvo en pie, no hubiese sido agradable ni profesional caerse sobre la moqueta encharcada de sangre. Cuando se dio por satisfecho, cerró con cuidado la puerta de la habitación y sacó su teléfono móvil.

—¿Stella…? Ya podéis venir, y tráete al doctor Canseco. ¡Ah!, y ya puedes avisar también a los federales.

—Ok, jefe. Pensé que no quería a los federales de por medio…

—Es una decapitación, Stella, y parece un corte muy limpio, ¿cómo demonios quieres que deje fuera a los federales? Haz lo que te digo y no me hagas perder el tiempo.

Augustus C Warden encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar. Se sentó en el suelo de grava del parking apoyado en la rueda de un Chevrolet Pick Up. Vio una moto aparcada, una Ducati 650 roja, la clase de moto que un chico de dieciocho años utiliza para conquistar chicas. Se apostó a sí mismo un chupito de Four Roses a que esa era la moto de Alberto Márquez, el muchacho sin cabeza.

Terminó el cigarrillo y fue de nuevo hasta su coche, guardó la cámara con cuidado y sacó la cinta amarilla que evita que la gente toque las cosas de la policía, fue hasta la moto y apoyándose en una farola y el tronco de un arbolito trazó un triángulo a su alrededor.

«Si hay moto, hay una chica, u otro chico —se dijo—; hay sexo o al menos una aventura amorosa. Un joven mexicano con esa moto no viene solo a un motel en mitad de la tarde. El muerto ya lo tengo, ahora hay que encontrar al testigo: en esa habitación, aparte del asesino había alguien más. El chico no parece que fuera gay, el conserje lo describió como normal por muy políticamente incorrecto que sea este término, y los conserjes tienen un sexto sentido para estas cosas, y no creo que una adolescente tenga fuerza para cortar la cabeza a un fornido muchacho de un solo tajo».

Claro está que podía estar pensándolo todo al revés, pero su madre le había enseñado a no dudar, al menos en principio, de sus primeras impresiones.

De pronto, una paloma negra se posó sobre el sillín de la moto roja. Augustus supo entonces que acertaba, y sacó su petaca para regalarse el traguito de bourbon que antes se había apostado.

CAPÍTULO VIII

LA señora Warden regó las plantas. Tenía muchas plantas en casa, tantas que a veces asfixiaban al pobre Augustus. No le importaban las rosas en el jardín de la entrada, ni la enredadera que cubría la fachada, ni el sauce llorón que hacía tiempo se había comido los baldosines de la piscina vacía; no le importaba nada no tener dónde remojarse en los días de calor, pero no soportaba bien, el pobre Augustus, tantas hojas verdes dentro de la casa, tantas y tantas flores en el baño, en la cocina, oscureciendo el salón y enrareciendo el aire de su propio dormitorio.

¡Cómo decírselo a su madre sin hacerle un daño muy grande!

Sí, la pobre mujer, desde la desaparición de su marido —es decir, desde que su marido la abandonó dejándola sola y con un hijo por criar—, apenas tenía otro consuelo que todas esas malditas plantas y esas mil diabólicas flores.

Augustus no se quejaba nunca, ni de las plantas, ni de las excesivas comidas, excesivamente especiadas de su madre, ni de nada que ella pudiera hacer o decir. Su madre, a cambio, cuidaba de su pequeño gran policía con absoluta abnegación. Todos sus caprichos eran al punto satisfechos, y si se terminaba el bourbon no era Augustus quien lo compraba, sino ella, con tal diligencia que el hijo de la señora Warden tenía la sensación de haber bebido toda su vida de la misma botella. De hecho, esa botella ni siquiera existía: el agente Warden la escondía desde hacía años entre sus calzoncillos y la consideraba su pequeño vicio invisible, algo de lo que su madre no debía enterarse, y la señora Warden, por respeto, la rellenaba también a escondidas y ya puesta le robaba de cuando en cuando un traguito. En fin, que esa botella secreta, de la que al parecer nadie sabía nada, contentaba a madre e hijo por igual y no se terminaba nunca.

La botella esta semana estaba aún medio llena, como siempre, de manera que la señora Warden no tenía otra preocupación que regar sus muchas plantas y pensar en la extraña serie de extraños crímenes y desapariciones que asolaban el campus en este por otro lado encantador final del verano.

«Nunca creí en esos fantasmas —se dijo la anciana mientras llenaba su pequeña regadera—, pero tal vez existan después de todo».

Ésa era otra: la señora Warden acumulaba plantas dentro y fuera de casa y sauces y árboles frutales, pero se resistía a renunciar a su pequeña regadera. Por supuesto que tenían una manguera para el jardín y que Augustus había comprado un par de regaderas grandes a cual más bonita, una verde de latón que pidió por e-mail a la revista *Town and Country,* y que tenía lirios pintados a mano, y otra roja de plástico, más ligera, que compró en Kmart hace ya tres días de la madre, o sea, tres años atrás, pero no había manera: su madre seguía fiel a sus viejas costumbres. No le importaba nada a la vieja hacer mil viajes hasta el grifo de la cocina, así se mantenía en plena

forma, y por el camino, tenía tiempo más que de sobra para pensar.

«Si los fantasmas existieran —se decía mientras iba y venía con la dichosa y minúscula regadera—, no vendrían aquí ni andarían entre nosotros, tendrían cosas mejores que hacer. Al fin y al cabo, los fantasmas pueden atravesar paredes y viajar de un lado a otro sin billete de tren… Ojalá pudiéramos los malamente vivos hacer lo mismo. No, esto no es cosa de fantasmas, esto es cosa de asesinos, de gente de no muy lejos, de gente de alrededor consumida por demonios del más allá. A estos muchachos los matan otros muchachos, eso está más que claro, no hay fantasmas en Carnwell. De hecho —continuaba diciendo mientras regaba sus ficus—, no hay casi nada en este pueblo que mi hijo y su pistola no puedan matar de una vez por todas. Una pistola de seis balas y toda nuestra inteligencia, eso es todo lo que este misterio necesita».

Hay que decir que cuanto más despacio regaba la señora Warden más aprisa se crecía, aunque no es menos cierto que cuando necesitaba crecerse era consciente de que se enfrentaba a algo singularmente oscuro y peligroso. Por lo general no era una mujer dada a envalentonarse y le bastaba y sobraba con su coraje natural; era evidente, al menos para ella misma, que algo en este asunto la inquietaba sobremanera.

La anciana siguió regando mientras trataba de tranquilizarse. Pensar en la pistola de su hijo, una Smith and Wesson del treinta y ocho siempre le hacía sentir la mar de bien, pero, por una vez y aunque se negara a aceptarlo, temía que las armas de las que disponían pudieran no ser suficientes.

La señora Warden no creía en fantasmas, pero a lo largo de su vida había cosechado pruebas irrefutables de la existencia del Demonio.

Adela caminaba de nuevo por la calle central, después de dejar el muelle, sin saber qué hacer o a quién o hacia dónde dirigirse. Debería haber llamado a la policía, pero no lo hizo ni pensaba hacerlo. No quería verse envuelta en dos crímenes en sus primeros días en Carnwell, antes siquiera de empezar las clases; no quería tener que contar en casa que se había encontrado desnuda dos noches seguidas y ante dos perfectos desconocidos ahora muertos; no quería empezar así el resto de su vida. Solo quería llorar, no por los dos muchachos sin cabeza, ni por Nathan, sino por ella misma y su maldita mala suerte.

Un grito la sacó de sus negros pensamientos.

—¡Adela! ¡Adela!

Se giró hacia el otro lado de la calle y vio a Laura, monísima vestida como una europea sofisticada —pantalones caqui de aventurera y un top ideal verde toscana—, junto a Sara, que llevaba para su sorpresa el mismo vestido que había llevado ella la noche anterior.

Adela se recompuso y cruzó la calle.

—¿Qué andas haciendo, loquita? —preguntó Laura.

—Nada —respondió Adela, que siempre había sabido mentir con soltura—. Dando un paseo, haciéndome con el ambiente.

—Pues me parece muy bien —dijo Laura—, mientras tengas mucho cuidado…

—Lo tengo, lo tengo, no te preocupes. Puede que sea de pueblo pero no soy idiota.

—Nadie ha dicho que lo seas, mi vida —concluyó Laura—. Y en cuanto a lo de ser de pueblo te diré que casi ni se te nota. De hecho, Sara y yo veníamos comentándolo. ¿No es así?

—Así es —dijo Sara—, veníamos comentando que casi ni se te nota que eres de pueblo.

Adela tuvo unas ganas enormes de estrangularlas a las dos.

En eso pasaron por detrás de Laura y Sara un par de chicos, a uno no lo conocía de nada, al otro lo había visto Adela dos veces, y en ambas con una espada en la mano; esta vez, en cambio, el Bebedor de Lágrimas llevaba las manos en los bolsillos. Nada en su aspecto hacía pensar en el monstruo que la perseguía: vestía como su amigo, con unos sencillos vaqueros y una camiseta blanca.

A Adela se le mudó el rostro y Laura se dio cuenta.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ese chico.

Laura se giró mientras Lawrence y Puck pasaban de largo.

Ambas se quedaron mirando cómo se alejaban sin prestar atención a las chicas. Sin siquiera cruzar con Adela una mirada. Se encaminaron calle abajo, sin volverse, mezclándose con el resto de estudiantes, hasta perderse de vista.

—¿Ésos? —dijo por fin Laura—. No les hagas ni caso. Uno se llama Lawrence y al otro lo llaman Puck, y se creen lo más, se creen fantasmas.

—¿Y no lo son?

—Los fantasmas no existen, querida. Ésos llevan aquí toda la vida, esperando que alguien les haga caso. Son parte de la historia de esta universidad, pero nadie los toma en serio.

—El más alto ha hecho algo horrible.

—¿Qué es lo que ha hecho? Deja de hablar en clave, mi vida.

Adela se dio cuenta de que estaba hablando demasiado.

—No estoy segura, es todo como una pesadilla, pero creo que me persigue…

—¿A ti? ¿Precisamente a ti? No me hagas reír. Ha habido mujeres mejores que tú en este campus, y espero que no te ofendas, pero no veo por qué ahora tendrían que ser peligrosos si nunca lo han sido. Siento decepcionarte aunque no creo que seas tú la que cambie las cosas. Ésos llevan merodeando por aquí toda la vida y nunca han

hecho nada. Ya te lo he dicho, se creen fantasmas enamorados y condenados por una absurda maldición. Sobre todo Lawrence; el otro, Puck, va más a su rollo. Cuentan que Puck es el último de una larga saga de balleneros, aunque vete tú a saber. Nadie conoce su verdadero nombre, pero es simpático y pasa éxtasis. A eso se dedican tus fantasmas, querida, al tráfico de estupefacientes.

Adela trató de retener la información, salvo que nada de esto encajaba con su experiencia personal. Suele pasar, las pesadillas de unos son insignificantes para otros.

—Al tal Puck no lo había visto nunca —dijo Adela—, pero al otro sí. Anoche en la playa y otra vez esta tarde. ¿Y si se ha enamorado de mí?

—¿Lawrence? ¿Enamorado de ti? Todo puede ser, pero no lo veo, cariño, no lo veo. Por lo que yo sé, Lawrence se tira a todo lo que se mueve por el campus, pero nadie le ha visto nunca enamorado. Y, desde luego, ni el uno ni el otro son fantasmas. Créeme, mi vida, yo soy lo más peligroso que te vas a encontrar en Carnwell.

Adela miró a Laura y pensó que tal vez no lo decía en broma.

La señora Warden se mareó ligeramente mientras hacía la cena. No era nada inusual, se mareaba a menudo. Según su médico se debía a problemas de riego sanguíneo, lo cual no dejaba de ser una paradoja teniendo en cuenta que se pasaba el día regando. En cualquier caso, ella ya sabía lo que debía hacer durante sus mareos: bajar el fuego, si es que estaba cocinando, y sentarse un segundo. En momentos así, la señora Warden veía cosas, cosas que en principio no tenían ninguna importancia pero que más de una vez servían después de algo. Su hijo, el otro agente Warden, no sabía nada de tales mareos, y por supuesto que ella nunca dijo nada al respecto; al fin y al cabo estaba en este mundo para cuidar de su pequeño, no para preocuparle.

Mientras los cangrejos de concha blanda se cocían en vino a fuego muy lento, la señora Warden, sentada en una silla de mimbre y semidesmayada, vio o creyó ver a un hombre entrar en la cocina. Si era un hombre del pueblo no supo decirlo porque jamás lo había visto antes. Llevaba un pantalón vaquero de peto, y tenía muy poco pelo y muy revuelto y solo en la punta de la cabeza, era más bajo que alto y más rechoncho que delgado y sonreía sin motivo. A la señora Warden nunca le gustó la gente que sonríe sin motivo, dentro o fuera de sus sueños, o su cocina.

El hombre con pantalón de peto y poco pelo muy revuelto metió un dedo en la sartén pero no se quemó, probó la salsa con gusto y se rechupeteó el dedo antes de volver a mojarlo.

La señora Warden, a pesar de su desmayo, corrigió la inapropiada conducta de su extraño invitado.

—Coja usted una cuchara, que de eso tenemos que comer los demás.

El hombre no la hizo el menor caso y se volvió a chupar el dedo.

—Es que está buenísimo —dijo antes de restregarse la salsa que sobraba en los pantalones.

Luego se giró y siguió hablando sin mirarla a los ojos.

A la señora Warden tampoco le gustaba nada la gente que habla sin mirar a los ojos.

—Tiene que decirle a su hijo que por su propio bien me deje en paz de una vez por todas. Su pequeña pistola no va a poder pararme.

—Mi hijo ya le anda buscando…, y su pistola es más grande de lo que usted piensa, y no le falta puntería —respondió la señora Warden, que no era menos mujer dormida que despierta.

—Su hijo no debe buscarme y sobre todo no debe encontrarme, su hijo no debe ni siquiera empezar a pensar en mí. Yo soy el que abre y cierra la puerta. Y nadie quiere verme.

—Salga usted de mi cocina. Nadie, vivo o muerto, en la realidad o en sueños, me amenaza en mi propia casa —dijo la anciana.

—Lo que usted diga, señora Warden.

El extraño se fue.

Conviene recordar que los demonios también se asustan.

El agente Warden, mientras tanto, se había quedado dormido, sentado de nuevo contra la rueda del Chevrolet. No soñó lo mismo que su madre, soñó cosas distintas. El agente Warden rara vez soñaba con demonios o fantasmas.

Le despertó la voz de su asistente, Stella.

—¿Augustus?

—Dime —respondió el agente abriendo los ojos de par en par.

—Ya está aquí el forense.

—¿Y los federales?

—No llegarán hasta mañana.

—Mejor, eso nos deja un margen para hacer las cosas a nuestra manera.

El agente Warden se puso en pie, Stella trató de ayudarle pero él renunció a su ayuda con desdén. Un jefe es un jefe, a pesar de un par de tragos de bourbon.

—Hay algo más —dijo Stella.

—Stephan Kosinski… —dijo el agente Warden—, ya me lo imaginaba.

—No sabemos nada todavía, pero un crío ha pescado una mano flotando en la playa junto al muelle. Al parecer se trata de la mano de un hombre joven.

—Joder —dijo el agente Warden—, seguro que hay trozos de ese muchacho por toda la bahía, tal vez haya que cerrar las playas; vaya manera más triste de terminar el verano.

Después tomó aire y a continuación lo expulsó con un largo suspiro.

—Bueno, no nos pongamos nerviosos, vamos con esto y después con lo otro. Por

cierto, que nadie toque esa moto roja. Estoy seguro de que era del joven decapitado. Habrá huellas y sudor, hasta puede que algún fluido más.

Stella no pudo evitar un mohín de aprensión.

El agente Warden, a su vez, no pudo evitar reprenderla.

—No pongas cara de asco, Stella; nos dedicamos a esto y el Demonio nos lleva ventaja. Si empezamos con remilgos, no lo atraparemos nunca.

Augustus C Warden caminó de vuelta a la cabina, donde le esperaba su equipo y el médico forense.

—Hay que joderse —repitió entre dientes—, muy mala manera de terminar un precioso verano.

Ya estaba cayendo el sol y las terrazas del muelle empezaban a poblarse de estudiantes. Desde la tarima de madera elevada sobre la playa, Lawrence vio el corrillo de curiosos alrededor de los guardacostas, pero no supo si lo que miraban era otra cría de cachalote extraviada o tal vez alguno de los pedazos de Stephan que había devuelto la marea. No le importó demasiado: hacía ya mucho tiempo, casi cien años, que no le tenía miedo a casi nada.

Lawrence entró en el Bar Inferno con cara de pocos amigos y se fue derecho a la barra. El interior del bar estaba tranquilo, un par de tortolitos se hacían arrumacos en una de las mesas del fondo, un borracho local trataba sin éxito de acertar con el centro de la diana de la máquina de dardos y uno de los pocos alumnos aplicados del campus trabajaba en su ordenador, o tal vez solo se distraía con las páginas pornográficas… El camarero que tal vez fuera del este de Europa dio un salto al ver entrar a Lawrence tan malencarado, se puso pálido y salió a su encuentro.

—Aquí no quiero líos —dijo haciéndole notar con discreción la presencia de sus pocos clientes.

—No tiene por qué haberlos —respondió Lawrence apartando al camarero con cuidado pero sin respeto, antes de meterse tras la barra y empezar a abrir cajones y a revolverlo todo—. ¿Dónde demonios está?

—¿El qué?

—La medalla, idiota, lo sabes perfectamente.

—Se la di a esa chica, como me dijiste.

—Bien. ¿Era ella? No se la habrás dado a otra…

—Seguro, Adela, le pregunté su nombre y la descripción era exacta. Muy guapa, por cierto, siempre has tenido buen gusto.

—Vale, perdona que desconfíe, es que es muy importante.

—Ya me imagino.

—No, no te lo imaginas, no digas que te lo imaginas porque no tienes ni la más remota idea. Odio cuando la gente dice que se imagina lo que en realidad es

inimaginable.

—Solo trataba de ser amable; tienes toda la razón, no me imagino nada y ni siquiera quiero imaginármelo. Cuanto menos sepa de vuestros extraños asuntos, mejor.

—Ahí llevas razón, de todas formas no te quejes tanto, que siempre te cuidamos bien.

—No me quejo, pero prefiero meterme en mis cosas.

—Haces bien. Por cierto, ¿cómo va lo nuestro?

—Mejor que nunca, en dos noches he vendido más pastillas que en las dos primeras semanas del pasado curso. Los paraísos artificiales cotizan al alza esta temporada.

—Qué desastre —dijo Lawrence con sorna—, esta juventud va de mal en peor. En lugar de afrontar la realidad se conforman con buscar vías de escape. En fin, peor para ellos y mejor para nuestro negocio. De algo hay que comer…

—Y que lo digas… Con lo que me pagan aquí y la mierda de propinas que dejan estos niñatos no tendría ni para el alquiler.

—No te hagas el humilde, que ya me han contado la Harley que te has comprado.

—Llevo tiempo ahorrando…

—Ya, y yo he nacido ayer. Ten cuidado con lo que haces porque un miserable camarero con una moto muy grande llama mucho la atención en un pueblo tan pequeño.

—Es de segunda mano, casi una ganga… Tengo la factura.

—Vale, yo solo te aviso, que la gente de aquí es menos tonta de lo que parece, sobre todo el agente Warden; ya sabes que le encanta jugar a los detectives. Acuérdate lo que tardó en pillar a esos idiotas que pasaban coca en el White Whale. Procura no comprarte muchas más cosas y guarda tu dinero para la vejez, que es cuando hace falta.

—Déjame a mí a Warden, que no soy tonto. ¿Quién te crees que le dio el chivatazo de los idiotas del Whale? Conozco a todo el mundo que pasa drogas por el muelle. De vez en cuando le regalo un par de novatos y a cambio me deja tranquilo.

—Ya sé que no eres tonto, pero no te pases tampoco de listo y sobre todo no te fíes. Puede que un día no se conforme con los pringados que le das y venga por nosotros.

—Oído, cocina.

Lawrence se sentó en un taburete. El camarero permaneció quieto mirándole. Lo cierto es que, a pesar de llevar ya unos años tratando con él, nunca había dejado de intimidarle.

—No te quedes ahí como un espantapájaros. Esto es un bar, ¿no? Ponme una cerveza.

—¿Red Wolf?

—Pues claro, ¿qué quieres que beba, esa mierda de Rolling Rock que les das a las niñas?

El camarero le sirvió una botella de Red Wolf helada.

Lawrence le dio un buen trago.

—Joder, qué buena es esta cerveza. Una Red Wolf bien fría pone de buen humor al fantasma más atormentado.

El camarero sonrió de manera forzada.

—No te relajes tanto, ya verás cuando se entere Laura; a ella no la vamos a convencer con una cerveza por muy buena que sea y muy fría que esté.

—Laura no tiene por qué enterarse —dijo el camarero que estaba otra vez pálido.

—Laura se entera de todo, ya deberías saberlo, y si realmente eres tan idiota que no lo sabes, lo vas a saber pronto. Más te vale que se me ocurra algo, o tendrán que mandarte al país del que vienes en muchas cajitas muy pequeñas y a mí a un sitio aún peor.

—Yo he nacido en Ohio —dijo el camarero, más abatido por tener que repetirlo tan a menudo que orgulloso de su origen.

—¿Y ese acento?

—¿Qué acento? En mi casa todos hablan así.

Lawrence no le prestó mucha más atención, le importaba poco la historia familiar del camarero del Inferno. No lo consideraba más que un socio necesario, o más bien un empleado.

—Bueno, no te agobies, yo me ocupo de Laura, tú sigue con lo tuyo.

Apuró su cerveza y se fue sin pagar ni despedirse. Cuando quería podía ser un fantasma muy maleducado.

El camarero se quedó mirando cómo se alejaba por el muelle. Le importaba poco que Lawrence fuese más o menos cortés, llevaba tiempo ganando mucho dinero gracias a él y a Puck y ni se molestaba por nada ni hacía preguntas. No le caían especialmente bien, pero eran socios fiables. No tenía la menor idea de cómo ni dónde se hacían con la mercancía, pero esta nunca faltaba y a él, con la cantidad de estudiantes que frecuentaban el bar, no le costaba nada darle salida; era un negocio redondo y por nada del mundo querría estropearlo. Si se las daban de estirados, allá ellos.

Cuando lo perdió de vista volvió a entrar en el bar, sacó una Rolling Rock de la cámara frigorífica y se la bebió de dos tragos.

«No sé qué le ven de malo a esta cerveza —pensó—. En fin, son todos una pandilla de esnobs».

CAPÍTULO IX

EMPEZABA a oscurecer. Las tres chicas caminaban de vuelta a la residencia. Laura decidió que tenían que regresar a su habitación a cambiarse de ropa para la cena. Al cruzar el vestíbulo, y faltando a lo que parecía una costumbre obligatoria, ignoró por completo a la señora Mills, quien no obstante levantó su mano y sonrió saludando al vacío.

Una vez en el cuarto, Laura eligió con cuidado lo que cada una de las tres debía llevar. Sacó de su armario varias prendas (disponía de uno para ella sola mientras que Adela y Sara compartían el otro), y las dispuso sobre su cama con cariño como hacen las madres antes de vestir a las niñas. Tenía mucha más ropa en ese armario de la que cabía en su pequeña mochila y Adela se preguntó cómo habría llegado hasta allí. Laura combinó las blusas, faldas y hasta los zapatos para las tres a su antojo. Laura hizo una reserva en un restaurante de pescadores encantador (según dijo), al otro lado del puerto. Laura, como siempre, tomó todas y cada una de las decisiones. Laura no pidió en ningún momento la opinión de sus dos compañeras de cuarto. Adela y Sara tampoco se la dieron, ni se atrevieron a contradecirla, ni dijeron ni mu. Laura organizaba y ellas se dejaban hacer. Para Adela suponía un alivio, sus últimas decisiones habían sido muy poco afortunadas; poco afortunadas desde luego para ella, y más que desgraciadas para ese pobre par de muchachos. Lo único que hizo Adela de espaldas a Laura mientras se acicalaban para la cena fue esconder la medalla de oro entre las sábanas de su cama, aprovechando que a su amiga le costaba dar con la talla de sujetador exacta de Sara, que no solo tenía mucho pecho sino que además presumía de una de esas espaldas anchas de atleta que complicaba aún más las cosas. A Adela le extrañó que Laura guardase en su ropero sujetadores de distintas tallas, pero tampoco se atrevió a comentarlo, se hallaba demasiado ocupada escondiendo la medalla, guardando sus secretos. Estaba casi segura de que ni Laura ni Sara le habían visto hacerlo, de lo que no estaba tan segura era de por qué lo hacía. Algo le decía que a Laura no le gustaban nada los secretos de sus amigas y que solo tenía respeto por los suyos; es más, estaba convencida de que cualquier acto cometido a sus espaldas lo tomaría como una ofensa. Sin embargo, su instinto de supervivencia pueblerino le aconsejaba no dejar que Laura conociese todos y cada uno de sus asuntos, sobre todo cuando sus asuntos implicaban sangre, espadas y aventuras sexuales de media tarde en moteles de carretera. Adela seguía fascinada por la personalidad y la conducta de su compañera, mejor amiga, y tal vez dueña, pero poco a poco empezaba a temerla aun a sabiendas de que tal y como iban las cosas solo ella podría protegerla. A menudo el respeto y la admiración exageradas se tornan en miedo y Laura tenía esa clase de personalidad que hace que los consejos más dulces se confundan con órdenes tajantes. Adela ya no sabía a ciencia cierta si seguía con

reverencia sus indicaciones o si simplemente la obedecía.

Salió primero Sara, al fin con un sujetador a su medida escondido bajo una adusta blusa azul de lino, luego Adela con un vestidito vaporoso y un poco ñoño, seguida de Laura que llevaba sin duda la ropa más favorecedora y que cerró la puerta con esas llaves que al parecer solo ella tenía. Adela no pudo contenerse.

—¿Cuándo tendremos llaves propias?, no vamos a entrar y salir siempre juntas…

—Ya sé que tú no —respondió Laura molesta, para enseguida recuperar su dulcísima sonrisa—. No te preocupes, cariño, la señora Mills ya tiene preparadas vuestras copias, ahora mismo las recogemos en recepción.

Adela se sintió fatal, siempre decía lo más inconveniente un segundo antes de darse cuenta de que debía haberse callado. Su madre solía decirle que le faltaba paciencia y le sobraba arrogancia.

—Lo siento… —balbuceó—. Solo quería decir que…

—Ya sé lo que querías decir, tontita, no te preocupes, sé que a una chica que está por primera vez muy lejos de casa todo se le hace raro. Para eso estoy yo aquí, para ayudar, pero si veis que me pongo muy mandona me lo decís; somos amigas, ¿no?

—¡Pues claro! —dijo Sara con un entusiasmo desproporcionado y algo irritante. Al menos para Adela, que a pesar de todo fue capaz de disimular con cierta pericia. Estaba empezando a comprender que una cosa era no fiarse a ciegas de Laura y otra muy distinta, y nada conveniente, dejar que sus dudas se transparentaran de manera tan diáfana.

—Por supuesto —añadió sin el entusiasmo de la pavisosa de grandes pechos pero con la suficiente confianza como para desterrar todas las dudas.

—Pues eso —dijo Laura alegremente, y las tres se dirigieron a los ascensores.

En el vestíbulo, la señora Mills seguía tras su mostrador. Al parecer esta buena mujer no tenía vida, ni otra cosa que hacer en el mundo que pasarse allí los días y quién sabe si también las noches.

Adela se calló una vez más sus impresiones pero esta vez y para su sorpresa se vio secundada por Laura. En ocasiones tenía serias dudas de si esta chica no sería capaz de leerle la mente.

—¿Es que esta mujer no descansa nunca? Es adorable y todo lo que quieras pero a veces agota… —murmuró Laura mientras se aproximaban a la señora Mills—. Deben de ser dos hermanas gemelas, una de día y otra de noche; si no, es que no lo entiendo…

Adela no pudo evitar reírse.

—¡Qué contentas os veo! —dijo la señora Mills sin un ápice de ironía y sin rencor alguno por el desplante anterior.

—¡Buenas noches, mi querida Eudora! —dijo Laura mientras le daba dos besos llenos de cariño, como esos que se dan a las abuelas—. Claro que estamos contentas,

cómo no lo íbamos a estar, hace una noche tan preciosa.

—Disfrutad ahora —dijo la señora Mills—, que después hay que trabajar muy duro para sacar el curso adelante. Siempre he dicho que las chicas sensatas saben cuándo hay que ser feliz y cuándo hay que sacrificarse y esforzarse por hacer del futuro un lugar a la medida de nuestras ambiciones.

—Qué razón tienes, Eudora, es lo que les digo a todas pero no todas escuchan —dijo Laura secundando la sabiduría de libro de autoayuda de la vieja.

—Yo siempre te escucho —intervino Sara a pesar de que nadie le había dado vela en el entierro.

A Adela, la tal Sara empezaba a resultarle francamente cargante, con sus tetas gigantes y sus opiniones insulsas y esa manía de darse siempre por aludida y su irritante falsa humildad y la carita de no haber roto nunca un plato ni tener intención alguna de romperlo. En fin, que la tal Sara le daba cien patadas y no estaba segura de ser capaz de soportarla dentro de su habitación durante un larguísimo curso. Hay gente que resulta molesta antes incluso de abrir la boca, pero que al abrirla confirma los peores presagios y se convierte en profundamente insoportable. Claro que también podía ser, y Adela era consciente, que en realidad estuviera proyectando su desconfianza hacia Laura y tal vez su miedo sobre la menos amenazadora figura de la pavisosa Sara.

Un ruido tintineante la sacó de sus cavilaciones.

—Aquí están las copias —dijo la señora Mills dándole los dos juegos de llaves a Laura y no a ellas directamente.

—Gracias, Eudora, eres un amor —dijo Laura al cogerlas—, podrías habérselas dejado a Carmencita, no tenías por qué quedarte hasta tan tarde.

—¿A esa mexicana despistada? —respondió la señora Mills—. No, querida, aquí de las cosas importantes me tengo que encargar yo si quiero que se hagan bien. Además, ya sabes que por ti haría lo que fuera. Por cierto, ¿cómo va ese asunto del que hablamos?

—Casi resuelto —mintió Laura.

—Espero que así sea, mi niña.

Laura la besó de nuevo, demorándose esta vez en un fuerte abrazo. La escena, lejos de parecerle conmovedora, le resultó a Adela inquietantemente exagerada. ¡No eran más que dos juegos de llaves, por Dios! ¿A qué tanta zalamería? Sin duda había algo más, pensó.

—Ya he llamado al taxi —dijo la señora Mills—, y os recogerá a la salida después de la cena, está todo arreglado.

Se despidieron las tres dando las gracias y las buenas noches y salieron a la calle donde, efectivamente, ya las esperaba el taxi.

Una vez dentro, Laura les dio por fin las malditas llaves, no sin exagerar una vez

más la importancia del momento.

—Guardadlas bien —dijo—, estas son las llaves de nuestra casa y no sabéis lo que darían algunas envidiosas por tenerlas. No tengo ni que deciros que nadie puede entrar en nuestra habitación, nunca. Aquí la intimidad es lo más importante, no dejéis que nadie pise nuestro pequeño mundo.

»Bueno —añadió Laura mientras salían ya a la carretera del puerto—, haced las amigas que queráis, pero no os fiéis mucho de nadie, que esto es un nido de víboras.

«Al menos tengo permiso para hacer amigas», pensó Adela, aunque una vez más se precipitaba.

Sara se rio. A esta chica, al parecer, todo le hacía la mar de gracia, y Laura se rio de vuelta, y Adela, por fin, se rio también, qué remedio. Por fortuna, el taxista se mantuvo firme y serio, un poco más de almíbar y el coche entero se hubiese quedado pegado al asfalto.

La vista desde la carretera era imponente, y Adela se distrajo contemplando la bahía. Hacía realmente una noche magnífica y por un segundo, mirando la luz del faro, tuvo la extraña sensación de estar despierta, de haber soñado todos los sucesos previos a este instante, incluida su llegada a Carnwell, sus dos empalagosas compañeras, los dos muchachos descuartizados, las leyendas de fantasmas.

«No puede ser que todo esto esté sucediendo de verdad —pensó—. Seguramente he estado soñando con mil aventuras que no suceden más que en mi imaginación, tal vez de tanto aburrirme en Nueva Augusta me he vuelto loca».

Como cada vez que pensaba en algo, Laura se apresuró a corregirla.

—En cuanto al chico ése, Lawrence —dijo sin, en apariencia, venir a cuento—, te diré que muchas piensan que es el verdadero Bebedor de Lágrimas, y que está aquí desde hace siglos, y que él y su amiguito Puck son fantasmas, pero no te creas una palabra. Son dos chicos del pueblo, hijos de pescadores, supongo, y andan siempre por el muelle dispuestos a tirarse a cualquier estudiante y con frecuencia lo consiguen. Lawrence se considera el más guapo y el más romántico del mundo, y la verdad es que es muy guapo y dicen las que lo han probado que muy romántico, pero de eso a ser un fantasma va un mundo. Para empezar, si fuese un fantasma, no lo veríamos, ¿no? Y en Carnwell hay pocas que no lo hayan visto y catado, ya sabes a qué me refiero. Mi hermana, sin ir más lejos, presumía la pobre de haber tenido un lío con él, y según me dijo era muy pero que muy corpóreo.

Sara no pudo o no quiso evitar meterse en la conversación, y por una vez dijo algo interesante. Eso sí, se puso ridículamente solemne al decirlo:

—Según las reglas del fantasma, hay situaciones y lugares en los que los espíritus pueden alcanzar presencia real y corpórea.

—¿Las reglas del fantasma? —preguntó Adela.

—Las reglas del fantasma enunciadas por el alquimista y eminente oscurantista

veneciano Giuseppe Tancredi, en 1624.

—Te lo estás inventando —dijo Laura, divertida.

Sara prosiguió con más solemnidad, si cabe.

—En absoluto, está todo perfectamente documentado, me he leído cientos de libros y hasta puedes encontrar las reglas de Tancredi en Internet: tienen una página web buenísima que se llama «Amigos de los fantasmas», aunque está en italiano.

—¿Hablas italiano? —pregunto Laura con descreimiento.

—Qué remedio —dijo Sara—, los italianos son los que más saben de fantasmas. Hay diez reglas principales y una docena de variantes específicas. Soy toda una experta en el tema. Según Tancredi, los espíritus vengadores se presentan como reales frente al objeto de su venganza y los espíritus protectores tienen la misma capacidad frente al objeto de su cuidado. Si el tal Lawrence y su amigo Puck velan por nosotras, no sería tan extraño que fuésemos capaces de verlos y tocarlos.

—Y si fuésemos el objeto de su venganza, tampoco —concluyó Adela.

—Eso no parece posible —dijo Laura—, según la leyenda, el Bebedor de Lágrimas es un asesino de hombres, no de mujeres.

—Pensé que no creías ni una palabra de todo esto —replicó Adela—. Hace un segundo has dicho que era todo un cuento.

—Y lo es —respondió Laura—, pero si vais a contar cuentos, al menos contadlos bien. ¡Me río yo del tal Tancredi! No tiene ni idea, el pobre.

CAPÍTULO X

EL forense confirmó lo que el agente Warden ya sabía. Muerte por decapitación y múltiples incisiones de arma blanca de hoja larga, no un cuchillo, sino un machete o tal vez una espada, dada la longitud de los cortes. Y efectivamente había otra persona en la habitación, con toda probabilidad una mujer, así lo indicaban los rastros de carmín en una de las latas de cerveza, y cabía imaginar que un tercero, el asesino, pues no parecía probable que una mujer tuviese la fuerza suficiente para descargar tales mandobles, capaces de cortar en dos los huesos de la víctima. Del asesino, en cambio, no había rastro alguno: ni huellas de pisadas en la moqueta, ni ninguna otra evidencia. Puede que los federales encontraran algo (estaban a años luz de la metodología y los medios de una comisaría de pueblo), pero el agente Warden lo dudaba seriamente. Un loco que se toma la molestia de matar con una espada bien afilada no es un loco cualquiera, es por lo menos un loco sofisticado, tal vez un asesino romántico que añora tiempos más gloriosos. En cualquier caso saltaba a la vista que no se trataba del típico marido celoso.

Mientras levantaban el cadáver, o mejor las distintas partes del mismo, el agente Warden hizo un aparte con el médico forense, Raúl Canseco, al que conocía muy bien y desde hacía años, no porque hubiese trabajado mucho con él —apenas había crímenes en Carnwell—, sino porque eran viejos compañeros de pesca. En los tres turnos en los que Augustus C Warden había estado al frente de la comisaría, solo cuatro veces necesitó de sus servicios. Dos de ellas eran vulgares atropellos; y las otras dos, disputas familiares con el fatídico resultado de sendas mujeres muertas por arma de fuego. Dos asuntos, estos dos últimos, muy desdichados pero sin el menor interés para un criminólogo aficionado, pues los correspondientes homicidas, un marido borracho y un amante despechado, se habían presentado por su propio pie en la comisaría para entregarse. En secreto Augustus odiaba a esa clase de tipos, primero y principalmente porque mataban a sus propias mujeres y segundo —y este era el rencor que escondía, por vergüenza, en secreto—, porque le robaban, al entregarse por voluntad propia, la parte más sabrosa de su trabajo. A ningún buen pescador le gusta que le pongan la pieza en el anzuelo.

Raúl Canseco no era de por aquí: había nacido en San Luis Obispo, California, cerca de las colinas de Big Sur, pero llevaba ya veinte años ejerciendo como forense en Carnwell. Su mujer Angelina sí que había nacido en Carnwell y aquí había parido a sus hermosas hijas, cinco nada menos y casi del tirón, pues entre la más pequeña, Lola, y Angie, la mayor, apenas había una diferencia de ocho años. No es de extrañar que el pobre Raúl necesitase de cuando en cuando una escapada por la costa con su amigo Augustus para encontrar en la pesca de bajura una paz que se le negaba obstinadamente en su propia casa.

Los dos amigos se apoyaron en la baranda bajo el porche de la habitación. Augustus encendió un cigarrillo y se lo pasó a Raúl, como hacía siempre mientras Raúl preparaba los aparejos en la barca, y después se encendió uno para él.

—¿Cómo están Angelina y las niñas?

—Bien, haciendo ruido, nada nuevo. No sabes la suerte que tienes…

—A veces echo de menos una mujer y una familia… —dijo Augustus—, pero ese pensamiento me dura un segundo, lo que tardo en acordarme de ti.

Los dos hombres se rieron.

—¿Qué clase de espada dirías que es? —preguntó Warden.

—No soy un experto en armas, pero diría que un machete no dejaría cortes tan limpios y habría más astillas en los huesos, y que un sable o una de esas catanas que están tan de moda, al tener un solo filo, no abriría cortes de doble dirección, por lo que deduzco que se trata de una espada grande de bronce, europea, tal vez toledana, francesa o alemana, de Solingen, todavía las hacen allí en viejas fundiciones a la manera de los siglos XIV y XV.

—Menos mal que no eres un experto —dijo Augustus.

—No he dicho que no sepa nada del tema, he dicho que no soy un experto, pero soy un buen aficionado. Me gustan las armas antiguas. ¿Sabías que un arcabuz de los tercios de Flandes podía hacer diana a más de cincuenta pasos con una bola de plomo de más de veinte gramos?

—No, no lo sabía, pero te agradezco la información… ¿Quién estaría tan chiflado de cargar con una espada de ese tamaño por las calles de Carnwell a plena luz del día?

—Un muchacho fuerte.

—¿Por qué un muchacho y no un hombre?

—Los chicos son más románticos y soñadores. No me imagino a un hombre de nuestra edad por chiflado que esté creyéndose un caballero andante.

—¿Y el Quijote?

—Eso es literatura… En la realidad, la vida adulta termina con casi todas las ilusiones.

—No te falta razón —concedió Augustus.

Los dos amigos terminaron los cigarrillos a la vez y los apagaron sobre la baranda.

—Pensaba llamarte para ir a pescar el domingo —dijo Raúl—, pero supongo que este asunto te va a tener muy ocupado.

—Me temo que sí —afirmó Augustus—, más aún de lo que crees: tenemos rastros de otro crimen en la playa. Han encontrado una mano cortada bajo el muelle.

—Pues vamos para allá —dijo Raúl—, para pescar siempre hay tiempo.

Bajaron en silencio hasta el parking, Augustus caminando delante.

—Ven en mi coche y así comentamos —le dijo a Raúl—, luego te acerco a recoger el tuyo.

—De acuerdo, pero déjame ir por el foco y la batería, los tengo en el maletero.

—Mis chicos ya están allí con sus luces.

—Con los equipos que tenéis no encontraría ni las gafas de leer en mi mesilla. No te enfades Augustus, pero prefiero llevar mis propias luces; para descifrar un crimen de esta índole hace falta algo más que la luz de la luna.

Augustus acompañó a Raúl hasta su coche y se quedó mirando cómo sacaba del maletero el pesado equipo —foco de tungsteno y batería industrial—, que solía cargar su amigo para la pesca nocturna.

—¿Podrás decirme si se trata de la misma arma?

—No lo sé —respondió Raúl—, pero puedo intentarlo.

El agente le ayudó a llevar el equipo de luz hasta su maletero. Después subieron al coche. Augustus sacó su petaca y le dio un traguito antes de pasársela a su amigo.

—También sería mucha casualidad que tuviésemos dos locos diferentes con dos espadas distintas en el pueblo.

—Sería una casualidad diabólicamente improbable —concluyó Raúl antes de echarse su traguito y devolverle la petaca.

—He oído que Angie tiene nuevo novio —dijo Augustus mientras arrancaba.

—No me hables —respondió Raúl—, es aún peor que el anterior.

—Joder, y mira que el anterior era memo.

—Dímelo a mí… No sé, supongo que no tengo suerte con los hombres…

En algo al menos había que darle la razón a Laura: el restaurante del viejo puerto resultó realmente encantador. La vista era sin duda la mejor de la bahía y en una noche de luna llena era difícil imaginar un paisaje más hermoso, sobre todo difícil para Adela, que había viajado muy poco. El mar estaba tranquilo y el cielo claro, y el paisaje desde el ventanal abarcaba desde el faro de punta Compt hasta el faro antiguo del puerto. El ambiente era familiar y honesto, y por una vez no había ni rastro de estudiantes, ni de ellos ni de ellas. El olor a pescado a la parrilla abría el apetito nada más cruzar la puerta. Los manteles blancos estaban bordados con graciosos motivos marineros y había flores en todas las ventanas, que permanecían abiertas dejando pasar una suave brisa con aroma de mar. En fin, que no podía haber a lo largo de la costa un lugar más encantador y que era casi imposible no olvidarse allí dentro, por un instante, de todas las preocupaciones.

Durante la cena —exquisitas langostas de Coversgate, de tamaño exagerado—, la conversación transcurrió encantadora y ligera, regada con abundante vino de Napa Valley conseguido gracias al carné de conducir de Laura, que era en realidad el de su hermana Jenny. Un engaño imposible de descubrir mirando la foto, pues las dos

hermanas eran como dos gotas de agua. Tan idénticas que a Adela y a Sara les costó creer que se tratase de dos chicas distintas. Sin embargo, no fue el parecido entre las dos hermanas lo que más sorprendió a Adela al mirar el carné de conducir, sino la medalla que llevaba colgada Jenny en la foto. Parecía la misma que le había entregado el camarero del Inferno, con un sagrado corazón en llamas, la misma que había escondido entre las sábanas de su cama sin que Laura lo supiera. Claro que no podía estar segura: en la foto, como es lógico, era imposible ver el reverso de la medalla, pero le pareció demasiada casualidad y se preocupó por no haberla escondido mejor. Decidió que en cuanto volvieran tendría que encontrar la manera de sacarla de la habitación y ponerla a buen recaudo, lejos de Laura. Decidió también esconder más todas y cada una de sus intenciones, sonreír más, mentir mejor, ganarse, en una palabra, la confianza de Laura y sobre todo no alimentar su natural recelo.

Hablaron de lo que hablan las mujeres cuando están solas: de chicos, de estrellas de cine, de literatura, de salud, de sus propios cuerpos y sus formas y sus correspondientes preocupaciones y orgullos y complejos y no fue hasta que estaban terminando los postres, apenas fruta después de la comilona, que una nube cubrió la luz de la luna.

Estaban picoteando entre las tres de un mismo racimo de uvas cuando por la puerta entró el joven Puck vestido con una larga gabardina negra que la temperatura ideal de la noche de septiembre no justificaba. Las tres se callaron de golpe al verle entrar y las tres miraron sin disimulo cómo Puck se acercaba a la barra y se pedía una copa de calvados. El muchacho, en cambio, pareció no darse cuenta de la atención que despertaba, y en ningún momento se giró para mirarlas, lo cual no hizo sino acrecentar el interés de las tres amigas. Es bien sabido que no hay nada que despierte más la curiosidad de una mujer que el ser ignorada.

—La verdad es que es muy mono —dijo Sara rompiendo el fuego y atreviéndose a decir lo que sin duda las tres estaban pensando.

—No es muy alto ni muy fuerte —apuntó Laura—, pero está claro que tiene algo…

—Se las da demasiado de misterioso —añadió Adela dando muestras inequívocas de que le interesaba. Con frecuencia, si no siempre, cuando a una mujer le intriga un hombre, suele acompañar su interés con un comentario despectivo—. ¿Y si le invitamos a la mesa? Me gustaría saber qué tiene este de fantasma, además de la pinta.

Laura se rio y, animada por el vino, lo encontró una idea estupenda.

—Déjame a mí —dijo poniéndose en pie a la vez que se abría un par de botones del escote. Después comprobó el efecto en el reflejo de la ventana abierta, dándose por satisfecha—. Si no me mira, es que no es de carne y hueso —y se encaminó hacia

la barra con un ligero contoneo.

Adela y Sara giraron un poco sus sillas para verlo todo mejor.

Laura les daba la espalda, de modo que no pudieron ver cómo la expresión de su amiga cambiaba al aproximarse a Puck. Vista de frente, su expresión era más severa que coqueta, por eso el joven, al levantar la vista, se puso aún más pálido, cosa nada habitual en un supuesto fantasma.

—Cambia esa cara —le ordenó Laura, tajante—, mis amigas están mirando.

—¿Qué cara quieres que ponga? —preguntó Puck.

—Podrías empezar por sonreír y borrar de tu rostro esa estúpida expresión de fantasma, ¿o quieres que se enteren de todo?

Puck forzó una sonrisa que desde el otro lado del restaurante Adela y Sara interpretaron como una muestra de encantadora timidez. No podían escuchar nada desde su mesa y Laura se aseguró de darles la espalda todo el tiempo, dejando al joven de frente, atrapado contra la barra del bar.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Vengo aquí casi todas las noches, ya lo sabes.

—Pues hoy no tenías que haber venido.

—Haber avisado. No puedo adivinar siempre lo que andas haciendo.

—Olvídalo, ya da igual, y además eso no es lo que me preocupa; lo que me preocupa es lo que está haciendo Lawrence con esta pueblerina.

—¿Tu amiga Adela? Creo que le gusta.

—A Lawrence le gustan todas.

—Ya, pero esta creo que le gusta mucho.

—Yo también le gustaba mucho…

Al decir esto, el rostro de Laura dejó su dureza a un lado y se inundó de melancolía sin que ella pudiera evitarlo.

Puck, que no era tonto, se dio cuenta.

—Lo siento, Laura…

Al verse descubierta, se enfureció.

—Lo vas a sentir de verdad como no la deje en paz. Ya le puedes ir avisando. Este campus está lleno de ovejitas, dile que se coma a cualquier otra o se las verá conmigo.

—Ya sabes cómo es Lawrence, va a su aire y es difícil convencerle de nada.

—Pues ya puedes conseguirlo por la cuenta que te trae. Si me lo cargo a él, tú vas detrás, pequeño Puck.

—No has cambiado nada, Laura.

—De eso se trata, ¿no?

—Supongo que sí, aunque te va a ser difícil, a partir de ahora, sin la medalla.

Al oír esto, Laura le soltó una sonora bofetada en plena cara. El restaurante entero

se sumió en el silencio durante un segundo eterno. Los camareros y los clientes miraron a Puck y a Laura, antes de desviar la vista, azorados. Adela y Sara se quedaron heladas mirando desde su mesa, petrificadas.

Puck no reaccionó, no era la primera vez que Laura le pegaba, pero nunca lo había hecho con tal desfachatez y en público.

Laura se acercó a él aún más para susurrarle al oído.

—Como no tenga la medalla en mi cuello antes del baile de inauguración del curso, podéis iros despidiendo de Carnwell.

—No sé dónde está la medalla, Laura, te lo juro, yo…

—Tú me importas un bledo. Dile a Lawrence que tiene veinticuatro horas para devolverme mi medalla y que como no esté colgando de mi cuello antes de entrar en el baile, os enterraré tan profundo que ni el Demonio mismo podrá sacaros. Y ahora lárgate de aquí antes de que haga una locura.

Puck bajó la cabeza y se fue caminando hacia atrás con pasitos muy cortos, como hacen los súbditos en presencia de su reina.

Laura regresó a la mesa sonriendo, entre los cuchicheos del resto de comensales.

Adela y Sara la esperaban con cara de bobas; después de la bofetada no habían conseguido mudar la expresión. Laura se sentó orgullosa y tomó su copa de vino.

—No es un fantasma, ya lo habéis visto y oído. A los fantasmas no se les puede cruzar la cara.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó Sara—. ¿Por qué le has pegado?

—Pretendía hacérselo con las tres. ¿Te imaginas? Menudo sinvergüenza —respondió Laura fingiendo indignación.

—¿Ése? —dijo Adela—. No me lo puedo creer, parece un chico tan tímido…

—Tímido mis cojones —la interrumpió Laura—. Ya te había avisado: no te fíes de nadie, son todos unos cerdos. Y estos que van de especiales son los peores. En fin, a otra cosa, no dejemos que un enano salido nos arruine una noche deliciosa. ¿En qué estábamos?

Adela y Sara se quedaron en silencio, incapaces aún de superar lo sucedido.

—Vamos, vamos —dijo Laura sirviendo vino a sus amigas—. Nos emborrachamos un poquito y nos vamos a dormir, mañana es el baile de inauguración y más nos vale estar muy guapas, se van a enterar estos idiotas de quiénes somos.

—Dios mío —dijo Sara sacudiéndose por fin el efecto de la bofetada—, ¡no tengo nada que ponerme para el baile!

—No te preocupes, mi vida —dijo Laura—, he traído unos vestidos que os van a volver locas. Ya veréis, los he traído directamente de Nueva York, de Bergdorf & Goodman nada menos, vamos a causar sensación.

Adela fingió entusiasmo lo mejor que supo, pero lo cierto es que no estaba pensando ahora en su vestido.

El agente Warden y Raúl Canseco, el médico forense, aparcaron cerca del muelle y bajaron las dunas hasta la playa. No les fue difícil dar con el remolino de guardacostas y curiosos que rodeaban la mano cortada y devuelta por las olas. Hank, el niño pescador y su madre, seguían allí a pesar de que eran ya más de las diez. El jeep de los guardacostas iluminaba la escena, rodeada por una docena de curiosos, y un agente novato de la comisaría, Sam Vommel, intentaba dirigir las operaciones. Al ver llegar a su jefe le iluminó la cara con la linterna.

—Aquí, agente Warden —gritó.

—Ya lo veo, idiota, baja esa maldita linterna —respondió Augustus—. Y saca a toda esa gente de aquí, menos al niño y a su madre.

El agente Vommel empezó a tratar de ahuyentar a los curiosos sin mucho éxito, apenas consiguió que se alejaran unos metros mientras Augustus y Raúl se abrían paso entre ellos.

El niño Hank se soltó de los brazos de su madre y les salió al paso.

—Yo la encontré, señor, la pesqué aquí mismo junto a la orilla, aunque en realidad estaba buscando cangrejos.

—Bien hecho —dijo Augustus—, déjame verla y enseguida hablo contigo. No te vayas muy lejos, que ahora eres mi ayudante.

El niño sonrió satisfecho y volvió con su madre.

Augustus y Raúl se quedaron mirando a la arena. La mano estaba cubierta con un pañuelo de flores, hecha un paquetito.

—¿Quién le ha puesto este pañuelo? —preguntó Augustus.

—He sido yo —respondió el agente Vommel—. Tenía que cubrir el cadáver…

—No es un cadáver —dijo Raúl—, es una mano; el resto de este hombre puede seguir vivo.

—¿Es tuyo este pañuelito tan mono? —preguntó el agente Warden con sorna.

—Es de mi chica, me trae suerte.

—Ya veo —dijo Augustus.

—¿La ha tocado? —preguntó el forense.

—No —dijo el agente Vommel—, la he envuelto con mucho cuidado.

El forense plantó el trípode con el foco en la arena y lo conectó a la batería, luego procedió a destapar la mano. Estaba extendida con la palma hacia arriba como si pidiera limosna.

La observó cuidadosamente mientras el agente Warden la fotografiaba. Tras recibir la aprobación de Augustus, la giró despacio utilizando un bolígrafo a modo de palanca. Después de mirar largo rato dijo:

—Se trata sin duda de la mano de un muchacho y espero que encontremos un manco por el campus, o tendremos que vérnoslas con otro cadáver.

Cuando las chicas llegaron a la residencia solo quedaba en el vestíbulo el vigilante nocturno, un viejecito encantador que parecía incapaz de vigilar nada, pero que había estado en la guerra del Vietnam y había vuelto de la jungla con un par de medallas al valor cosidas sobre la guerrera.

—Buenas noches, Pete —dijo Laura al entrar.

—Buenas noches, señoritas —respondió el anciano soldado—. Ya va siendo hora de irse a la cama.

—A eso vamos, Pete, a eso vamos… —replicó ella camino de los ascensores principales. A estas horas no había que temer aglomeraciones: las que estaban dentro dormían y las que aún permanecían fuera seguramente no regresarían hasta el alba.

Nada más entrar en la habitación, Laura abrió de par en par su armario para enseñarles a las chicas su colección de vestidos de noche. Había media docena y eran todos tan bonitos que Adela y sobre todo Sara no podían esperar para probárselos, pero tendrían que hacerlo, pues su amiga cerró el armario con el mismo juguetón entusiasmo con el que lo había abierto.

—Se ve pero no se toca —dijo sonriendo—. Mañana por la mañana hacemos pase de modelos y elegimos lo mejor para cada una. Os prometo que en el baile no habrá nadie más elegante que las chicas de la 666.

Adela no lo dudaba, jamás en su vida había visto fuera de las revistas de moda o las películas vestidos como ésos. Trató de imaginarse a sí misma con uno de ellos, siempre había soñado con asistir a un baile con el vestido adecuado, como una de esas estrellas que recogen premios en la tele. Era un pensamiento casi infantil, pero dulce, y decidió guardarlo hasta que se quedase dormida; estaba agotada y no quería pensar en nada malo para no tener después pesadillas.

Fue al baño la primera, porque así se lo indicó Laura, cediéndole con amabilidad su turno. Por razones de jerarquía era evidente que ella disponía del primer turno para el baño, y ni Adela ni Sara imaginaban que pudiese ser de otra forma. En cualquier caso, Adela lo agradeció porque estaba literalmente muerta de cansancio, eso sí, se aseguró de dejar la puerta entreabierta para que Laura no tuviese la tentación de husmear alrededor de su cama. Había escondido la medalla entre la sábana y el colchón y no le sería difícil descubrirla si se ponía a ello. Terminó con su rutina nocturna lo más aprisa que pudo y salió del baño.

—Ahora tú —dijo Laura, y Sara obedeció como un soldado bien instruido.

Adela se metió en la cama mientras Laura revisaba su Facebook.

—Qué vacaciones tan aburridas tiene la gente —dijo hablando más para ella que para su compañera de cuarto—, ¡y se creen que me interesa! Buenas noches, Adelita, descansa bien que mañana tenemos que estar muy guapas.

—Buenas noches —dijo ella cerrando los ojos, aunque sabía que aún le costaría

un buen rato dormirse. Cuando estaba tan cansada siempre le costaba conciliar el sueño.

Escuchó a Sara salir del baño y dar las buenas noches, luego oyó cómo Laura se dirigía de puntillas a hacer uso de su turno y se quedó largo rato esperando hasta que saliera, pero no salía. Luchó por no quedarse dormida, sin saber exactamente cuánto tiempo transcurría; la espera se mezcló de sueños que trataba de apartar sin éxito, basta intentar mantenerse despierta para caer dormida, sucede también a la inversa.

Laura, mientras tanto y una vez terminada la aplicación de las muchas cremas hidratantes y mascarillas que guardaba en su abultado neceser, sacó de entre su bata su pequeño diario. Abrió el candado y sentada en el suelo de azulejos se dispuso a tomar nota de lo más significativo de la jornada y de sus próximos planes.

Por increíble que parezca el idiota de Puck se ha presentado en el restaurante del puerto estando nosotras allí. Si lo ha hecho adrede o es sencillamente así de inepto, no lo sé, pero el caso es que se ha atrevido a desafiarme. Pensé que esos tiempos ya habían pasado y que estos molestos fantasmas sabían ya cuidarse mejor. He tenido que recordarle que sin mí se acabarían sus alegres correrías y que como me enfade de veras volverán de cabeza al infierno del que nunca tenían que haber salido. No es culpa de Puck, seguramente, sino del engreído de Lawrence. Se piensa que aún tengo el corazón roto y que suspiro por él y que puede hacer conmigo lo que le venga en gana. Me ocuparé de él cuando llegue el momento y quizá de una vez por todas, lo que urge ahora es recuperar la medalla: todas mis cremas no van a salvarme si empieza a alcanzarme el paso del tiempo. Si no recupero la medalla antes del baile de graduación, Dios sabe lo que puede ocurrir. Nunca he pasado tantos días sin ella y el espejo empieza a delatarme. Por supuesto que por ahora solo yo me doy cuenta, pero pronto será evidente para todas. Los años detenidos caen a plomo sobre todo cuando cruzas la barrera psicológica de los cien. ¡Mierda! Aún no comprendo cómo dejé que ese mocoso de Stephan me robara la medalla, siempre caigo por lo mismo. En los brazos de un chico guapo pierdo la cabeza. ¡Y encima va y se lía con la pueblerina, la noche siguiente! Bueno, al menos ese ladrón ya ha recibido su merecido, para esas cosas siempre se puede contar con la espada de Lawrence. Por eso me cuesta tanto devolverle al mundo de las sombras, no sabría bien qué hacer sin él. Dios, es todo tan complicado. He de hablar con Lawrence; por la cuenta que le trae no tendrá más remedio que devolverme la medalla. Al final lo arreglaré todo, seguro. Tal vez Lawrence solo pretende llamar mi atención, no me extrañaría nada que estuviese todavía, y a pesar de lo que dice,

absolutamente loco por mí.

Oh, Lawrence, si no estuvieses tan ciego… quién sabe, aún podríamos volver a ser tan felices como entonces…

Laura cerró su diario con el candado, guardó su pluma y se echó a llorar, tratando de sofocar sus gemidos con la toalla de ducha, para que nadie la oyera.

En contra de lo que mucha gente piensa, las brujas tienen corazón.

Mientras ella lloraba desconsolada en el baño, Adela intentaba dormir con la medalla escondida dentro de su puño fuertemente cerrado. No pudo evitar oír los gemidos de Laura, que sonaban como el llanto lejano de un bebé. Dudó largo rato sobre la conveniencia de acudir en su auxilio. Trató de decidir si las lágrimas de Laura despertaban su compasión, lo cual estaba bien, o su curiosidad, lo cual estaba mal. Con frecuencia el dolor ajeno le producía ese efecto: despertaba su interés sin afectarle demasiado, lo que conllevaba un desagradable rumor de culpabilidad. Adela, como casi todo el mundo, se tenía por una buena persona, o al menos aspiraba a serlo, y las buenas personas se preocupan sinceramente por los demás en lugar de fingir empatía para satisfacer su curiosidad. No es que pretendiese ser una santa, pero sí al menos una amiga fiable, y una amiga fiable en nada se parece a una cotilla. Andaba dándole vueltas a la verdadera raíz de su inquietud cuando el llanto de Laura sin subir el tono se hizo aún más amargo, ya no parecía el llanto mecánico de un niño, que no pide otra cosa que cubrir una pequeña necesidad inmediata, sino el amargo y desesperado lamento de quien esconde una pena muy profunda. Adela sintió por fin que la preocupación superaba a la curiosidad, y armada con esta regalada nobleza de espíritu, escondió la medalla dentro de la funda de la almohada, se levantó sin hacer ruido para no despertar a Sara, y caminó de puntillas hasta la puerta del baño.

Escuchó durante unos segundos más el lamento de Laura y se decidió a golpear suavemente con los nudillos en la puerta.

Laura cortó en seco su llanto.

—¿Sí…? —preguntó con la voz suave y serena, recuperando milagrosamente rápido la compostura.

—Soy yo, Adela… Solo quería saber si estás bien…

—Claro, ¿por qué no habría de estarlo? —respondió Laura—. Ahora salgo.

Adela se sintió entre incómoda y decepcionada: ahora que se preocupaba sinceramente, Laura le robaba el objeto de su preocupación dejando de nuevo el territorio abonado para sus peores instintos. Si un segundo antes se había conmovido por el dolor de Laura, al recibir tan fría respuesta desde el otro lado de la puerta, no podía por menos que preguntarse qué demonios escondía su amiga, y a qué tanto empeño en negar la evidencia. Sin poderlo evitar y en lugar de regresar a su cama, se decidió a seguir insistiendo hasta conseguir al menos una respuesta aceptable.

—Laura… —dijo lo más dulcemente que pudo—. ¿Quieres hablar?

Laura escondió su diario en el bolsillo de la bata y abrió la puerta. No había ni rastro de lágrimas en sus ojos.

—No, Adela, no quiero hablar. Pero te lo agradezco. Y ahora si no te importa vamos a dormir, estoy agotada y necesito descansar para mañana.

Pasó de largo dejando a Adela parada a la puerta del baño como una idiota. Y sin decir nada más se metió en la cama. Adela dudó un instante, pero no tardó en imitarla. Una vez entre las sábanas comprobó que la medalla seguía bajo la almohada y trató de conciliar el sueño. No le fue fácil. Se sentía culpable por haber aceptado un regalo que pertenecía a Laura y estaba asustada por las consecuencias que pudiera tener. Decidió deshacerse de la dichosa medalla, o mejor encontrar el modo de devolvérsela sin quedar implicada en el asunto.

«Mañana pensaré en algo», se dijo y, sintiéndose más aliviada, fue poco a poco cayendo en el más profundo de los sueños. Cuando la realidad se disfraza de pesadilla, los sueños, sean los que sean, pueden servir de consuelo.

El agente Warden llegó muy tarde a casa, pero no se sorprendió al encontrar a su madre esperándole despierta en la sala de estar; ella nunca se acostaba hasta comprobar que su hijo volvía a casa sano y salvo.

—Jesús, qué día —dijo Augustus colgando la cartuchera en el perchero de pared tras la puerta y sacando, eso sí, la pistola, pues siempre dormía con ella junto a la cama, por si las moscas.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó la señora Warden.

—¿Qué tal ha ido?… Un cadáver decapitado en el Razor Inn y una mano cortada en la playa. Hoy debemos de estar entre las poblaciones más violentas del país.

—Y no solo eso —respondió la señora Warden desde su sillón mecánico, uno de esos que adoptan las posturas más cómodas y hasta dan masajes en la espalda con solo accionar un mando similar al de las camas de los hospitales.

—¿No solo eso? —preguntó Augustus.

—No, hijo no, además de esos horribles crímenes o tal vez precisamente debido a ellos, el Demonio ha vuelto a visitarme.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Esta tarde, en la cocina. Al parecer tenía hambre, por poco no se come toda la salsa de los cangrejos.

—Haberle dejado, yo he perdido el apetito con todo esto… ¿Y qué te ha dicho?

—No gran cosa, ya sabes cómo le gusta hacerse el misterioso, pero volverá y hablará, ya verás. En realidad es un bocazas, no puede evitarlo.

Augustus se fue a la cocina a por una cerveza fría. La presencia del Demonio en su casa no le intranquilizaba especialmente. De cuando en cuando su madre tenía

estos encuentros con el Maligno y así había sido desde que Augustus era niño. Por supuesto que él nunca lo había visto, pero eso no le hizo dudar nunca de la palabra de su madre: si ella decía que hablaba con el Demonio, para él era tan cierto como que el sol sale por el Este. Es más, con frecuencia, estos encuentros le habían sido de gran ayuda para resolver las pequeñas intrigas a las que le enfrentaba su oficio, y estaba convencido de que en este su primer caso verdaderamente misterioso, la ayuda de su madre y su conexión con lo que ella denominaba las otras realidades le iban a servir de gran ayuda. Augustus C Warden era un hombre pragmático y no creía en el más allá, ni en el vudú, ni en los ovnis, ni en nada que no pudiera tocar con las manos o derribar de un disparo, pero sí creía en su madre, en ella creía a pies juntillas y siempre le había ido bien así.

Sacó de la nevera una lata de Budweiser, la abrió y le pegó un buen trago. Su madre siempre tenía dos Budweiser heladas en la nevera para cuando él regresaba del trabajo; nunca más de dos, no le gustaba que su hijo bebiera demasiado. Por supuesto que del whisky de la petaca no decía nada, era un pequeño secreto que los dos conocían y escondían por deferencia mutua.

—¿Cómo era? —preguntó Augustus volviendo a la sala de estar.

—Vulgar —respondió su madre—, como un granjero analfabeto o un ex presidiario. Feo, rechoncho, tremendamente maleducado y cobarde, como siempre.

El Demonio rara vez se le aparecía a la señora Warden bajo el mismo aspecto, solo dos cosas se repetían de manera inexorable: siempre era un hombre y siempre era cobarde. Ella presumía de tenerle cogida la medida y su hijo no lo dudaba, la señora Warden era una mujer de gran carácter y no se achantaba frente a nada ni nadie. Augustus recordaba claramente la vez que siendo un crío, el Demonio trató de hacerle daño y cómo su madre le había puesto de patitas en la calle sin la menor de las contemplaciones. Recordaba claramente haberse despertado por los gritos en mitad de la madrugada para encontrar a su madre en el porche hablándole a la oscuridad de la noche y diciendo cosas que un niño no podría repetir, cosas que aún hoy le avergonzaría decir. Él, una vez más, no había sido capaz de verlo, no tenía ese don, pero su madre le contó que el Demonio tenía toda la intención de meterse en su cama y que se había visto obligada a sacarlo a patadas de allí, porque nadie por muy Demonio que fuese iba a molestar a su hijo ni de noche ni de día, al menos mientras ella estuviera viva, y puede que ni aun muerta. Desde entonces, Augustus había dormido siempre plácidamente sabiendo que su madre le protegía de lo desconocido; si dejaba la pistola en la mesilla, era para defenderse y para defenderla a ella de lo real. De esta manera se repartían el trabajo de velar por la casa: si a algún sinvergüenza de carne y hueso se le ocurría entrar, se encontraría con la Magnum de Augustus; si se trataba de otra cosa, un espíritu, un demonio o lo que fuera, se daría

de bruces con la furia de la señora Warden.

Augustus se sentó en el sofá y encendió la tele. A su madre no le gustaba nada la televisión y prefería pasar la noche leyendo revistas de jardinería o simplemente pensando en sus cosas, pero a Augustus le relajaba ver la repetición de algún partido antes de acostarse. Encontró el de los Michigan contra Notre Dame de la liga universitaria del pasado domingo; ya había visto el partido pero verlo en diferido le permitía concentrarse en la estrategia del juego sin la tensa distracción del resultado.

—¿Y dijo algo interesante? —preguntó.

—Ya sabes cómo es —respondió la señora Warden—, nunca dice nada claramente, le encanta hacer como que sabe más de lo que cuenta para llamar la atención, pero yo siempre he creído que es tonto de remate. Hace falta ser muy estúpido para alejarse de las huestes del Señor por voluntad propia y condenarse a una vida oscura, malvada y miserable. En fin, allá él. Si vuelve, intentaré sacarle algo que pueda servirnos en este horrible asunto, sé cómo hacerlo.

—No lo dudo —dijo Augustus.

—Es ya un poco tarde y me caigo de sueño —dijo la señora Warden levantándose del sillón anatómico—, pero mañana, si tiene tiempo, deberíamos volver a la pizarra y ponernos en serio con estos crímenes. Algo me dice que habría que parar lo que sea que esté pasando en Carnwell antes de que hagan daño a algún otro pobre muchacho.

—Por supuesto, agente Warden —respondió Augustus—. ¿Qué tal si mañana empezamos a darle vueltas con una buena taza de café?

—Es lo que había pensado —contestó la señora Warden—. No te quedes hasta muy tarde.

—En cuanto termine el primer tiempo me acuesto. Buenas noches, madre.

—Buenas noches, hijo mío, y apaga todas las luces, que si no se llena esto de mosquitos. ¿Este partido no lo habías visto ya?

—No, madre, este es nuevo —mintió Augustus.

—Pues sí que juegan tarde, no me parece bien que unos chicos tan jóvenes anden despiertos a estas horas.

—No te preocupes, madre, luego duermen hasta las tantas.

—Ah, si es así… No hay nada más importante para un chico que sus ocho horas de sueño, y eso va también por ti…

—Yo ya no soy un chico, madre, pero gracias.

La señora Warden besó a su hijo en la frente y subió a su dormitorio.

A Augustus no le gustaba mentir a su madre por pequeña que fuera la mentira, pero es que le encantaba ver su partidito de fútbol antes de irse a la cama. Aparte del trabajo y de cuidar de ella no tenía muchas más aficiones. Hay que decir que Augustus no había sido siempre como es ahora, que antes de la terrible enfermedad de su madre, salía más y tenía amigos, y hasta alguna amiga, sin embargo después de

lo que pareció en su día un cáncer terminal —así fue diagnosticado— y del sufrimiento y desesperanza que vivió en esos días oscuros y sus largas y aún más oscuras noches y de la posterior y, por qué no decirlo, milagrosa recuperación de la señora Warden, se juró no volver a dejarla nunca sola, y no ocuparse de otra cosa que de cuidarla con esmero hasta que el Señor la reclamara a su lado. El tiempo de vida del que disfrutaba junto a su madre desde entonces le parecía tiempo regalado, y sus constantes desvelos no eran sino su intento de pagar tan valiosa ofrenda.

CAPÍTULO XI

CUANDO todos los bares del muelle y todos los bares de Carnwell cerraban, solo había un sitio a donde ir: la pequeña taberna clandestina del viejo puerto. No tenía nombre y apenas desprendía luz por la diminuta ventanita de cristal esmerilado incrustada en la puerta de entrada. Rara vez iban los estudiantes por allí, y casi nadie en el pueblo sabía de su existencia; además, para poder entrar, Gran Jack tenía que saber quién eras. Gran Jack era el dueño y único empleado de la taberna, y era más que recomendable no molestarle en absoluto.

Lawrence vio la flamante Harley Davidson Electra Glide del camarero del Inferno aparcada en la puerta, golpeó con los nudillos y encendió un cigarrillo. Gran Jack abrió la ventanita y le dejó pasar. Gran Jack era hombre de pocas palabras y las pocas que sabía era mejor que no las dijera.

Lawrence entró en el oscuro tugurio y se sentó en la barra junto al camarero del Inferno. Aparte de ellos dos, solo había una anciana de unos ochenta años medio dormida frente a su vaso de ginebra.

—Joder, qué chula la moto —dijo Lawrence.

—Gracias, la verdad es que es un pedazo de máquina.

—Un día me tienes que dejar dar una vuelta.

—Cuando quieras.

—¿Cómo va todo? —preguntó Lawrence.

—Todo tranquilo —respondió el camarero.

—Espero que no demasiado, necesito algo de dinero.

—Llegas tarde, ha pasado Puck antes por el bar a recoger la recaudación. Deberíais poneros de acuerdo.

—No lo sabía, pero no pasa nada, luego se lo pido a Puck. De todas formas me apetecía dar una vuelta, hace una noche estupenda. Gran Jack, ponme una cerveza y un whisky, por favor, y otro ron con Coca-Cola para mi amigo.

—Gracias, Lawrence, pero es ya un poco tarde, estaba a punto de irme.

—Como quieras.

—Ah, le he dado trescientos a Puck, todo lo de hoy menos mi corte.

—No te preocupes, entre Puck y yo no hay engaño posible. Gracias en cualquier caso.

El camarero del Inferno se levantó, le dio un fuerte apretón de manos a Gran Jack a modo de despedida y caminó hacia la puerta. Al abrir se encontró con un hombre esperando al otro lado y como no lo conocía, se giró mirando a Gran Jack, que asintió con la cabeza, dando su aprobación y solo entonces se hizo a un lado para dejarle pasar. Después salió cerrando la puerta tras él.

El ruido de la potente moto al arrancar rompió por un segundo el silencio del bar,

mientras el nuevo cliente se sentaba en la barra cerca de Lawrence. Gran Jack le sirvió un vaso de zumo de naranja de bote y por un rato los dos bebieron casi hombro con hombro sin decir nada. El hombre era mayor y casi calvo aunque tenía cara de niño, vestía con un pantalón vaquero de peto, de esos que solo usan los granjeros. Lawrence no se había molestado en saludarle, pero lo conocía muy bien.

—Cada día vistes peor —dijo Lawrence mirándole de arriba abajo.

—Primo la comodidad —replicó el hombre—. En cualquier caso, si no te gusta, un día quedamos y me llevas de compras. Yo nunca he tenido paciencia para eso, pero siempre me ha gustado cómo vistes; podrías iniciarme en los misterios de la moda.

—Bah, mi estilo no te pega…

—¿Y tú qué sabes? He visto un programa en la televisión en el que con la ayuda de expertos convierten a un patán en un caballero en cuestión de horas.

—No te creas todo lo que ves en la tele, tú nunca serás un caballero.

—Supongo que no… En fin, cada uno es como es. ¿Cómo estás, Lawrence? Últimamente me tienes un poco preocupado.

—Bien… No, bien no…, estoy cansado, muy cansado.

—Ya me imagino, no digas que no te avisé. Si algo tiene la eternidad es lo mucho que cansa.

—No he dicho que no me avisaras, recuerdo todo lo que dijiste, pero he de reconocer que cuando hicimos el trato no pensé que acabaría tan harto de todo esto.

—Suele pasar, todos los que piden prestado creen que será más fácil pagar de lo que en realidad es. Sucede una y otra vez. Si te sirve de consuelo, los fantasmas sin cuerpo también se cansan, en realidad solo descansan los muertos.

—No me sirve de consuelo, pero agradezco tu interés…

—Cuido de mis clientes, ya lo sabes.

—Lo sé, de hecho nos cuidas demasiado. A veces me pregunto si existe una manera de librarme de ti.

—No la hay, así que no merece la pena que pierdas el tiempo pensándolo.

—Sé que no la hay, y aun así creo que me gustaría intentarlo.

—Allá tú, eres muy libre. Si te soy sincero, me gustaría que lo hicieras, no hay nada que me divierta más que perseguir a mis clientes hasta el mismísimo infierno. ¿Sabes qué? Yo también me aburro muchísimo, no me vendría mal un poco de acción.

—¿Me estás amenazando?

—Todavía no, aún no has hecho nada… Solo digo que me encantaría ver cómo intentas librarte de mí.

—No te preocupes que llegará ese día y serás el primero en enterarte, y ahora, si no te importa, me voy a descansar un poco.

—No me importa nada. Te acompañaría, pero tengo que charlar un poco con Gran Jack.

—A Gran Jack no le gusta mucho hablar, parece mentira que no lo sepas.

—Conmigo sí, Lawrence, conmigo habla por los codos. Es uno de mis mejores clientes. ¡Hala, a cuidarse!, que mañana hay baile.

—¿Vendrás? —preguntó Lawrence.

—¿Tengo pinta de ir a bailes de gala? No, mi estimado amigo, iras tú por mí, como siempre.

—Yo hace mucho tiempo que no voy.

—Ya, pero algo me dice que este año te mueres por acudir. ¿No es así? He oído que hay una nueva chica preciosa perdida por el campus…

—No es asunto tuyo —zanjó levantándose y disponiéndose a irse—. Ciao, Gran Jack —dijo Lawrence mientras salía por la puerta. Hablar con el Demonio le aburría profundamente y además llevaba una eternidad haciéndolo.

Gran Jack movió la cabeza en señal de despedida.

La noche estaba fresca y tranquila, Lawrence respiró hondo el aire salado del mar y, por un segundo y a pesar de los pesares, se alegró de estar aún medio vivo.

Augustus C Warden rara vez se despertaba antes que su madre y eso que se tenía por un pertinaz madrugador. Tanto es así que en más de una ocasión había pensado si su madre dormía de veras o si tan solo daba una cabezada antes de volver al alba a emprender la tarea. Únicamente en las jornadas de pesca podía disfrutar del extraño placer de saber a su madre dormida. Para pescar como Dios manda, así se lo había enseñado su buen amigo Raúl Canseco, hay que despertar a los peces. De manera que botar la barca antes del amanecer resultaba esencial. Esa mañana Augustus no llevaba caña, ni anzuelos, ni siquiera su viejo chaleco de pesca, y sin embargo iba a pescar. Había quedado con Raúl para costear la isla en busca del resto de los pedazos de ese pobre muchacho desaparecido. Algo le decía que un manco no se va así como así de viaje, y dado que en el hospital no tenían registrado a ningún Stephan Kosinski, ni a nadie sin la mano derecha, o la izquierda para el caso, lo más lógico era pensar que el chico había muerto y que en pedazos o casi entero bien podría estar aún flotando no muy lejos de la costa. Claro que también podía estar enterrado en la playa o distribuido en bolsas de basura por los contenedores o en el basurero municipal, emparedado, o reducido a cenizas y esparcido por el monte, pero por algún sitio había que empezar, y teniendo en cuenta que la mano fue pescada, no era descabellado pensar que lo que restaba del chico estuviese también en el mar.

Augustus dejó rodar el coche en punto muerto calle abajo para no despertar a su madre y no arrancó hasta llegar al cruce, lo suficientemente lejos de la casa. Por supuesto, había pasado una notita bajo la puerta de su madre explicándoselo todo

para no inquietarla. Si no se lo había dicho la noche anterior, había sido para evitar que la buena mujer se despertase a las cuatro de la mañana para prepararle los huevos con beicon, el café, el zumo de naranja y las tostadas crujientes con las que le regalaba cada mañana. Sabía que se enfadaría un poquito y que le reprendería con cariño como hacía siempre que Augustus, en vez de dejar que ella cuidase de él, decidía cuidar de ella.

La carretera estaba desierta y para cuando llegó al puerto deportivo, Raúl ya tenía la barca en el agua, el foco encendido y el termo de café y los bollos dispuestos. Así era siempre que salían a pescar, y ni una sola vez había conseguido sorprender a su compañero en mitad de los preparativos, por mucho que corriera.

—Buenos días, Augustus. Se hace raro esto de ir a pescar sin cañas.

—Buenos días, Raúl. Sí, se hace raro, venía yo pensando en lo mismo.

Warden saltó a la barca y Raúl arrancó el motorcito.

—¿Café? —preguntó mientras Augustus sujetaba ya la taza de plástico.

—Por supuesto, gracias.

Salieron a la bahía envueltos en la más completa oscuridad; solo se atisbaba la porción de agua desvelada por la luz del foco.

Ambos sabían que aquello era como buscar una aguja en un pajar, pero conocían bien las mareas, tenían unas cuantas horas por delante y nada mejor que hacer.

—¿De dónde demonios puede sacarse una espada de tan buena forja en estos tiempos? —preguntó Raúl.

—Hay unos cuantos sitios en Internet —dijo Augustus—, fundidores, coleccionistas, maestros armeros…, son caras y no es fácil dar con ellas, pero a un tipo lo suficientemente chiflado no le costaría demasiado.

—¿Qué edad dirías que puede tener nuestro chiflado en cuestión?

—Difícil de decir. Pero como tú mismo apuntaste ayer, yo me inclinaría a pensar que es joven. Dado que las dos víctimas son hombres jóvenes y descartando en principio un crimen de motivación sexual, diría que estamos ante una agresión entre pares y que la edad del asesino podría estar muy próxima a la de las víctimas. Pienso también, aunque son solo conjeturas, que la elección de las víctimas puede ser arbitraria: los dos chicos eran recién llegados, estudiantes de primer curso, por lo que me resulta difícil creer que tanto si el asesino es un estudiante como si es alguien de por aquí, hubiese tenido contacto previo o razones sólidas contra ellos.

—En el caso del chico del motel y teniendo en cuenta que había una chica de por medio, ¿descartas los celos? —preguntó Raúl.

—En principio sí. A no ser celos genéricos e imprecisos. Un novio o marido celoso no encarga una espada con meses de antelación y espera el envío mientras el otro sigue cepillándose a la novia. Además, como decía, el chico llevaba apenas dos días en Carnwell y tenía un solo registro en el motel, con lo cual descarto

premeditación, tanto para el encuentro sexual como, por consiguiente, para el asesinato. Ahora bien, podemos jugar con la idea de celos imprecisos e incluso de un caso de severa impotencia. Puedo imaginar a un muchacho reprimido o incapaz de establecer relaciones sexuales plenas que se aposta en un motel para vengarse de otro macho de la manada al que considera una amenaza, o por el que indirectamente se siente humillado. Ni que decir tiene que hay un componente fálico en la espada.

—Lo hay, claro está —coincidió Raúl—. En cuanto al modus operandi, ¿has encontrado alguna analogía?

—No realmente. Hemos cotejado casos y he encontrado otras espadas, sobre todo catanas japonesas que estuvieron muy de moda hace unos años, pero casi todos han sido ya resueltos, por cierto que los perfiles coincidían: chicos muy jóvenes, en ocasiones adolescentes, retraídos y con frecuencia con disfunción eréctil.

—Parece difícil de creer, ahora que el Viagra está a la orden del día. Claro que los vasodilatadores no solucionan profundos bloqueos psicológicos —dijo Raúl—. Como te dije, no es una catana sino una espada pesada de doble filo, o sea, un falo más grande.

—Exactamente, en cualquier caso creo que estamos ante el despertar de un asesino. No veo base para pensar en una conexión con crímenes anteriores, aunque sí con algunas leyendas locales.

—¿El Bebedor de Lágrimas?

—A eso iba. Aquí quien más quien menos ha oído hablar de ese supuesto crimen. Nunca fue confirmado y de eso hace ya casi cien años, pero había una espada de por medio y es un caso con indudable atractivo.

—Y muy romántico.

—Muy romántico y muy infantil y muy de Carnwell. Hay páginas web dedicadas a esta clase de crímenes y son bastante populares entre los chicos y chicas de todo el país y del extranjero. Dado que es un supuesto crimen local, diría que podría ejercer una fascinación mayor para alguien de fuera que para uno de nuestros chavales, y a esto hay que añadir el precio de una espada de estas características. Teniendo en cuenta la tasa de paro de Coversgate, no parece al alcance de nuestra población juvenil. Así que tal vez el asesino es también un estudiante de primer curso, o alguien que ha ido madurando la idea y conseguido la espada en cuestión y que se ha atrevido a dar el paso definitivo entre obsesión y consumación en su segundo, tercer o cuarto año. Por alguna razón, tal vez los rasgos de inmadurez con los que he perfilado a mi teórico sospechoso, vuelvo sobre la idea de que está más cerca del primer curso que del último, claro que hay gente que no madura nunca.

—Sobre todo hoy en día, con tanto videojuego y tanta película absurda. Los chicos ya no distinguen la realidad de la ficción —dijo Raúl—. Están todos medio idos. Lo veo por mis hijas: no leen un periódico, ni leen un libro decente así las

maten. Se pasan el día con esas noveluchas de vampiros.

—Pues a mi madre le encantan… —dijo Augustus.

—Pues no lo entiendo, tu madre siempre me ha parecido una mujer muy sensata.

Los dos hombres hablaban sin mirarse, con los ojos fijos en la porción de agua que iba iluminando el foco mientras la barca recorría la costa. Tenían la esperanza de encontrar algo cerca de las rocas al pie del acantilado, pues a menudo terminaban allí los restos de basura esparcidos por los barcos deportivos.

—¿Qué hay de cierto en la leyenda del Bebedor de Lágrimas, qué ocurrió exactamente?

—Es difícil de decir, hay una tumba en el cementerio, la de Irene Greensdale, la muchacha que se suicidó, pero está vacía; se arrojó al acantilado y su cuerpo se lo tragó el mar.

—¿Y el tal Lawrence?

—Cuentan que volvió a Hungría, a la tierra de sus ancestros. Vete tú a saber. En mi humilde opinión, se trata más de la leyenda de un crimen que de un crimen de leyenda, pero a los efectos es lo mismo. La leyenda existe, y para un joven trastornado puede servir de oscuro modelo.

—¿Qué fechas grabaron sobre la tumba de la muchacha?

Augustus sacó su pequeño cuaderno de notas.

—Déjame ver… Irene Greensdale, 1896-1914. ¿Por?

—Mil novecientos catorce —dijo Raúl—, no parece muy lógico que el tal Lawrence utilizase una espada: lo normal en esa época es que hubiese sido un sable.

—Según tengo entendido, Lawrence Kóbor, que así se llamaba el muchacho, provenía de una noble familia húngara, una vieja estirpe de guerreros que se remontaba a la quinta cruzada en el siglo XIII.

—Si nuestro chiflado sigue al pie de la letra la leyenda, tal vez podamos encontrar el rastro de una espada húngara del siglo XIII. No creo que tengan excesivo mercado ni que lleguen muchas a la oficina de correos de Carnwell.

—Ya lo he intentado —dijo Augustus—, pero en correos no tienen registrado ningún envío de esas características. Sea quien sea nuestro asesino, llegó aquí con su espada.

Al alcanzar el pie de la colina y sin aproximarse mucho por miedo a embarrancar, Raúl peinó con la luz las rocas de la rompiente, mientras Augustus trataba de distinguir entre las algas y la basura y los peces muertos, algo similar a los restos de un cuerpo humano.

—Vuelve para atrás —dijo.

—¿Dónde? —respondió Raúl sin saber hacia qué lugar apuntar el foco.

—Allí, junto a esa roca puntiaguda.

El forense, después de varias intentonas, acertó con el lugar exacto.

—¡Ahí hay algo! —dijo Augustus pasándole los prismáticos a su compañero—. En esa formación, bajo la roca puntiaguda, mira a ver qué te parece.

Raúl tomó los prismáticos y el agente Warden pasó a sujetar el foco. En efecto, había algo: un objeto redondeado cubierto parcialmente por las algas.

—Podría ser una cabeza —dijo Augustus.

—Y podría ser un balón de fútbol o una bolsa de basura, o… Es difícil de precisar. En cualquier caso no podemos acercarnos más, las olas nos estrellarían contra la rompiente. Habrá que bajar desde el acantilado, y no será sencillo.

—El agente Vommel puede hacerlo.

—¿Ese bobo?

—Ese bobo es un escalador federado y, según presume, bastante bueno.

—Jamás lo hubiera imaginado —dijo Raúl sujetando aún los prismáticos—. La verdad es que podría ser una cabeza…

—Volvamos.

Raúl giró la embarcación y puso rumbo al puerto.

—¿Pensaste alguna vez que te verías en una de éstas? —le preguntó a su amigo —. Un crimen múltiple en Carnwell, espadas y cabezas cortadas, se le hiela a uno la sangre.

—Para eso he traído el bourbon —sonrió Augustus pegando un traguito de la petaca antes de pasársela a Raúl—. La verdad —prosiguió— es que siempre había soñado con resolver un caso importante, pero ahora que me veo enredado en uno, no sé si me gusta tanto.

—Sé a lo que te refieres. Me paso la vida entre muertos y lo cierto es que por más que quieras acostumbrarte son una compañía muy extraña.

Adela despertó la primera, apenas unos minutos antes del amanecer, ese momento en el que lo negro se debilita suavemente y la oscuridad de la noche empieza a ceder por fin. Se aseguró de que Laura y Sara dormían, se puso unos shorts y una camiseta y salió de la habitación. Tenía que encontrar la manera de que Laura recuperase la medalla. Claro que podría habérsela entregado sin más, pero después de haberla ocultado hubiese tenido que dar demasiadas explicaciones y sin duda perdería la confianza de su amiga para siempre. Si algo sabía ya de ella es que no era buena idea tenerla como enemiga. Lo mejor sería dejarla en un lugar donde Laura pudiese encontrarla sin relacionarla en absoluto con el asunto. Si la medalla había sido de la hermana de Laura, sin duda la metomentodo señora Mills la recordaría, así que lo más fácil era dejarla sin que nadie la viera en la caja de objetos perdidos junto al mostrador del vestíbulo. La eficiente señora Mills se ocuparía del resto.

Tomó el ascensor principal para ir más deprisa, a esas horas no había riesgo de cruzarse con nadie.

Al llegar al vestíbulo, como no podía ser de otra manera, vio a la señora Mills tras su mostrador, parada allí como un capitán en el puente de mando.

«Tendré que encontrar la forma de sacarla de ahí por un segundo», pensó, y se acercó a la anciana.

—Buenos días, preciosa, parece que hemos madrugado.

—Buenos días, señora Mills. Sí, he dormido fatal, me duele mucho la tripa, es uno de esos días… Me preguntaba si no tendría usted algo en el botiquín.

—Pues claro, mi vida. Ésta es una residencia de señoritas, tenemos toda clase de calmantes ligeros. ¿Ibuprofeno o paracetamol?

—Ibuprofeno, por favor, el paracetamol no me hace nada.

—Voy por él.

La señora Mills entró en la pequeña oficina tras la recepción. Adela se inclinó sobre el mostrador para alcanzar la caja metálica de objetos perdidos. Era muy temprano y el vestíbulo estaba desierto, así que no había peligro de que alguien la sorprendiera. Abrió la tapa de la caja y hundió la medalla en el fondo, entre un revoltijo de libros, iPhones, iPods y prendas perdidas; parecía mentira que la gente perdiese tantas cosas en tan pocos días. Cerró la caja justo a tiempo de ver cómo la señora Mills salía de la oficina con dos pastillitas en la mano.

—No te puedo dar más, mi vida. En teoría nos tienen prohibido suministrar cualquier tipo de medicación, pero con esto llegarás a la farmacia del pueblo de sobra.

—Mil gracias, señora Mills, es usted un ángel.

—Estoy aquí para cuidaros, es mi trabajo. Hala, ya te puedes volver a la cama, que esta noche es el gran baile y querrás tener buena cara.

—¿Vendrá usted?

—Claro, nunca me lo pierdo. Ya verás, es una fiesta preciosa, ¿tienes ya el vestido?

—Supongo que sí, Laura se encarga de eso.

—Entonces seguro que estaréis las tres preciosas.

En eso llegó Carmencita, la asistente, y la señora Mills se puso a darle instrucciones no sin antes excusarse.

—Lo siento, mi niña, pero debo ocuparme de algunas cosas, hay tanto que hacer hoy.

—No se preocupe, yo también tengo mucho que hacer… —dijo Adela, y se alejó de la recepción. No tenía ganas de desayunar y no le apetecía nada volver a la habitación, de modo que decidió dar un paseo fuera de la residencia.

Era aún muy temprano y el jardín estaba casi vacío a excepción de dos o tres chicas haciendo jogging con los auriculares de sus mp3 puestos, y de Pete, el vigilante nocturno, que hacía las veces de jardinero. Su turno empezaba a

medianoche y se extendía hasta las ocho de la mañana, y si bien no le importaba cuidar del sueño de las chicas, era al alba cuando comenzaba lo que él consideraba su verdadero trabajo, que era por otro lado su verdadera pasión. El jardín de la residencia estaba precioso y Adela no pudo por menos que agradecer la buena mano de Pete para las flores y el exquisito cuidado con el que llevaba a cabo su labor. Bajo los árboles y entre los tres edificios de la residencia femenina crecían por doquier centros de amapolas y rosales de todas las variedades, mientras que los muros de las viejas casas se cubrían de hiedra y generosas glicinias. Ante tal espectáculo y en una preciosa mañana de septiembre, resultaba casi imposible no olvidarse por un instante de todas las preocupaciones.

Adela se dejó llevar por el jardín, que iba tomando una suave pendiente según se alejaba de la residencia y se encaminaba hacia la orilla del lago. Poco a poco fue sintiendo el frescor que la proximidad del agua le regalaba a la sombra de los olmos, y sin darse ni cuenta, distraída, llegó junto al pequeño embarcadero. El lago era en realidad una lengua de mar, formada por la costa y pronunciada por la construcción de un hermoso dique de piedra. Adela siguió andando hasta el final del jardín y subió el no muy pronunciado terraplén que culminaba en el principio del dique. Una vez allí y al final del espolón, vio la figura de un muchacho sentado frente a las olas. Como atraída por una fuerza dulce e invisible caminó hacia él y no fue hasta estar a menos de treinta pasos que creyó reconocer la figura. Si siguió andando hacia el muchacho porque estaba segura de que se trataba de Lawrence o precisamente porque necesitaba asegurarse de si se trataba o no de él no lo supo a ciencia cierta ni ella misma, pero el caso es que continuó acercándose, sin apenas hacer ruido hasta que estuvo a dos pasos de su espalda. Allí se detuvo sin saber qué hacer o qué decir, aunque como sucede a menudo cuando alguien nos mira atentamente por detrás, Lawrence se sintió observado y se giró.

El viento le removía los cabellos, ligeramente rizados, que le caían sobre la frente. Era más guapo aún de lo que Adela recordaba.

—Ah, eres tú —dijo sin rastro de sorpresa. Y poniéndose en pie se atrevió a cogerla de la mano—. Siéntate, por favor —le dijo con exquisitas maneras, y Adela solo pudo obedecer.

Se sentó cerca de él, tal vez demasiado cerca, debería haber tenido miedo, pero no lo tenía; es cierto que temblaba pero era por otras razones que ni ella misma entendía del todo.

—No llevas la medalla que te regalé.

—No se regala una medalla con el nombre de otra chica y que además ha pertenecido ya al menos a otras dos, ¿por qué me la diste?

—Trataba de romper un conjuro. Supongo que no fue buena idea.

Lawrence se quedó en silencio y ella se atrevió a preguntar:

—Lo hiciste, ¿no es cierto?

—¿Si hice qué?

—Esos muchachos, la espada, los horribles crímenes, no los he imaginado, eran reales, ¿no es así?

—Dímelo tú, estabas allí al fin y al cabo.

—Parecieron reales y sin embargo, ahora me parece todo un sueño.

—A mí me pasa lo mismo. Hace tiempo que no sé si todo esto no es más que una terrible pesadilla. Desde aquella noche en que Irene…

Lawrence no pudo acabar la frase, resultaba evidente que no era la vergüenza sino el dolor lo que le impedía seguir.

—Irene es esa chica que murió, ¿no? La que te traicionó…

—Sí.

—¿Y qué fue de ella?

—Nada, sigue aquí. Irene es Laura y antes fue su hermana Jenny, y antes su propia madre y antes… Irene nunca salió de Carnwell.

—No puede ser…, no creo en fantasmas.

—Yo tampoco, por eso prefiero pensar que es todo un mal sueño.

—En ese caso, yo también estoy soñando.

—O no, puede que te esté soñando yo.

—¿Por qué?

—Para librarme de Irene de una vez, para despertar o para dormir tranquilo, para siempre, para vivir o para morir de otra manera, para escapar de esta condena.

—¿Por eso me diste la medalla?

—Sí, necesito superarlo, como dicen los psicoanalistas, pasar página, poner mi corazón en otras manos, estoy cansado…

—Y para eso vale cualquiera…

—No, cualquiera no. Hay algo en ti… Lo vi desde el principio.

—Eso se lo dirás a todas.

—Cierto, pero ni yo mismo me lo creo. Contigo es diferente.

—¿Por qué?

—Porque estás aquí hablando conmigo para empezar, porque lo que vi en tus ojos al mirarme no era terror, porque yo mismo me sorprendí al mirarte y sentir algo que no pensé que mi corazón muerto pudiese sentir de nuevo.

—¿Y si estás loco y nada más? ¿Y si todo esto no es más que la invención de un chalado obsesionado por una antigua leyenda local?

Lawrence, lejos de enfadarse, se rio.

—Ojalá, entonces bastaría con que me delataras y acabaría mis días en la cárcel, o en la horca, y asunto solucionado.

—Ya no ahorcan a la gente, ahora se lleva más la inyección letal.

—Sí que ahorcan en algunos estados, y hasta fusilan, creo que en Michigan, pero tienes razón, la mayoría de las veces usan la inyección letal. Es igual, el caso es que si estuviese loco todo acabaría tarde o temprano en lugar de continuar eternamente. No creas que no he pensado en entregarme, pero no se puede matar a un muerto, es algo que ya he descubierto durante estos años. Joder, no será que no lo he intentado, pregúntale a Puck, se muere de la risa con mis suicidios.

—Y ese Puck es también…

—Sí, él también, aunque nadie sabe a ciencia cierta por qué ni de dónde ha venido. Es un buen amigo pero no le gusta que le hagan preguntas, y yo ya no se las hago.

—Esto te va a sonar estúpido —dijo Adela—, pero si fueseis de verdad fantasmas, ¿no seríais invisibles?

—Qué sabrás tú de nosotros.

—Nada, por eso te pregunto.

—Decidimos ser lo que somos, por más que ahora me arrepienta. No es tan difícil volver a tener un cuerpo, basta con pedírselo al que abre y cierra la puerta, y pagar el precio, claro está.

—¿Y quién demonios es ése?

—Ya te has contestado.

—Por Dios, creo que soy yo la que se ha vuelto loca por hablar en serio de estas cosas. Si me viera mi madre… Yo he venido a Carnwell a estudiar Arte y tal vez a conocer a un buen muchacho, no a enredarme con chiflados que creen en demonios y fantasmas.

—Un buen muchacho ya tenías.

—¿Cómo sabes eso? ¿Quién te ha dicho a ti…? ¿Qué te da derecho a meterte en mi vida?

—Lo sé, eso es todo, y sé también cuánto duele una traición.

—¡Esto es el colmo! —dijo Adela poniéndose en pie—. Un asesino múltiple que se cree un fantasma acusándome por una pequeña infidelidad.

—Dos.

—La segunda, mi querido muerto parlante, no llegó a producirse, si recuerdas bien.

—No porque no quisieras, ganas no te faltaban…

—¡Vete al carajo! Creo que me voy a ir derecha a la comisaría. No te fastidia, después de lo que has hecho, ahora resulta que soy yo la que tiene que estar avergonzada.

—No he dicho eso, y en cuanto a lo que he hecho, solo intentaba protegerte. Algunos chicos no son buenos.

—Ya, ¿y tú sí? Fantasma o no fantasma, estás loco de remate.

—Eso seguro, perdí la cabeza hace tiempo y desde entonces estoy tratando de recuperarla.

—Pues llevas buen camino.

—Tienes razón. Solo no puedo, pero con tu ayuda…

—Lo siento pero no sé cómo podría ayudarte, y tampoco sé si quiero… Tengo que irme y espero no volver a verte nunca, Lawrence.

—Eso no es posible, Adela, y ni siquiera creo que lo digas en serio.

—Tú qué sabrás sobre lo que yo quiero o dejo de querer. Me voy, Lawrence, y por favor no me sigas más.

—No pensaba hacerlo, en realidad serás tú quien me busque.

—Eres un presuntuoso, Lawrence.

—Y a ti te encanta repetir mi nombre…

Adela se calló su respuesta, se giró indignada y emprendió el camino de vuelta.

—Te veré en el baile, mi querida Adela —dijo él mientras ella se alejaba.

—El baile es solo para principiantes, mi querido Lawrence —respondió ella en un susurro que sin embargo él fue capaz de escuchar.

—Yo aún estoy empezando… —dijo finalmente el fantasma.

Mientras recorría el dique hacia el jardín, Adela no pudo evitar seguir repitiendo su nombre.

—Lawrence, Lawrence, Lawrence, mi queridísimo Lawrence… no sabes cuánta razón tienes…

CAPÍTULO XII

A Cody le costó un mundo alcanzar el tejado y no se mató de milagro. Para empezar, el ventanuco era muy estrecho y había que sacar medio cuerpo fuera para poder alcanzar la cornisa, tampoco ayudaba mucho el pesado de Sage, que no paraba de repetirle que la caída desde allí sería mortal. Estuvo a punto de desistir un par de veces, pero era una bolsa grande de la mejor marihuana y le había costado gran parte de sus ahorros. Claro que no pensaban fumársela toda, no estaban locos, su idea era vender por el campus para pagarse una estancia holgada durante el curso; era un negocio, y el negocio estaba ahora en lo alto del tejado y no había más remedio que ir por él. Cuando por fin superó la cornisa y aseguró los pies y las rodillas firmemente sobre las tejas inclinadas se atrevió por fin a levantar la cabeza para encontrarse a un tipo allí sentado fumándose un porro de su marihuana tan tranquilamente con la bolsa de plástico a buen recaudo en su regazo.

—¿Quién cojones eres tú? —preguntó Cody.

—Me llaman Puck —dijo Puck extendiendo su mano.

—Me importa una mierda cómo te llamen, esa bolsa es mía.

—Muy buena maría —dijo Puck dando una larga calada—, si vienes hasta aquí, todavía podemos negociar.

Cody subió hasta alcanzarle y se sentó a su lado.

—Qué buena vista. Mira, se ve hasta el faro —dijo Puck—. Siempre vengo a fumar aquí, es la mejor vista del campus y además siempre hay algún idiota que esconde su alijo entre las tejas.

—No pareces un tío muy grande —dijo Cody—, imagínate que te tiro rodando y me llevo mi maría.

—Preferiría que no lo intentases, pero allá tú.

Puck lo dijo con tal tranquilidad que Cody pensó que sería mejor hacerle caso.

—Lo mejor —siguió Puck— es que nos pongamos de acuerdo. Yo me quedo con lo suficiente para una semana y no le digo nada a nadie, y tú a cambio me vas tirando una bolsita cada diez o quince días. Lo justo para mi consumo personal, yo no me dedico al tráfico porque es un delito, como bien sabrás.

—¿Y cómo sé que ahí acaba la cosa? —preguntó Cody—. Una vez que se cede a un chantaje el tema puede no acabar nunca…

—No, conmigo no, yo soy muy de fiar. Pregunta por ahí. Con el bueno de Puck nunca hay problemas. Además, te irá bien tenerme como amigo, me conozco esto como la palma de mi mano.

—¿Estudias aquí?

—No, vivo aquí. Yo ya no estudio nada, ya lo sé casi todo.

Puck abrió la bolsa y sacó un buen manojo de hierba, pero no demasiada.

—Esto para mí —dijo—. Como verás no soy egoísta, en quince días me pones una cantidad parecida y así hasta final de curso. Creo que es un arreglo la mar de justo.

Después le pasó la bolsa a Cody, que no pudo sino dar las gracias.

—De nada, chico, ha sido un placer hacer negocios contigo. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Cody.

—¿Y el otro idiota de ahí abajo?

—Sage.

—Bien, Cody y Sage, ya os tengo fichados. Andad con cuidado y pasadlo bien. ¡Ah!, y la próxima vez utiliza la ventana del trastero en el último piso, es mucho más fácil. De hecho, te recomiendo que la uses ahora para volver a tu cuarto si no quieres romperte la crisma. Es esa de allí.

Cody vio la gran ventana en lo alto del tejado, dio de nuevo las gracias, guardó la bolsa bajo su camiseta y caminó a gatas hasta alcanzarla. Entró y cruzó el pasillo jalonado de las puertecitas del trastero. Sage seguía mirando por el ventanuco cuando Cody llamó a la puerta de la habitación. Sage abrió.

—¿Por dónde has vuelto?

—Ya te contaré —dijo Cody—. Aquí está la maría, bueno, casi toda… Por cierto, tenemos un nuevo socio… Se llama Puck y es un tío muy raro, simpático, pero muy raro.

La señora Warden estaba colocando las fotografías del crimen sobre la pizarra, pegándolas con puntos de cinta adhesiva de doble cara, cuando Augustus entró en la casa.

—Buenos días, agente Warden —dijo la vieja—. Mucho hemos madrugado esta mañana.

—No quise despertarla, salí con Raúl en la barca y hemos visto algo entre las rocas del acantilado; puede que no sea nada, pero puede tratarse de la cabeza del primer muchacho. He mandado a Vommel para allá.

—¿A ese idiota?

—Y dale… Es un escalador de primera. Voy corriendo a cambiarme.

—Espere un segundo, agente Warden. Creo que he descubierto algo en estas fotos —dijo.

—La escucho, agente Warden —Augustus tomó asiento frente a la pizarra en una mecedora mientras sujetaba su taza de café.

—El asunto es el siguiente —dijo la señora Warden cogiendo la lupa—. Si se fija bien en las marcas de tacón en la moqueta…

—Le escucho —dijo Augustus al ver que su madre paraba de hablar.

—He dicho: si se fija bien. No querrá verlo ahí sentado, mueva su culo hasta aquí.

—Lo siento, agente Warden, disculpe, no sé en qué andaba pensando.

Augustus se levantó y se acercó a la pizarra. Su madre continuó su exposición.

—Si se fija bien, verá que no todas las marcas son iguales.

—¿Ah no? —preguntó Augustus sorprendido—, pues creía haber revisado esas fotos con sumo cuidado.

Cogió la lupa y volvió a mirarlas, pero las encontró de nuevo idénticas.

—Yo las veo iguales —dijo.

—Tal vez en esas fotos que están tomadas desde arriba, pero mire estas otras tomadas más al ras. Hizo bien en variar el ángulo.

—Siempre lo hago —dijo Augustus, y se centró en las dos fotografías que su madre le indicaba—. Mmm… ya veo a qué se refiere: las huellas son iguales de forma pero la profundidad varía, hay una ligera diferencia en la profundidad de la huella sobre el pelo de la moqueta.

—Así es, creo que había dos mujeres distintas en la habitación, o que al menos dos mujeres distintas pasaron por allí.

—Podría ser una huella anterior, de otro huésped.

—No lo creo, estas moquetas sintéticas recuperan la forma muy rápidamente, a poco que pasen la aspiradora en ese tugurio se perdería la huella… Pienso que este crimen tiene al menos dos testigos, dos mujeres con zapatos iguales, con el mismo número de pie, pero de distinto peso.

—Bueno, siempre es más fácil dar con una de dos que con una de una. Pero sigo sin saber cómo encontrarlas.

—Yo diría —prosiguió la señora Warden— que se trata de un lío de faldas entre estudiantes de primer curso, y que las dos chicas que estaban en la habitación del motel conocen al asesino.

Augustus C Warden se quedó estupefacto.

—Un momento, agente Warden —le dijo a su madre—, ¿cómo demonios puede imaginar tantas cosas mirando las huellas de sus tacones al ras?

La señora Warden dejó escapar una risita; a pesar de la importancia del asunto en cuestión, no podía evitar divertirse un poco con este misterio.

—¡Por Dios, madre, esto es muy serio!

—Lo siento, hijo. La verdad es que he recibido una carta esta mañana. Alguien la echó por debajo de la puerta.

La señora Warden sacó del bolsillo de su vestido un sobre blanco en el que estaba escrito a mano y con una letra muy delicada: «Para la señora Warden».

Augustus tomó el sobre, se sentó en la mecedora y sacó la carta.

Estimada señora Warden:

Espero que estas líneas la encuentren bien, me dirijo a usted con referencia a un asunto de suma gravedad. Dos jóvenes estudiantes de esta nuestra universidad han sido asesinados y creo tener información decisiva al respecto. Esta misma noche durante el baile de inauguración y a las doce en punto exactamente una chica con un vestido azul cielo y una gardenia ligeramente azulada cosida en una cinta en su muñeca bailará con un apuesto muchacho en el centro de la pista. Ese muchacho es el asesino que su hijo anda buscando.

Atentamente,

Una amiga

—Malditas crías —dijo el agente Warden guardando la carta con cuidado—. Se creen que esto es un juego. No sé si tomarme en serio esta cartita.

—Ya te he preparado el esmoquin —dijo la señora Warden.

—¿El esmoquin?

—Claro, no querrás presentarte en el baile más elegante de Carnwell vestido de uniforme.

—Llamaré a los federales —dijo Augustus.

—No lo hagas —intervino su madre.

—¿Estás loca? Llegarán a Carnwell al mediodía, tengo que ponerles al corriente.

—¿Para que se cuelguen ellos la medalla, sin hacer nada? Ni hablar. Ve tú a ese baile y atrapa al asesino con tu gente: saldrás en los periódicos nacionales y puede que hasta en los informativos de televisión.

—Me importa un bledo la televisión.

—A mí no —dijo la señora Warden—, siempre he soñado con verte resolver un caso importante. Pero no es solo eso, imagínate que esta carta, como tú mismo has dicho, no es más que una tomadura de pelo, algún estudiante jugando con nosotros para divertirse; harías el ridículo delante de esos agentes tan estirados de la ciudad, ya sabes cómo miran a la policía local, no querrás que se rían en tu cara. Lo mejor es que te presentes en el baile con tu esmoquin inmaculado y tu pistola en la sobaquera y esperes acontecimientos.

—No querrás que empiece un tiroteo en una sala de baile llena de adolescentes —dijo Augustus asustado ante la perspectiva de presentarse armado en el baile.

—No sea humilde, agente Warden, con su puntería bastará con un disparo.

—No pienso disparar a nadie, madre.

—Ya… —dijo la señora Warden un poco decepcionada—. Tú lleva el arma por si acaso, ya sabes lo que dicen de las pistolas: es mejor tenerla y no necesitarla, que necesitarla y no tenerla.

Lo que más le gustaba a Puck, aparte de las series mundiales de béisbol, era merodear por el campus, y desde luego que no limitaba sus excursiones a la residencia de los chicos; allí solo iba a robar o a hacer negocios. Su favorita era sin duda la residencia femenina, allí también robaba y hacía negocios pero además podía mirar cómo las chicas se vestían y desvestían, y qué decir de las duchas del gimnasio, ese era su pequeño paraíso. Puck, a qué negarlo, era un fantasma mirón aunque no se culpaba por ello, ¿qué espíritu en su sano juicio no se sentiría atraído por tantos cuerpos en la flor de la vida? Ni Puck ni Lawrence eran invisibles, habían elegido no serlo, lo cual dificultaba un poco sus correrías, pero por otro lado las hacía más excitantes. Puck se conocía todos los pasadizos, sótanos y conductos de la ventilación de la residencia, al fin y al cabo había asistido a su construcción y a cada una de sus muchas reformas. Llevaba tanto tiempo medio muerto que apenas era capaz de recordar cuándo había nacido. Después de darse un buen paseo por los tejados, se atrevió a bajar al vestíbulo; tenía la sana costumbre de husmear por allí y rebuscar en la caja de objetos perdidos, un pequeño cofre siempre lleno de tesoros. Desde mp3 con la música más de moda hasta preciosa lencería que iba cayendo como la fruta desde los tendederos del patio. Por supuesto que no era fácil hacerse con tan apetecible botín. La insoportable señora Mills rara vez se permitía un descuido, pero si alguien sabía cómo distraer a tan concienzudo perro guardián, era Puck. Bastaba con hacer saltar la alarma de incendios para que la pobre señora Mills saliera de allí como alma que lleva el diablo buscando un fuego. Esta operación la repetía al menos una vez al mes, que era lo que calculaba que tardaba la caja de objetos perdidos en llenarse hasta arriba. El juego traía loca a la señora Mills y a la empresa de seguridad encargada de las alarmas de la residencia, que a lo largo de un curso revisaba más de diez veces toda la instalación.

Puck acercó su mechero a uno de los sensores del primer piso, antes de salir corriendo escaleras abajo. Conocía de sobra la reacción de la Mills, que siempre era idéntica. Nada más saltar la alarma, se metía en la oficina para tratar de encontrar en el panel de control el lugar del supuesto fuego, y después golpeaba el piloto por si fuera otra vez un fallo mecánico antes de tomar el micrófono del sistema de megafonía para dar a sus estudiantes las instrucciones pertinentes.

Tiempo más que suficiente para Puck, que entre el barullo y la histeria de las chicas corría hacia el mostrador con una bolsa de plástico en la mano y en un abrir y cerrar de ojos se vaciaba el contenido de la caja. Luego esprintaba hasta la puerta de salida y ya en el jardín se escondía detrás de un olmo a disfrutar del producto de su fechoría.

Ni una sola vez le habían atrapado, y en esta ocasión, tampoco.

Por supuesto que Lawrence, siempre tan serio, odiaba estas aventurillas infantiles de Puck, por eso hacía ya tiempo que no le contaba nada ni compartía con él los

beneficios de sus robos.

Puck se sentó a recuperar el aliento, lo suficientemente lejos del edificio, y abrió su bolsa.

«Joder, un iPad —se dijo—, qué suerte. De estos no tenía, claro que tendré que hacerme con un cargador…», jugueteó un poco con la penúltima joya de Steve Jobs y siguió mirando. Apartó la ropa a un lado, y se quedó solo con las braguitas y los sujetadores, no prestó mucha atención a los teléfonos móviles, tenía ya demasiados y de todos los modelos, guardó, eso sí, un par de novelas rosas para adolescentes porque le entretenían muchísimo cuando no lograba conciliar el sueño y estaba ya a punto de meter en la bolsa todo lo que no quería cuando encontró la medalla de Lawrence.

—¿Cómo demonios habrá llegado esto hasta aquí…?

La última vez que había visto la medalla colgaba del cuello de Laura. Lawrence se la había regalado hacía ya mucho tiempo, por más que se hubiese arrepentido luego, pero su amigo era un caballero y no hubiese osado quitársela. Además, sin la medalla Laura quedaría al descubierto y su sucesión de madres e hijas y hermanas ficticias sería por fin desvelada como lo que era: una larguísima patraña. La eterna juventud de Laura, antes Irene, dependía del amor de Lawrence y la prueba de ese amor era precisamente la medalla; sin ella, los años detenidos pasarían su factura final. El que abre y cierra la puerta cobraría cada segundo del tiempo prestado, pues ese y no otro era el trato. Y tal vez, con un poco de suerte, podrían por fin librarse de su más molesta enemiga. Puck se imaginó un futuro mejor para él y su amigo mientras se colgaba la medalla para no perderla.

«Lawrence se va a poner la mar de contento, y a la bruja de Laura le va a dar un síncope», se dijo. Después tiró a una papelera la bolsa con las sobras de su robo, se embutió toda la lencería que pudo en los bolsillos y se fue silbando con su nuevo iPad bajo el brazo.

No cayó en la cuenta de que sin el amor de Laura no había futuro posible para Lawrence.

El pobre Puck era un fantasma demasiado optimista y muy poco instruido.

Para cuando Augustus C Warden entró en la comisaría, la cabeza de Stephan Kosinski descansaba ya encima de su mesa envuelta en una bolsa de plástico transparente. Junto a ella estaba el agente Vommel, formidable escalador aficionado, vestido con su ropa de escalada, francamente llamativa, con su casquito aún puesto y una sonrisa de orgullo que le iba desde una oreja a la otra.

—Buen trabajo, Vommel —dijo Augustus.

—Pan comido, jefe —respondió el agente Vommel.

La eficiente Stella estaba en su escritorio, redactando ya un informe.

—Es el chico desaparecido, está un poco dañado pero encaja con la fotografía, no puede ser otro —dijo ella—. Y me juego la chapa a que el ADN de la mano que apareció en la playa coincide. Ya hemos pasado la nota a los federales, están en camino. Llegarán en el *ferry* de la tarde. Me va a gustar ver la cara que ponen, al saber que tú solito has encontrado la cabeza.

—Bueno, yo he bajado a por ella, y esas rocas son traicioneras… —dijo Vommel.

—Ésa es otra —añadió Stella—, si bajan ellos, seguro que se despeñan.

—Ya te digo —siguió Vommel, envalentonado—, si no conoces bien los salientes… Y luego está el musgo, como no te calces las botas de pies de gato adiós muy buenas. Afortunadamente había comprado las Rickman New Grip por Internet, son alemanas, no veas qué pedazo botas, tienen tanto agarre que se puede andar con ellas por el techo.

El agente Vommel levantó el pie izquierdo para enseñar sus superbotas alemanas, y Stella silbó de admiración.

Augustus no pudo por menos que tratar de rebajar la euforia de sus asistentes.

—Un poco de calma, muchachos, estamos delante de lo que queda de un cadáver, y no es más que un muchacho. Lo primero será llamar al médico forense y después comunicárselo a la familia.

—El doctor Canseco está viniendo —dijo Stella.

—Bien —respondió Augustus acercándose a la cabeza y abriendo con cuidado la bolsa como si se tratase del más delicado regalo de cumpleaños—. Pobre crío, a veces pienso que mi madre tiene razón al decir que hay un Demonio escondido detrás de cada crimen; resulta imposible pensar que un ser humano por sí solo y sin la ayuda del Maligno pueda hacer algo semejante.

Volvió a cerrar la bolsa con mimo y le puso un precinto.

—Yo me ocupo de la familia —dijo no sin pesar—. Alguien va a pagar por esto —añadió—, aunque sea lo último que haga en esta vida.

La casa que Puck y Lawrence compartían estaba en el puerto viejo, cerca del faro. Llamarla casa era tal vez un exceso de optimismo porque se trataba de una choza semiderruida donde antaño habían guardado la barca de salvamento en un tiempo en el que no existían los guardacostas, y los salvamentos los llevaban a cabo los propios pescadores. Claro que no todo era buena fe, a menudo los llamados salvamentos no eran sino rafias para tratar de recuperar los restos de un buque embarrancado, o las mercancías que el mar diseminaba por la costa después de un naufragio. Esta práctica, común a todos los pueblos costeros, no era considerada piratería siempre que la tripulación del barco en apuros estuviese a salvo, o muerta; esta segunda opción, claro está, facilitaba mucho las cosas.

La choza, una sencilla construcción de ladrillo con techo a dos aguas de madera,

no tenía otra finalidad que guardar la susodicha barcaza, de modo que carecía de cualquier clase de comodidades, pero dado que tanto Lawrence como Puck prestaban poca atención a necesidades mundanas, servía perfectamente a sus intereses, que no eran otros que pernoctar tranquilos, lejos de la curiosidad de sus vecinos. Como no tenía ventanas y los portones por los que salía la antigua barcaza hasta el mar estaban tapiados por dentro, la puerta de hierro al frente era el único acceso, y allí habían colocado un candado viejo y oxidado, pero funcional, del tamaño de un puño, así que no tenían por qué temer visitas indiscretas. A todos los efectos la casa de la barca ya no existía y si existía a nadie le importaba. De Pascuas a Ramos algunos estudiantes se apoyaban en el muro a beberse unas cervezas o a consumir cosas peores, pero no sucedía a menudo, pues por lo general el viento golpeaba fuerte y las olas estallaban contra las rocas anegando el caminito de la entrada. Además, el resto de la isla estaba lleno de escondrijos más amables.

Puck llegó hasta la choza esperando encontrar a Lawrence dentro. Eso significaría dos cosas: que no andaba por ahí metiéndose en más embrollos, y que podría enseñarle su hallazgo.

Se alegró al ver que el candado estaba ligeramente abierto, señal inequívoca de que su buen amigo estaba allí, así que entró en la casa contento como unas castañuelas.

—Mi querido Lawrence, ¿a que no sabes qué me he encontrado?

—Creo que sí —respondió Laura desde la semioscuridad de la choza, que no tenía más luz que la que entraba por la puerta.

Es difícil precisar si a los fantasmas se les puede helar la sangre, y está claro que no se asustan fácilmente, pero la presencia de Laura en su santuario dejó a Puck petrificado.

—¿Cómo has entrado?

—Siempre he tenido esta llave, Puck, recuerda que conocí a Lawrence antes que tú.

—¿Qué haces aquí…? —balbuceó—. Lawrence podría regresar en cualquier momento…

—¿Y te crees que le temo? Qué poco me conoces… He venido a recuperar lo que es mío, y mira por dónde ha sido más fácil de lo que pensaba. Dámela.

—¿Y si no me da la gana?

—¿Y si organizo una buena caza de fantasmas?

—La gente no cree en fantasmas, ya deberías saberlo a estas alturas.

—Puede que no, pero la gente, y sobre todo la policía, sí cree en traficantes de drogas, ladrones y asesinos, y no les gustan nada.

—Yo nunca he matado a nadie.

—Puede que tú no, Puck, no tienes los cojones, pero tu amigo Lawrence lleva ya

unos cuantos y no solo en el pasado, el muy idiota ha vuelto a las andadas. ¿Cuánto crees que vais a poder esconderlo? No solo sois fantasmas, mi querido Puck, también sois delincuentes y hay drogas aquí dentro para encerraros para el resto de vuestra miserable semivida, que como bien sabes puede ser muy pero que muy larga. Y que yo sepa hace tiempo que no sabéis atravesar paredes. Nunca entenderé por qué decidiste volver a la condena de la carne, Puck. Lawrence lo hizo por mí, pero no sé qué ganabas tú.

—Es muy aburrido mirar sin que te vean, Laura, y querer sin que te quieran… Tú deberías entenderlo mejor que nadie.

—No sé de qué me hablas —mintió Laura confiando en que la oscuridad ocultase el brillo de las lágrimas en sus ojos—. Y ahora dame mi medalla de una maldita vez…

Puck se soltó la cadenita del cuello y le entregó la medalla.

—Gracias —dijo Laura tratando de recomponerse—. Ahora siéntate que tenemos que hablar.

—¿De qué? —preguntó él sin sentarse.

—¡Te he dicho que te sientes!

Puck obedeció.

—Vamos a ver —dijo Laura—, ¿se puede saber de dónde demonios has sacado mi medalla?

—Es de Lawrence —se atrevió a replicar.

—No, es mía, él me la dio. Lleva mi nombre.

—¿Cuál de ellos…?

—No te hagas el listo, Puck, no va contigo. Sabes que es mía, que siempre fue mía…

—Te la dio cuando te quería porque te quería, pero de eso hace ya mucho tiempo, y ya no te quiere, Laura, no te engañes más.

La chica se negó al encajar ese golpe, llevaba años negándose y no iba a cambiar ahora.

—Eso tú no lo sabes, eso no lo sabe ni él, y además me importa un bledo: la medalla sigue siendo mía. Y ahora contesta de una maldita vez a mi pregunta. ¿A quién se la has robado?

—No la he robado, la encontré en la caja de objetos perdidos de tu residencia.

—Eso también es robar.

—Técnicamente no —dijo Puck.

—Técnicamente te voy a hacer la vida imposible como no dejes de tomarme el pelo. Sabes que sin esta medalla estaría perdida.

—Pues no habértela dejado quitar, Laura, es todo culpa tuya.

—Me la robaron. Ese niñato del primer curso me la quitó sin que me diera ni

cuenta.

—Si no fueses tan zorra, no te pasarían estas cosas.

—Si Lawrence volviese a mi lado, nada de esto pasaría… Solo trataba de llamar su atención.

—Despierta, Laura, lo vuestro terminó hace tiempo, y además ha encontrado a otra.

A su pesar ella no tuvo más remedio que encajar esta puñalada en el centro del corazón. Su tono de voz se volvió gélido.

—¿Quién, esa pueblerina? No me hagas reír.

—A mí me parece una chica muy mona.

—Eres un idiota, Puck, siempre lo has sido, y no sabes nada de Lawrence, ni de mí. No pienso perder más el tiempo contigo, ya tengo lo que vine a buscar. Procura no cruzarte más en mi camino.

Laura se dirigió hacia la puerta.

—Vale, lárgate —dijo Puck—. Yo también tengo mucho que hacer.

La joven se detuvo en el umbral y sin darse la vuelta añadió:

—Una cosa más… Dile a Lawrence que no se acerque al baile.

—¿Y si él quiere ir? —preguntó Puck arrogante—. Ese baile le trae tantos recuerdos…

Laura, parada en la puerta, contestó sin ira.

—¿Y crees que a mí no…? Pero es peligroso. Por nada del mundo debe venir, dile que yo vendré a verle cuando todo termine.

—No quiere verte, Laura. Acéptalo de una vez por todas. Si quiere ir al baile, irá, pero en esta ocasión no será por ti.

—Tú solo dale mi mensaje…, por favor.

—Mi pobre Laura, llevas cien años sin escuchar. Cuando te llamabas Irene, esa que sería, ¿tu bisabuela? No, no eres tan vieja, tu abuela… Pues bien, ahí dejó de quererte y empezó a odiarte con todas sus fuerzas, odió a tu supuesta madre, ¿cómo se llamaba ésa? Ah sí, Daphne, y odió a tu supuesta hermana, Carla, y luego a tu otra hermana, Jenny, y te sigue odiando ahora, Laura, y cuanta más prisa te das en volver a Carnwell, más te odia. Y le da igual el nombre que te pongas, porque siempre eres la misma. La misma muchacha inconsciente y cruel que faltó a su promesa, la misma que le destrozó el corazón.

—¡Basta, Puck! No sabes nada de amor. Lawrence y yo estamos condenados a estar juntos y nada ni nadie cambiará nuestro destino. Puede que pasen mil años, pero Lawrence terminará por perdonarme y todo volverá a ser como antes.

—¡Qué bonito! —se mofó Puck—, no sigas que voy a echarme a llorar…

—Eres un cretino.

—Dime algo que no sepa, preciosa… En fin, te veré esta noche, con tanto hablar

del maldito baile de inauguración me han entrado ganas de ir a mí también.

Laura salió de la choza ignorando con desprecio este último comentario, convencida de sus propios buenos deseos. A veces, para conseguir lo que uno quiere basta con desearlo fervientemente y tener paciencia. Laura llevaba cien años esperando el perdón de Lawrence y podía esperar unas horas más. «Todo saldrá bien», pensó, a pesar de que a ella misma le sonó más como una plegaria que como una certeza.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver… —dijo Puck sin importarle si ella aún podía oírle. Después cerró la puerta y se sentó en la oscuridad a jugar con su iPad nuevo. Por supuesto, lo primero que hizo fue comprobar los resultados de la liga de béisbol, pero no encontró buenas noticias.

—Mierda, los Red Sox han vuelto a perder, este equipo no levanta cabeza… ¿Cuándo se darán cuenta de que sin un pitching de verdadero nivel no hay nada que hacer? Otra vez nos van a pasar los Yankees por encima.

CAPÍTULO XIII

EL baile de inauguración era, junto a la ceremonia de fin de curso, la fiesta más importante del calendario académico, con la enorme diferencia de que la primera estaba llena de expectativas mientras que en la segunda se podía sentir ya el peso de la lista de decepciones acumuladas durante el año. El baile era la presentación de credenciales de los estudiantes, y el momento del encuentro oficial de las dos residencias, la masculina y la femenina, a pesar de que en el pueblo cada uno se mezclara con quien fuera según su libre albedrío. El baile tenía algo decimonónico, un aroma de antigua tradición, que junto al solemne escenario —la sala de conmemoraciones de la universidad con sus paredes de roble, sus ventanales frente al mar, sus cortinas de raso— conseguía por una noche una suerte de encantamiento que hacía que los estudiantes abandonaran momentáneamente sus burdos modales y sus limitadas aspiraciones y simularan, aunque fuera con torpeza, cierta elegancia. Por otro lado era el único momento del curso en el que se podía encontrar a un chico bien duchado, bien peinado y vestido al menos con chaqueta y corbata. El baile estaba reservado a los estudiantes de primero, por más que siempre terminase colándose algún espabilado y alguna lista de los cursos superiores en busca de carne fresca. También los chicos más audaces del pueblo tenían la costumbre de intentarlo, aunque no siempre con éxito.

En general, durante el año, regía una política no escrita de profundo desprecio entre los estudiantes de Carnwell —una pequeña élite económica al fin y al cabo dados los costes de matriculación y residencia—, hacia los paletos, como llamaban a los jóvenes nativos, por más que en asuntos de sexo y comercio muchos de esos chicos y chicas despreciados satisficiesen a las mil maravillas las necesidades de los niños ricos, como los llamaban en el pueblo. Claro está que este desprecio funcionaba exactamente igual a la inversa. Los jóvenes del pueblo se reían de los cursis de la universidad, pero no dudaban en aprovecharse de ellos si tenían la ocasión. Así las cosas, esa línea invisible entre clases se difuminaba constantemente y en esa zona neutra se intercambiaban favores y prebendas, como por otro lado ha sucedido desde el principio de los tiempos.

Rara vez los estudiantes tenían novios o novias, o amigos o amigas que lucir a la luz del día entre los chicos del pueblo, pero llegadas ciertas horas de la noche, era casi imposible distinguir entre los unos y los otros.

En cualquier caso, la noche del baile era una velada como ninguna otra y tenía por lo tanto reglas distintas. No en vano significaba la primera y mejor ocasión para muchas de las chicas del campus de comenzar a soñar con encontrar a ese futuro médico, político o empresario eminente, o a ese apuesto heredero, o incluso, puestas a imaginar chifladuras, a ese encantador príncipe europeo, pues allí habían estudiado al

menos media docena de vástagos reales a lo largo de los años, claro está que muchos de ellos sin corona que ponerse, pues apenas iban quedando ya monarquías activas en la vieja Europa. Es de suponer que en la residencia de los chicos también se harían planes para el baile, pero seguramente estos eran más sensatos y realistas, y puede que mucho más prosaicos, aunque justo por eso, bastante más honestos.

Adela, por su parte, no había llegado a Carnwell soñando con el príncipe azul, sino con una vida excitante comandada por ella misma, y también, sería injusto negarlo, con una buena educación que le permitiera cambiar el rumbo de su existencia a su antojo. Adela soñaba, y tal vez en eso era más ilusa que muchas de sus arribistas compañeras, con una vida interesante. Claro que no era la única, de Carnwell no habían salido solo señoritas bien casadas sino también mujeres eminentes, lo cual traía hasta la universidad, cada año, a mujeres jóvenes con muy nobles ambiciones personales y profesionales. Sería injusto tildar a todas las estudiantes de cursis casamenteras y a todos ellos de insensibles depredadores. En Carnwell, como en cualquier otra universidad, cada cual era al tiempo parte de una impresión general, más o menos tintada de prejuicios, y su propio asunto perfilado por muy variadas aspiraciones individuales. Carnwell no era muy distinta en eso, en nada en realidad, al resto de instituciones de su clase, y si no se puede juzgar al bulto a los jóvenes de Harvard o Yale, tampoco se puede pintar de un solo color y un único brochazo a los variopintos jóvenes de Carnwell. Para cada uno de los muy diferentes estudiantes, el baile de inauguración era la gran oportunidad de descubrirse mutuamente y tal vez incluso a sí mismos, lo que contribuía a darle a este primer evento oficial del curso un aire de importancia.

También era una fecha señalada para Lawrence, aunque por muy distintos motivos. Allí había visto a su amada Irene bailando el vals en los brazos de otro hombre.

Lawrence podía recordar claramente el momento en el que, pegado a la gran cristalera de la sala de baile, confirmó la terrible sospecha que le trajo por primera vez en una noche de tormenta, pronto haría cien años, hasta Carnwell, el lugar del que ya nunca habría de salir. Quién se lo hubiera dicho cuando despidió a Irene en la estación, al fin y al cabo los planes para la boda ya estaban en marcha, y los estudios de Irene en Carnwell, a los que Lawrence no solo no se opuso sino que alentó, no debían de haberlos separado más de tres años, el tiempo que ella le había pedido para tratar de alcanzar una sólida formación. Irene, como otras jóvenes excepcionales de su tiempo, soñaba con ser algo más que una mujer bien casada. En contra del criterio de su padre pero protegida por su madre, había decidido ser una mujer moderna, y al igual que aquellas mujeres que admiraba —la sindicalista Jane Addams, la periodista Ida Barnet, o su adorada Louise Bryant, amante del comunista John Reed—, consideraba esencial hacerse con una buena educación en humanidades que le

permitiese acceder a un criterio propio e incluso a una opinión. La palabra independencia era muy grande para una jovencita de la alta sociedad de principios de siglo, y precisamente por ello, muy grande su atractivo. Lawrence, como se ha dicho, compartía con entusiasmo las ideas de Irene, y fue su mejor aliado en la empresa. Las ansias de aprendizaje e independencia de su prometida despertaban toda su admiración y ningún recelo. Por eso la despedida en el andén cuando ella partía hacia la costa rumbo a Carnwell no fue triste sino esperanzada, y si bien Lawrence penaba lógicamente al verla partir de su lado, el coraje de su amada le animaba en la tarea de aguardar con paciencia su regreso. También él tenía planes, y a pesar de disfrutar de una vida más que holgada y un futuro asegurado por herencia, soñaba con valerse por sí mismo y ser el responsable de su propio destino, razón por la cual llevaba ya dos años de aprendiz en una oficina de patentes. Lawrence no soñaba despierto, sino que tenía un plan concienzudamente trazado: esos tres años que Irene se disponía a emplear en su formación debían servirle a él para empezar a hacerse un nombre en el comercio de tecnología europea pues pensaba, con razón, que el siglo que comenzaba sería el tiempo del desarrollo tecnológico, tal como lo definía su padre, que al fin y al cabo había hecho su fortuna con el ferrocarril, el tiempo de la velocidad. Animados ambos por la excitación de futuros deslumbrantes, la partida de Irene para Carnwell estuvo, por decirlo de algún modo, animada por grandes esperanzas y ni por un momento pudo Lawrence imaginar lo que se avecinaba, menos aún la rapidez con la que iban a suceder los más nefastos acontecimientos.

En 1914, el año en el que Irene comenzó sus estudios en Carnwell, los estudiantes, y en especial las señoritas, pasaban los meses de verano en la residencia universitaria preparándose para el curso lectivo, organizando sus estancias, en las cuales instalaban sus propios muebles, cortinas y ajuares, y conquistando socialmente el entorno, de manera que el baile de inauguración no marcaba el primer encuentro entre la pequeña comunidad sino la confirmación de sus primeros logros y la presentación de sus proyectos vitales. Así los petulantes se presentaban como tales, los poderosos mandaban ya señales de su poder, las casamenteras comenzaban a mostrar su disposición y las mujeres rebeldes adelantadas a su época daban terribles muestras de sus ansias de libertad. Irene, para desgracia de Lawrence, se encontraba entre ellas, y cabría decir que a la vanguardia de este selecto y pequeño grupo. Desde las primeras cartas que Lawrence recibió aquel desafortunado verano, supo que algo iba mal, que Irene se había visto cegada por su tan ansiada independencia, que era víctima del mal de altura. Al poco de llegar ya era alumna aventajada del clan de mujeres liberales, una cofradía de revolucionarias de izquierda que aderezaba sus reuniones con lecturas poéticas y soflamas políticas que hubiesen ruborizado al resto de las estudiantes y escandalizado a sus propios progenitores. En esas primeras cartas, poco o nada se hablaba de amor, y lo único que Irene parecía querer compartir

con Lawrence era su desbordante entusiasmo ante una nueva vida, que en nada se asemejaba a la rancia experiencia vital de las mujeres oprimidas de su entorno. Lawrence no tenía nada en contra del fin de las viejas tradiciones, y respetaba las visiones políticas y sociales de su prometida, pero temía que esos vientos de libertad la alejasen de su lado y que la borrachera de nuevas y arriesgadas experiencias se llevase por delante el único compromiso que a él le importaba de veras: aquel que habría de unir su destino con el de la mujer que amaba. En fin, que a Lawrence le parecía todo muy bien, menos que Irene le dejara de lado. Por eso fue creciendo en él la ponzoña de la duda, y claro está los celos; por eso reclamó sin éxito una confirmación de su mutuo compromiso amoroso; por eso tal vez se excedió en sus misivas presionando a Irene, exigiendo incluso que cesase en sus distracciones y mostrara una entrega incondicional como la que él ofrecía; por eso, tras recibir tres últimas cartas breves, frías y dolorosamente despersonalizadas, cruzó Lawrence el país para enfrentar a su prometida con las cláusulas de su promesa; por eso llegó de noche, bajo la tormenta y por sorpresa hasta las cristaleras de la sala de baile.

De lo que hace un joven enamorado hasta los tuétanos al saberse traicionado poco podemos enjuiciar, es bien sabido que la pasión calla la razón y que el dolor y el orgullo mezclan rematada y violentamente mal. De lo que hace un joven enamorado que viaja con una espada escocesa de doble filo, arrancada del blasón de su familia, envuelta en su abrigo a través de todo el país para ir a reclamar un juramento amoroso temiéndose ya (o más bien convencido de) un engaño habría algo más que decir. Lo cierto es que Lawrence no se volvió loco al llegar y ver lo que vio, sino que salió ya trastornado por los celos hacia Carnwell, y que la palabra que acompañaba al ruidoso traqueteo incesante del tren que le llevaba hasta allí, y la palabra que el viento agitaba sobre la cubierta del *ferry* al cruzar el mar hasta Coversgate, no era otra que VENGANZA.

Habían pasado casi cien años desde entonces, y la disposición de Lawrence antes de este su enésimo baile de inauguración en Carnwell había cambiado a la fuerza. Entre ese Lawrence de antaño y este de ahora se extendía una distancia muy larga. Lawrence estaba por fin preparado para olvidar y tal vez incluso preparado para amar de nuevo y de otra manera.

En eso mismo andaba pensando él, en amar de nuevo y desde luego de otra manera, mientras se arreglaba para el baile. La respuesta a las dos preguntas más inmediatas era sí.

Sí, pensaba asistir al dichoso baile y tenía sus buenas razones para haberlo decidido. Y sí, los fantasmas se arreglan en las ocasiones importantes y en eso estaba Lawrence cuando sonó el teléfono. A Lawrence, al contrario que a Puck, no le gustaban los móviles ni la tecnología moderna, el único teléfono que tenía era el viejo teléfono fijo de la choza. Estaba allí desde que lo instalaron en 1930, cuando la barca

de salvamento aún existía, y los pescadores se turnaban para las guardias.

Por alguna razón, nadie se había molestado en cortar la línea, y la factura pasaba directamente al ayuntamiento. Como casi nunca se usaba, jamás llamó la atención de los contables. De hecho, solo una persona sabía el número aparte de Puck y Lawrence: Gran Jack. El que abre y cierra la puerta también lo conocía, pero no era exactamente una persona.

Descolgó el teléfono. Al otro lado, como era de esperar sonó la voz de Gran Jack.

—¿Lawrence?

—Al aparato.

—Necesito que te pases por aquí.

—¿Ahora?

—No, la semana que viene, ¿en qué cojones estás pensando?

—Lo siento, Gran Jack, me estaba preparando para el baile.

—Ya bailarás luego. Te quiero aquí en quince minutos, será solo un segundo, no te preocupes.

—Voy para allá —dijo y colgó el teléfono.

Gran Jack hablaba poco y cuando hablaba era por una buena razón. Lawrence y Puck llevaban años distribuyendo la droga de Jack en Carnwell y jamás habían tenido un problema ni una conversación que durase más de un minuto escaso.

Había quien contaba que Jack fue uno de los asesinos del corredor de la muerte fugados durante el motín de la cárcel de Nuevo México en los ochenta, pero nadie sabía a ciencia cierta de dónde había venido, y nadie se había atrevido a preguntarle.

No eran más que las seis, pero la luz del interior de la taberna estaba encendida. El bar de Gran Jack no tenía hora de apertura fijada porque no cerraba nunca.

Tocó en la puerta con los nudillos y Gran Jack abrió al instante.

—Gracias por venir —dijo.

Lawrence entró y no vio a nadie, la taberna estaba vacía.

—Ven a la oficina —dijo Gran Jack—, ya verás qué gracioso.

Siguió a Gran Jack por un estrecho pasillo que llevaba a lo que él llamaba su oficina aunque era en realidad también su casa. Una pequeña habitación sin ventanas con una vieja mesa metálica de oficina, una cama plegable, un televisor de tubo de doce pulgadas y una caja fuerte que ocupaba toda la pared.

Al entrar vio a dos niñatos en pie y una bolsa de lo que parecían ser seis onzas de marihuana sobre la mesa.

—¿Te lo puedes creer? —dijo Gran Jack—. Estos capullos han tratado de vender en mi casa.

—¡Qué huevos! —dijo Lawrence—. Empecemos por el principio, ¿cómo os llamáis?

—Él se llama Cody —dijo Sage.

—Y él se llama Sage —dijo Cody.

—Un placer conocerte, Sage —dijo Lawrence dándole la mano al primero—, y un placer conocerte Cody —estrechando la del segundo—. Os habéis metido en un buen lío, chicos.

—El placer es nuestro —contestaron a la vez, y es que a pesar de estar iniciándose en el tráfico de sustancias ilegales, eran dos jóvenes muy educados.

—¿Y cómo demonios han entrado aquí estos dos payasos? —preguntó Lawrence mirando al Gran Jack.

—Dijeron que venían de parte de Puck.

—Ah, eso lo cambia todo.

—Es cierto —dijo Cody—, somos socios de Puck.

—¿Y sabe Puck que estáis aquí?

—En realidad no. Vinimos por nuestra cuenta.

—Ah, eso lo vuelve a cambiar todo otra vez, y para mal.

—¿Nos van a matar? —preguntó Sage.

—Nosotros no —contestó Lawrence—, pero seguramente Puck sí. ¿Has avisado a Puck? —preguntó Lawrence a Gran Jack.

—No —dijo Cody—, como le he dicho, vinimos por nuestra cuenta…

—A ti nadie te ha preguntado —le interrumpió Lawrence.

—Puck está de camino, lo llamé antes que a ti, pero ya sabes cómo es —intervino Gran Jack.

—Bien —dijo Lawrence—, tenéis unos minutos antes de que llegue y os descuartice. Mi amigo Puck parece muy simpático, pero en realidad le encanta descuartizar a la gente, de hecho lleva años haciéndolo.

—¿Unos minutos para qué? —preguntó Cody.

—Unos minutos para que me contéis algo tan interesante que salve vuestras vidas.

—¿Qué quiere que le contemos? —prosiguió Cody.

—Lo que sea, pero que resulte interesante, algo que os haya pasado en Carnwell. Me gusta saber todo lo que sucede por aquí.

—¿Por qué?

—Información es poder.

—Cuéntale lo del policía —intervino Sage.

—Eso podría valer… ¿Qué policía? —preguntó Lawrence.

—Creo que se llamaba Warren… —dijo Cody.

—Warden —le corrigió Lawrence—, sigue, me interesa…

—Eso, Warden. Vino a nuestra habitación, andaba buscando a nuestro compañero de cuarto, un tal Stephan, solo lo vimos el primer día y desde entonces no ha vuelto.

—¿Y qué le dijisteis?

—Nada, no sabíamos nada. Nos instalamos en la residencia juntos, salió por la noche y nunca regresó.

—Y Warden, ¿os ha vuelto a molestar?

—No, nos dijo que le llamáramos si nos enterábamos de algo, nos dejó una tarjeta y todo.

—¿Y os habéis enterado de algo?

—En realidad no, pero hemos oído que encontraron una mano cortada en la playa. Y uno de nuestro edificio dijo que el tal Stephan estaba muerto y que la mano era suya.

—Me vais a hacer un favor, y si lo hacéis bien, os dejaré ir —dijo Lawrence—. A ver, Cody, tú que pareces el más espabilado, saca tu móvil y llama a ese número que te dio Warden.

—No llevo la tarjeta encima —dijo Cody.

—Ni falta que hace, es el número de la comisaría. Yo mismo te lo marco.

—¿Y qué digo?

—Pregunta por el agente Warden. Dile que crees haber visto a Stephan en el campus.

—Eso no es verdad.

—No, no lo es, si lo fuera no tendría gracia, ¿no crees? Anda, dame tu móvil.

Cody obedeció, Lawrence marcó el número de la comisaría, puso el altavoz y le devolvió el teléfono.

—Comisaría de Carnwell, ¿dígame? —era la voz de Stella.

—Buenas tardes, quería hablar con el agente Warden.

—El agente Warden no está, ¿quiere dejarle algún mensaje?

—Creo que he visto a Stephan en el campus. El agente Warden me dijo que le llamará si…

—¿Stephan Kosinski?

—Creo que sí… el chico desaparecido…

—Eso no es posible —dijo Stella—, pero gracias en cualquier caso. ¿Me puede indicar su nombre?

Lawrence le arrebató el teléfono y colgó.

—Buen trabajo, ahora ya sé que lo saben —dijo.

—¿Que saben el qué? —preguntó Sage.

—¡Cállate la boca! —le ordenó Cody.

—No me he equivocado, tú eras el más listo. Hala, largaos de aquí y no volváis nunca. El teléfono me lo quedo para hacerte un favor, habrán registrado tu número.

—¿Y la maría? —preguntó Sage.

—La maría es nuestro regalo para esta buena gente —dijo Cody.

—Muy bien dicho, puede que todavía hagamos algún negocio juntos, Cody —

dijo Lawrence—. Pero tendrás que librarte antes del idiota de tu amigo.

—Sí señor, lo que usted diga y gracias por todo.

—De nada. Gran Jack os acompañará a la salida. Una vez fuera empezad a olvidar que habéis estado dentro.

Dicho y hecho, Gran Jack sacó a los dos muchachos por el estrecho pasillo y Lawrence oyó cómo se abría y se cerraba la puerta de la taberna, mientras desanudaba la bolsa de marihuana y aspiraba su aroma.

—Menuda pareja —dijo Gran Jack entrando en la oficina—. Cada día nos los mandan más tontos.

—Para eso vienen aquí, Gran Jack, para aprender. La maría en cambio es muy buena.

—¿Tienes tiempo para una Red Wolf? —preguntó Gran Jack.

—Siempre —respondió Lawrence sentándose en un taburete.

Llegó la cerveza y se la bebió despacio y en silencio. Estaba en el último sorbo cuando sonaron dos fuertes golpes en la puerta.

—¡Abrid, maricones!

Era Puck.

Gran Jack fue a abrir y Lawrence le siguió.

—¡Joder, qué elegancia! —dijo Puck al ver a Lawrence de esmoquin.

—Sí que te has dado prisa…

—Bah, no son más que dos niñatos, pensé que me podían servir para sacar algo extra. ¿Dónde están?

—Ya se han ido.

—Bueno, ya los pillaré y los pondré derechos.

—No hace falta —dijo Lawrence—, ya están avisados.

—Pues nada, a otra cosa mariposa… No me digas que vas a ir al baile de inauguración.

—Sí.

—Vale, entonces voy contigo, no me fío un pelo de ti y, además, me gusta cuando las chicas se ponen guapas. Me arreglo y quedamos en la puerta de atrás, donde siempre. Ya tenía yo ganas de una buena fiesta, llevamos años sin ir. Eso sí, déjate la espadita en casa.

Lawrence abrió los brazos.

—Como ves, no voy armado.

—Bien. Te veo a las ocho y prométeme que te portarás bien, unas copas, un par de bailecitos y nos vamos. Nada de líos.

—Te lo prometo —dijo Lawrence.

—Así me gusta. Ah, por cierto, Laura me dijo que te dijera que por nada del mundo se te ocurriera ir al baile.

—Me importa un bledo lo que diga.

—Me lo imaginaba. Ciao, nos vemos allí. Cuídate, Gran Jack.

—Tú también, pequeño Puck —dijo Gran Jack.

Puck se alejó canturreando. Gran Jack y Lawrence se quedaron solos en la taberna.

—¿Tienes tiempo para otra Red Wolf? —preguntó Gran Jack.

—¡Siempre! —respondió Lawrence.

Laura dispuso los tres fabulosos vestidos de noche sobre su cama.

—¡Ya podéis abrir los ojos! —dijo, y Adela y Sara obedecieron. Ninguna de las dos pudo evitar un suspiro de admiración. Y eso que no eran lo suficientemente expertas en asuntos de moda como para adivinar sus marcas ni mucho menos intuir su precio. Ambas eran conscientes, eso sí, de que en Bergdorf & Goodman, el precio de una manopla superaba el salario medio.

Uno era rosa palo, el otro nacarado y el último azul pálido. A cada uno lo acompañaba una flor engarzada en una muñequera de raso: una rosa de un solo tono más alto para el primero, una orquídea casi blanca para el segundo y finalmente una gardenia ligeramente azulada para el tercero.

—¿Podemos elegir? —preguntó Sara.

—Sí y no —respondió Laura—. Con tu pecho solo puedes llevar el rosa. Adela y yo tendremos que pelearnos por los otros dos.

—No hay por qué pelear —dijo Adela—, son todos tan bonitos, elige tú el que quieras, Laura, al fin y al cabo son todos tuyos.

—Ojalá fuera tan fácil —respondió Laura—, pero cada vestido guarda una suerte distinta.

—¿Es una adivinanza? —preguntó Sara cogiendo ya su vestido y mirándose en el espejo del armario entusiasmada.

—No, es el destino —respondió Laura.

—No te entiendo —dijo Adela.

—¿Nunca has oído decir que los vestidos, como los amantes, eligen a las muchachas?

—No —respondió Adela secamente—, en mi pueblo son las chicas las que eligen los vestidos y los amantes.

—¡Qué aburrido! Aquí no funcionan así las cosas, gracias a Dios; aquí el azar es muy importante. Sara, coge por favor las dos pulseras con mucho cuidado y escóndelas tras tu espalda, una en cada mano, mientras cerramos otra vez los ojos.

Sara dejó su propio vestido sobre su cama e hizo, como siempre, lo que Laura le pedía.

Laura se llevó la mano a los ojos con un gesto exageradamente cursi, como si

estuviera aguantando la respiración. Adela en cambio se sentía idiota y no quería seguir con el juego.

—No pienso cerrar los ojos otra vez, Laura, te agradezco muchísimo que nos prestes un vestido, de verdad, pero me da igual cualquiera, coge tú el que prefieras y acabemos de una vez.

—Como quieras, lo haré yo sola, para ti el que quede.

—Elige una mano, Laura —dijo Sara la mar de divertida.

Laura la tocó en el hombro izquierdo.

Sara le entregó la pulsera con la rosa blanca.

—¡Qué bien! —gritó Laura entusiasmada—, era el que yo quería.

—Me alegro —dijo Adela cogiendo la gardenia azulada.

—¡Vamos a vestirnos! —siguió Laura sin rebajar ni una octava su irritante entusiasmo.

Las tres chicas comenzaron a desnudarse. Cuando Laura se quitó la camiseta, los ojos de Adela se clavaron en la medalla del Sagrado Corazón. Laura se dio cuenta.

—Qué bonita medalla —dijo Adela.

—Era de mi abuela, y de mi madre, y de mi hermana… La había perdido y hoy la he encontrado. Estoy más contenta…

—¿Cómo? —preguntó Adela.

—¿Cómo la había perdido, o cómo la he recuperado?

—Ambas cosas.

—Y a ti qué más te da —respondió Laura. En su cara ya no quedaba ni rastro de su famosa sonrisa.

El agente Warden detuvo el coche delante del Seven Eleven, llevaba ya puesto el esmoquin.

Al entrar causó sensación.

—Qué elegancia, agente Warden —exclamó el cajero—. No me diga que va usted también al baile de inauguración.

—Así es, Lee, al fin y al cabo soy parte de este pueblo, ¿no es así?

—Parte importante, agente Warden, sí señor. Jo, ya me gustaría a mí ir a una de esas fiestas.

—No te pierdes nada, la comida es mala y la música es cursi.

—Ya —dijo Lee—, pero hay chicas guapas…

—Eso sí, anda, dame dos paquetes de American Spirit.

Lee le tendió sus cigarrillos y Augustus salió de la tienda.

Apoyado contra su coche, más exactamente contra la puerta del conductor de su coche, estaba el hombre calvo del pantalón de peto.

—Buenas noches, querido Augustus, ¿qué tal está la señora Warden?

—Bien —contestó Augustus—, gracias por preguntar.

—De nada, hombre, ya sabes lo que aprecio yo a esa mujer.

—Sí, lo sé… y te lo agradezco.

—Qué agradecido estás hoy, quién lo diría teniendo en cuenta que llevas años evitándome.

—He estado ocupado.

—Ya me imagino, la ley nunca descansa, ¿verdad? En fin, te he echado de menos, conozco a mucha gente, pero tengo muy pocos amigos… Nos hemos echado unos kilitos encima, ¿eh? No importa, me alegro tanto de verte, incluso con ese espantoso esmoquin. Nunca has tenido clase, agente Warden…

—Si no te importa, tengo prisa —dijo Augustus tratando de abrir la puerta de su coche, pero el hombre no se apartó.

—No, no la tienes, aún queda un buen rato para que comience el baile, y además no querrás llegar el primero. No te preocupes, te aseguro que solo será un segundo, estarás allí a tiempo para lo importante.

—¿Qué quieres?

—¿Qué quiero? Que hagas algo por mí.

—¿De qué se trata?

—Es muy sencillo, ven, acércate.

Augustus se aproximó y el hombre del pantalón de peto le palpó la chaqueta a la altura de la axila.

—Bien, veo que llevas la treinta y ocho como me imaginaba. El asunto es el siguiente. En el primer vals de la noche, un muchacho del pueblo, uno alto y guapete, lo habrás visto por aquí, se llama Lawrence, pero es igual… El caso es que el tal Lawrence va a sacar a bailar a una chica; no una chica cualquiera, una que lleva un vestido azul pálido con una gardenia azulada en la muñeca. Sabrás distinguir una gardenia, ¿no?

Augustus asintió con la cabeza.

—Ya me lo suponía, con lo que le gustan a tu buena madre las flores… Bueno, pues esa es la chica, la de la gardenia, no te me confundas. El chico, por otro lado, tampoco es un chico cualquiera, se trata del asesino que ha descuartizado a esos dos estudiantes de primer curso con una espada. ¿Me sigues?

—¿Qué sabes lo de los crímenes? —preguntó Augustus.

—No digas tonterías, yo lo sé todo. La cosa es que cuando el chico en cuestión saque a bailar a la chica en cuestión, desenfundas tu preciosa pistola y disparas sobre el corazón del muchacho. Eso es todo. Sencillo, ¿no?

—¿Estás loco? No puedo disparar a un chico delante de todo el mundo.

—Haberlo pensado antes. Joder, en este pueblo todo el mundo me debe algo y nadie quiere pagar.

—No puedo hacerlo… —dijo Augustus—, es imposible.

—También era imposible que tu madre sobreviviera al cáncer linfático, ¿no es eso lo que dijeron los médicos? Pero tu buen amigo aquí presente lo hizo posible, así que tú vas a hacer esto por mí. Ése era el trato.

—Si es quien dices que es, puedo detenerlo. No me pidas…

—¡Un agente de tráfico podría detenerlo! No me fastidies. Tienes que sacar tu puta pistola y dispararle al corazón, y además no te lo pido, te lo exijo.

—No puedo matar a un chico…

—Por eso no te apures, el chico ya está muerto. La bala le atravesará limpiamente sin hacerle daño; eso sí, puede que mate a la pobre cría del vestido azul y la gardenia. Es más, tienes que asegurarte de que así sea. De ahí que sea esencial que esperes hasta que estén bailando, quedará todo muy bonito.

—Ni hablar, no, de ninguna manera. Haz conmigo lo que quieras pero no puedo matar a una cría.

—Allá tú, pero no me gusta que me estafen. Contigo, querido Augustus, no haré nada, pero me temo que si no haces lo que te ordeno, tendré que visitar a la adorable señora Warden y se va a arrepentir de que no la dejara morir de cáncer. Cuando yo me llevo a alguien tiendo a hacer todavía más daño que nuestro buen Señor, y ya sabes cómo se las gasta ese…

—No metas a mi madre en esto, ella no sabe nada ni tiene culpa de nada. Es un asunto entre tú y yo.

—No, Augustus, fue por tu madre por lo que empezaste a hacer negocios conmigo, así que me parece del todo justo que sea ella quien pague tu deuda, ya que tú no pareces dispuesto…

—¿Por qué quieres que mate a esa muchacha?

—No tengo por qué darte explicaciones. Digamos que es un favor que me ha pedido una antigua cliente; ya sabes que yo me desvivo por hacer favores, por más que luego me cueste un mundo cobrarlos.

—Si crees que puedo hacer algo tan monstruoso, es que no me conoces.

—Te conozco mejor de lo que crees y sé que no soportarías ver lo que puedo llegar a hacer con tu pobre madre. Anda, sube al coche y haz lo que te he dicho. Yo esperaré en tu casa, cuidando que a tu vieja no le pase nada malo. Me sentaré junto a su precioso sillón anatómico y veremos juntos las noticias locales, cuando oiga tu nombre y el de esa chica muerta, me iré y no volveré a molestarla nunca más.

—Puede que me conozcas a mí —dijo Augustus—, pero está claro que no la conoces a ella. Si hiciese lo que me pides, el disgusto la mataría.

—Ya lo había pensado, ¿te crees que soy idiota? Yo pienso en todo. Para cuando salgas en las noticias de la noche, tu adorable madre ya estará muerta, y si cumples con tu parte del trato, en los dulces brazos de su Señor. Se irá sin sufrir nada, te lo

aseguro, y sin saber nada, orgullosa de su hijo y feliz con su vida. Ahora bien, si no haces lo que te pido, me la llevaré conmigo, y no te digo que vaya a sufrir durante toda la eternidad, porque a veces me aburro y me despisto, pero mucho, mucho tiempo sí que lo va a pasar mal la pobre vieja. Como verás te quedan pocas alternativas, por no decir ninguna. Cumple como un hombre y dale a tu queridísima madre el descanso y la feliz vida eterna que merece. Bueno, piénsatelo bien y obra en consecuencia.

Aquí el Demonio hizo una larga pausa, le encantaba darse importancia y había aprendido de los actores ingleses a combinar las amenazas, los silencios y la intrascendencia.

—¿Por cierto me das un cigarrillo? Siempre he querido probar esos American Spirit, dicen que son más saludables.

Augustus abrió su recién comprado paquete, le tendió un cigarrillo y encendió otro para él.

El hombre del peto dio una larga calada.

—Un poco suaves para mi gusto, pero podría llegar a acostumbrarme, la salud es lo primero…, o eso dicen. Bueno, te dejo, a ver si al final vas a llegar tarde al baile. Acuérdate, gardenia azul, primer vals, ¡pam! No es tan complicado, hasta un imbécil como tú puede hacerlo.

El Demonio apuró su cigarrillo mientras le echaba una última mirada.

—Desde luego, el esmoquin te sienta rematadamente mal, claro que no todo el mundo tiene mi percha. Adiós, Augustus, no me falles.

Augustus subió al coche mientras el Demonio se alejaba, aunque no arrancó: apoyó la cabeza sobre el volante y trató de llorar, pero no pudo.

CAPÍTULO XIV

LA señora Mills fue la primera en entrar al salón de baile cuando los camareros aún terminaban de disponer la larga mesa del bufet y las inmensas fuentes de plata para el ponche de frutas sin alcohol, la única bebida, además de agua y refrescos, que estaba permitida en la fiesta. Enseguida llegó la rectora, acompañada de la venerable señora Carter, directora de la residencia femenina, y del joven y atractivo director de la residencia masculina, Elías Rothemberg, al que todos llamaban simplemente Elías, pues ese era el trato que, según él, exigían los nuevos tiempos, para disgusto del resto de sus más conservadores colegas. Poco a poco fue llegando el profesorado en pleno, un variopinto grupo de hombres y mujeres que solo tenían una cosa en común: la frustración de no haber accedido a una plaza en Stamford, Yale, Harvard o cualquiera de las universidades verdaderamente importantes.

A las ocho y cuarto ya estaba la sala casi repleta, las chicas arregladas como Dios las dio a entender, casi todas cursis y mal, y los chicos aún peor. La idea era que el baile sirviese para recuperar algo de la elegancia que esta universidad tuvo en otros tiempos, pero lo cierto es que quitando la nobleza del salón, la estampa final no difería mucho de cualquier fiesta de promoción en un instituto de pueblo. Sucede a menudo, hoy en día, que cuanto más se intenta impostar las dignidades perdidas más evidente y profundo se hace el abismo que nos separa de quienes fuimos. Ni siquiera los reyes de hoy son los de antaño, o tal vez fueron siempre una pandilla de patanes dignificados por los bien pagados pintores de la corte. Por supuesto que allí dentro nadie parecía darse cuenta y que profesores y alumnos trataban de comportarse con torpe altivez, ignorando por completo que nada hay más vulgar que el amaneramiento.

Tuvo que llegar Puck vestido con su mismo esmoquin de Savile Row de ciento cincuenta años de antigüedad pero aún inmaculado, para llamar a las cosas por su nombre.

—Esto no ha cambiado nada —dijo al entrar en el salón junto a Lawrence—, la misma pandilla de catetos disfrazados que vimos la última vez.

Lawrence no tenía nada que comentar al respecto, su cabeza no estaba para distracciones mundanas y su mirada buscaba ya a Adela, sin detenerse en nadie más. Por lo que a él respecta, sin Adela, la sala de baile estaba vacía.

—No está —dijo preocupado.

—Ya llegará —respondió Puck—. No sé qué te ha dado con esta tía, pero ya tengo ganas de verla. Debe de caminar sobre el agua o algo; si no, es que no lo entiendo…

—Tiene que ser ella —dijo Lawrence—, después de tanto esperar siento que me

he ganado el derecho a vivir de nuevo y tiene que ser junto a ella, ya no me cabe la menor duda.

—Eso es lo que más me gusta de ti, Lawrence, lo poco exagerado que eres con estas cosas del amor… En fin, sea lo que sea lo que te libre de Irene, alias Laura, alias te destrozo la vida y de propina la muerte…, me alegraré profundamente.

Por fortuna Lawrence ya no le escuchaba, la sala de baile se acababa de iluminar para él con la entrada de Adela, poco le importaba que fuese Laura quien caminaba a su lado y ni que decir tiene que a la tercera, a la triste Sara, ni la vio. Puck, en cambio, sí.

—¡Joder, qué tetas! —exclamó—, es ésa, ¿no? Ahora te entiendo.

—No seas idiota —le contestó Lawrence—, es la de al lado, la que lleva una gardenia azulada en la muñeca.

—También es bastante mona… —dijo Puck.

El baile de inauguración era un acto social y estaba libre de discursos. Los jóvenes bebían sus ponches y sus refrescos y solo a escondidas el alcohol de sus petacas; los profesores contrastaban sus no siempre divertidas experiencias docentes; se fumaba en los baños, en fin, nada extraordinario hasta que la música de fondo enlatada era sustituida por el primer vals de la noche, también enlatado, y los chicos sacaban a las chicas a bailar, mal, media docena de piezas de Strauss. En realidad hacía mucho, muchísimo tiempo que este baile había perdido su encanto, y podía decirse que hoy día se trataba de una patética pantomima. No para Lawrence, claro está, él se pasó la hora larga que le separaba de ese primer vals mirando a Adela desde la lejanía, disfrutando de esos momentos previos a su primer abrazo, soñando ya con el dulce amor que le esperaba. Adela, por su parte, no perdió de vista por un segundo a su extraño enamorado y saboreó cada instante de ese juego en el que era difícil decir, como siempre lo es en asuntos de amor, quién era el gato y quién el ratón.

Laura se mostró con ella distante y encantadora, es decir que encantadoramente y por una vez desde que la conociera la dejó a su aire, y entre el barullo de gente apenas se cruzaron un par de veces y, cuando lo hizo no tuvo más que palabras de elogio hacia ella.

—Estás radiante, mi vida, tal vez me equivoqué de vestido, te miran todos a ti… —le dijo en uno de esos encuentros aparentemente accidentales para perderse de nuevo entre risas por la sala de baile.

Adela estaba tan encantada de la vida que no reparó en los otros ojos que la seguían sin quitarle la vista de encima. Desde una esquina de la sala, sentado en una silla y ajeno por completo a la algarabía general, era difícil darse cuenta de la presencia de Augustus C Warden. No solo para Adela, sino para el resto de los invitados; de hecho, únicamente Puck pareció reparar en él.

—¿Qué demonios pinta ese aquí? —le comentó a Lawrence. Pero su amigo, tan ocupado como estaba buscando posturas seductoras para enloquecer a Adela desde una más que prudente distancia que se reducía pasito a pasito, siguió sin prestarle atención.

—Es parte del pueblo, déjale que se divierta —se limitó a responder mientras daba otro paso apenas perceptible hacia su amada.

—Es la parte del pueblo que menos me gusta, y deja de moverte como si fueras bobo, que me estás poniendo nervioso.

El juego de Lawrence duró aún un poco más para desesperación de Puck que, harto del infantil coqueteo de la única persona que de veras apreciaba en el mundo, decidió dejarlo por imposible y se fue en busca de Sage y Cody, a los que había visto camino del baño con cara de malas intenciones.

—Me largo un rato, Lawrence. Buena caza.

—No te vayas ahora —le increpó su amigo—, va a empezar el vals.

Efectivamente, la música de fondo se había callado por un momento y la señora Carter dio tres sonoras palmadas que hicieron que la luz de la sala se volviera más tenue por los costados y más brillante en el centro exacto de la pista de baile.

—Baila tú, mi queridísimo Lawrence, yo no tengo con quién…

Al parecer Cody y Sage tampoco. Los atrapó en la entrada de los baños que se habían quedado vacíos.

—No sé si mataros o mataros —les dijo—, que sea la última vez que me metéis en un lío.

—Fue idea de él —dijeron ambos señalándose mutuamente.

—Ya da igual —dijo Puck—, pero no se os ocurra volver por allí y menos aún mencionar mi nombre. Y ahora vamos a liarnos un porro que esta fiestecita me está matando de aburrimiento.

—A eso veníamos —dijo Cody.

—He de decir que a pesar de todo me caes bien —le dijo Puck—, y hasta el tonto este de tu amigo me hace cierta gracia.

Los tres estaban dentro del baño fumando cuando sonó el primer disparo.

Los chicos se quedaron petrificados y Puck corrió de vuelta al salón para encontrar en el centro de la pista a Lawrence con Adela muerta en sus brazos.

Sin embargo, nadie más que él miraba a la triste pareja, todas las miradas se dirigían hacia el agente Warden, que desde una esquina sujetaba en su mano un treinta y ocho aún humeante.

—¡VAMOS, COLGAD ESTO EN VUESTRO TWITTER! —gritó Augustus C Warden con una voz que no parecía del todo humana, antes de meterse el cañón corto de su revólver en la boca y reventarse los sesos.

Los trozos más pequeños se mezclaron con la fruta troceada del ponche.

Y así se terminó el baile.

Después del segundo disparo y de ver la cabeza del agente Warden reventar, se produjo la estampida. Los estudiantes corrieron hacia las puertas de salida y los profesores apenas pudieron hacer nada para controlar la situación; de hecho, bastante tuvieron con evitar ser pisoteados por la avalancha histérica de muchachos que, sin saber aún muy bien qué había sucedido ni desde luego por qué, huían aterrados de la macabra escena. En mitad del tumulto y ajena por completo al pánico y los gritos, Laura caminó despacio hacia la puerta de atrás del edificio cruzando en solitario la cocina vacía.

Lawrence sujetó el cuerpo inerte de Adela en sus brazos con vigor, protegiéndolo firmemente como un dique contra la tormenta entre la marea de gente despavorida que cruzaba el centro del salón de baile sin reparar siquiera en las víctimas del primer disparo. Pronto la sala quedó vacía, a excepción del cadáver de Augustus C Warden y de la pareja de baile compuesta por el fantasma y su enamorada muerta. La bala había atravesado en efecto el corazón de Lawrence para clavarse en el de Adela. La sangre cubría el pecho de la muchacha y bajaba como un arroyo por su vestido, pero solo Lawrence podía verla, con tal fuerza la abrazaba, la cabeza de ella descansando sobre su hombro, que si no se prestaba mayor atención, la muchacha parecía dulcemente dormida o si acaso desmayada. Tampoco su expresión, si alguien aparte de Lawrence se hubiese molestado en mirarla, la habría delatado, pues sus ojos apenas cerrados y su boca entreabierta parecían esperar un beso y no la muerte.

Puck, por su parte, se había apartado a una distancia prudencial mientras corrían todos hacia la salida, y escondido tras la gran puerta de madera de la sala esperó a salvo hasta que no quedara nadie más para ir en busca de su amigo. Asomó la cabeza para asegurarse de que había pasado el temporal y entró en la sala.

—Salgamos de aquí, Lawrence, antes de que llegue la policía.

Lawrence no reaccionó, seguía abrazado a Adela, sin moverse, inmóvil sobre la pista de baile como una estatua de sal.

Puck no tuvo más remedio que acercarse.

—Está muerta, Lawrence, déjala y vámonos.

—No —dijo Lawrence, y tomándola en sus brazos la levantó del suelo—. Ella viene conmigo.

—Como quieras —respondió Puck—, pero andando…

Los tres dejaron la escena en silencio, como los últimos actores un instante antes de la caída del telón.

En la entrada del edificio se arremolinaron los estudiantes, como una bandada de grajos, tratando de explicarse unos a otros lo sucedido, juntando torpemente y con las

voces entrecortadas por la excitación y el miedo los pedazos de un suceso que no acababan de entender, desfigurados por las ráfagas de luz roja, blanca y azul de los coches de policía que parpadeaban en la oscuridad. El agente Vommel fue el primero en llegar, pero al enterarse de que su jefe se había volado los sesos fue incapaz de cumplir con su tarea. Se sentó en su coche patrulla y se puso a llorar como un niño. Fue Stella la que se encargó de todo, junto al forense Raúl Canseco, quien por más que lo intentó no consiguió ni empezar a vislumbrar las razones que podían haber empujado a su viejo amigo y compañero de pesca a hacer algo así. Los dos agentes federales tomaron declaración a todos los presentes, pero no fueron capaces de averiguar dónde demonios estaba la bala del primer disparo ni a quién pertenecía la sangre encontrada en el centro exacto de la pista de baile. Al parecer, nadie había visto nada en el breve lapso de tiempo transcurrido entre la primera descarga y el momento en que el agente Warden empezó a gritar como un poseso antes de meterse el cañón de su revólver en la boca. Solo Laura conocía cuál era el objetivo de esa primera bala, pero claro está, Laura no se quedó allí para contarlo.

Para cuando se cerró y selló la sala de baile, una vez levantado el cadáver, ya estaba amaneciendo. Stella cumplió con la difícil tarea eficazmente y con gran serenidad, luego regresó a la comisaría y se sentó tras la mesa del agente Warden incapaz de comprender lo sucedido, pero convencida de que algo o alguien había empujado a Augustus C Warden a hacer lo que hizo.

Los dos agentes federales que apenas llevaban unas horas en Carnwell tuvieron la sensación de haber desembarcado en una isla de locos vigilada por dementes. Stella, en cambio, sabía que su jefe no estaba trastornado, y se juró que si había algo escondido detrás de su muerte, lo encontraría.

La muerte de la señora Warden fue infinitamente más dulce que la de su desafortunado hijo y desde luego no causó tanto revuelo. La anciana murió sin darse cuenta, simplemente cerró los ojos frente al televisor encendido como hacía tantas veces mientras esperaba el regreso de su hijo. Pensó, si es que pensó en algo, que se estaba quedando dormida y no supo nunca que ya no despertaría. El Demonio estaba sentado a su lado, pero tal y como había prometido no le hizo ningún daño. Cuando la vieja cerró los ojos, la dejó ir, y cuando el Señor la cogió de la mano no se opuso. Se quedó allí esperando hasta que las noticias locales dieron la sensacional noticia del violento y público suicidio de Augustus C Warden, y luego salió de la casa para siempre. Al día siguiente, la prensa dijo que la pobre mujer había muerto del disgusto, pero no fue así. Murió sin enterarse de nada y tan orgullosa de su hijo como lo estuvo siempre.

El Demonio tiene más de un defecto, pero siempre cumple su palabra. Incluso se molestó en regar las mil y una plantas de la señora Warden antes de irse, y eso que no era nada aficionado a la jardinería.

Laura no durmió en la residencia, Sara pasó la noche en vela esperándola pero no apareció. La señora Mills trató de tranquilizarla sin éxito, la pobre muchacha era un manojo de nervios. La señora Mills sabía dónde iba Laura cuando quería estar sola, aunque no lo dijo y sabía también que regresaría sana y salva por la mañana.

Hay que decir también que la señora Mills fue la menos sorprendida por los terribles sucesos acaecidos durante el baile de inauguración, siempre había sospechado que el extraño agente Warden estaba chiflado.

Laura vio amanecer en el cementerio de Carnwell, y arrodillada, dejó flores frescas como era su costumbre sobre su propia tumba.

Allí, en silencio, lloró amargamente por la muerte de Adela y por el odio que sin duda crecía ya fuerte como la raíz de los olmos en el corazón de Lawrence. Lloró sinceramente, a pesar o tal vez precisamente por ser una vez más la responsable de la desgracia de su amado. Lloró cuanto quiso y pudo pensando que estaba sola, pero no lo estaba.

—Menudas lágrimas de cocodrilo —dijo el hombre del peto que se había puesto una vieja chaqueta de Augustus que robó del perchero de su casa, pensando con razón que al bueno del agente Warden no le hacía ya ninguna falta—. Joder, cómo ha refrescado —añadió mientras se sentaba cerca de Laura y sobre su tumba.

Laura se secó las lágrimas y se recompuso.

—Qué sabrás tú de lo que duelen o no duelen las cosas —dijo con voz seca.

—Nada, ahí llevas razón, pero me parece muy entretenido ver cómo os desesperáis al ver que sucede exactamente lo que habíais deseado. En fin, no es asunto mío.

—Exacto, ¿por qué no me dejas en paz? Ya se ha terminado todo.

Laura se puso en pie y le dio la espalda al Demonio, dispuesta a marcharse.

—Casi todo…

—¿Qué quieres decir? —dijo Laura girándose.

—Digamos que este curso no vas a ser la única que pone flores sobre su propia tumba.

—¿A qué te refieres…? —preguntó mientras intuía ya la respuesta.

—Lawrence me ha pedido un pequeño favor, no muy distinto del que me pidió tras tu muerte. Se ve que este muchacho le coge cariño a las muertas.

—No a ésa, a ésa no…

—¿Por qué no? También te quiso a ti en su día… y aquí sigues. Lo hice una vez porque él me lo pidió y puedo hacerlo de nuevo. Su deuda ni siquiera será más grande, me da lo mismo una amante muerta y revivida que dos, así que le aplico el dos por uno y santas pascuas, como en los supermercados. Soy así de generoso y siempre estoy de oferta.

—Algún día acabaré contigo —dijo Laura mirándole a los ojos, en los que a su pesar no pudo ver nada.

—Lo dudo seriamente —respondió él—. Pero será divertido ver cómo lo intentas, todo el mundo parece querer librarse de mí y, sin embargo, no dejáis de llamarme… En fin, allá vosotros. Ahora vete a descansar. Por si lo has olvidado, mañana empieza el curso y te queda mucho que aprender…

—Por eso no te preocupes, yo aprendo muy deprisa.

—Eso me ha sonado como una amenaza…

—Lo es.

—Por mí encantado. Yo no tengo nada mejor que hacer y un juego no es un juego si nadie lo juega. Buena suerte, Laura. Solo una cosa más…

—¿Qué?

—¿Por qué Lawrence y tú no intentáis de una vez vivir en paz?

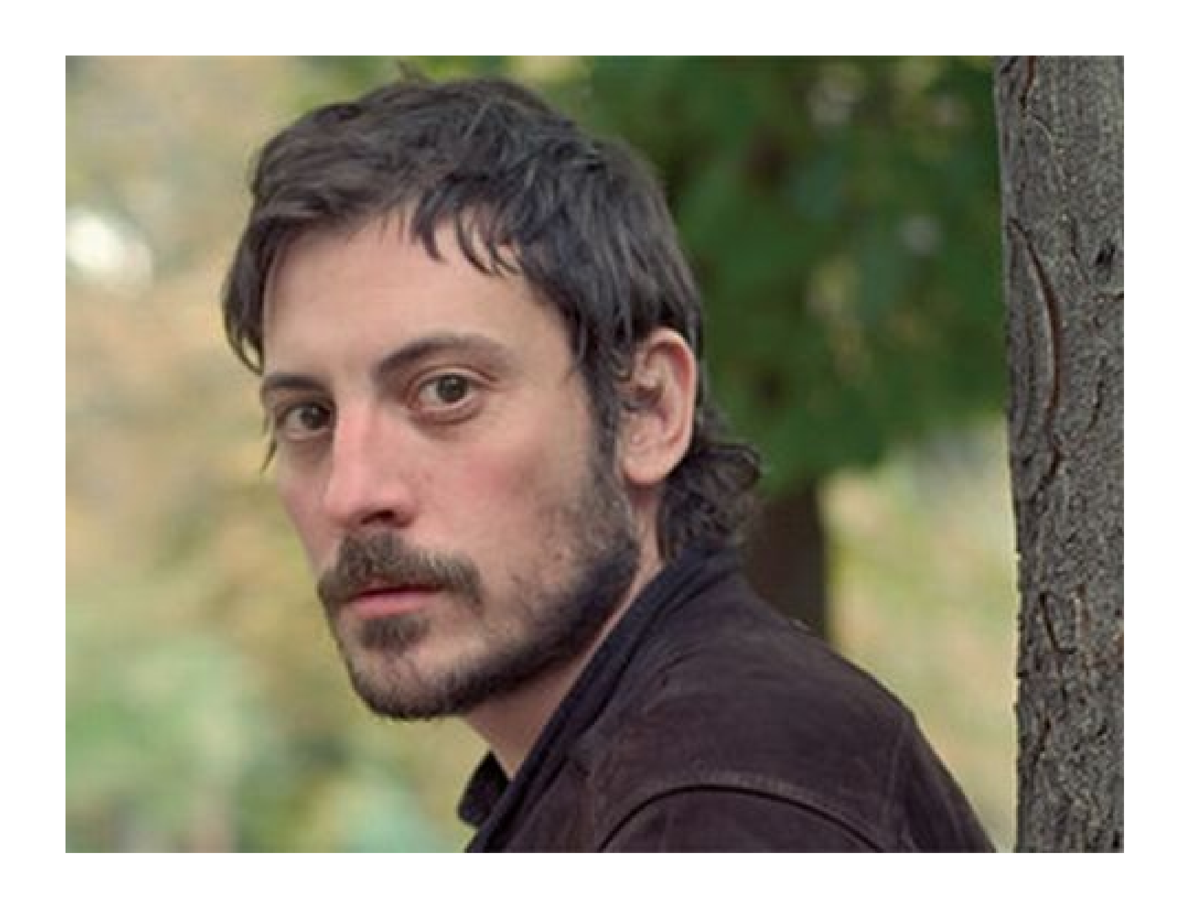
Laura dudó un segundo antes de contestar.

—No estoy segura —respondió—, supongo que es porque ya estamos los dos muertos.

Luego caminó hacia la salida del cementerio. Tenía muchas cosas en que pensar. El nuevo curso empezaba de manera muy distinta a la que había previsto. Se había enfrentado a muchas chicas a lo largo de los años pero nunca antes en igualdad de condiciones. El fantasma de Adela suponía un desafío diferente pero se sentía preparada para la pelea; al fin y al cabo, Adela no era más que una novata, en la vida y en la muerte, y ella se tenía por una mujer muerta hecha y derecha.

«Va a ser una eternidad muy entretenida, Adelita, y te vas a arrepentir de cada segundo», se dijo mientras cruzaba ya la reja del cementerio camino del pueblo.

Fin del primer libro.



RAY LORIGA (Jorge Loriga Torrenova). Nació en Madrid en 1967. Es hijo del ilustrador José Antonio Loriga y de la actriz de doblaje Mari Luz Torrenova. Tras trabajar en diversos oficios y publicar relatos en diferentes publicaciones como *Underground* o *El canto de la tripulación*, debutó como novelista en 1992 con *Lo peor de todo.*.

Novelista, guionista y director de cine, es autor, entre otras, de las novelas *Héroes*, *Caídos del cielo*, *Tokio ya no nos quiere*, *Trífero*, *El hombre que inventó Manhattan*, *Sombrero y Mississippi*, y de los libros de relatos *Días extraños* y *Días aún más extraños.*

Su obra literaria, traducida a catorce idiomas, es una de las mejor valoradas por la crítica nacional e internacional. Como guionista de cine ha colaborado, entre otros, con Pedro Almodóvar y Carlos Saura. Ha dirigido *La pistola de mi hermano* y *Teresa, el cuerpo de Cristo.* Su última novela es *El bebedor de lágrimas* (2011).